

PÍO BAROJA

ROJOS Y BLANCOS



Lectulandia

En *Rojos y blancos* Pío Baroja escribe acerca de la guerra civil española y de los prolegómenos del conflicto mundial. La obra está escrita a lo largo de distintos periodos, existiendo algunos capítulos redactados «in situ», junto a otros textos memorialísticos ya conocidos y artículos para la prensa. Se trata de un documento único para conocer las preocupaciones y la vida de Baroja en su exilio de París, y también, la de muchos otros refugiados españoles. El final del libro narra el día a día de Baroja en Basilea (Suiza) cuando estuvo hospedado en casa de su viejo amigo Paul Schmitz; por ello, en un primer momento *Rojos y blancos* llevaba el subtítulo «Entre Francia y Suiza», que fue tachado por el propio autor al final de su vida, cuando diera forma a la versión definitiva. «Sí hay que sacar un corolario de todo esto, hay que deducir que la raza nuestra es cruel en las guerras civiles y que las exhortaciones de unos y de otros no han servido para nada». Escribiría don Pío en *Rojos y blancos*.

Lectulandia

Pío Baroja

Rojos y blancos

Desde la última vuelta del camino - 9

ePub r1.0

Titivillus 11.12.15

Pío Baroja, 2006

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Prefacio. La última salida

por Fernando Pérez Ollo

Rojos y blancos se publica aquí por vez primera. El original, conservado en Itzea, consta de 170 folios, aunque la última página va numerada como 163. La diferencia entre los dos guarismos responde a una explicación sencilla: las hojas mecanografiadas son 163 y las otras siete, escritas a mano por Baroja e intercaladas, no corren la paginación. Cuatro de estas siete hojas se encuentran entre el folio tercero y el cuarto, y van numeradas como 3 a, 3b, 3c, 3d. Son el primer capítulo de la primera parte, «A la cárcel», que el autor debió de añadir cuando trabajó, y podemos decir que en buena parte descabaló, estos papeles en el verano de 1955, el último que pasó en Bera. Los otros tres folios, entre el 140 y el 141, son los 140a, 140b y 140c. Este último lleva además seis líneas añadidas en un papel pegado al folio, y lo mismo ocurre en el 3b, faldón en el que Baroja inserta el diálogo con el que acaba ese primer capítulo. En algunos casos, aparecen textos manuscritos en papel sobrepuesto al inicial, como se ve en los folios 76, 162 y en la segunda mitad del 163. Todos los folios están escritos solo a una cara.

El texto muestra numerosas correcciones y enérgicas tachaduras que, línea a línea, impiden casi siempre rescatar la redacción inicial. Todos los títulos de capítulo son añadidos autógrafos de Baroja al texto mecanoscrito. En el archivo de Itzea hay otros materiales inéditos y fragmentarios, cuartillas apaisadas también escritas a máquina, sin muestra de haber merecido lectura y corrección alguna del autor y rotuladas por otra mano con el mismo título.

Rojos y blancos ha sido citado a veces como parte de una trilogía o tetralogía, más bien serie novelística, sobre la guerra civil. No lo es, como el lector ha podido comprobar. Habla de aquella guerra, desde luego, pero no intenta la recreación literaria. Y si el autor habla de la guerra, de las noticias que encontraba en la prensa parisina u oía a los que escapaban de España, se refiere sobre todo a sí mismo durante el periodo bélico que vivió fuera del país, desde que salió por Ibarra, al día siguiente de su detención entre Almádoz y Santesteban el 22 de julio, hasta su regreso por Irún, quince meses después de que acabara la contienda. El libro comienza y termina en Itzea, su casa, cuya añoranza caldea algunas páginas.

No es fácil entender cómo y por qué ha sido mal descrito y clasificado un texto tan claramente memorialístico, autobiográfico en no pocos pasajes, un dietario, podríamos decir, en la parte que se refiere a Basilea. Y la dificultad crece hasta el asombro, cuando se comprueba que en la primera página hay un subtítulo explícito,

repetido y tachado, pero perfectamente legible: «Entre Francia y Suiza».

Como sucede con *Ilusión o realidad*, inserto en el segundo tomo de esta edición, Baroja no indica que escribiera *Rojos y blancos* para continuar las Memorias. No obstante, donde este libro debía ver la luz es en este bloque y no en cualquier otro de su catálogo. En primer lugar, por el carácter del texto. Estas páginas recuerdan la vida diaria, las andanzas, los encuentros personales, las entrevistas, los pensamientos y las divagaciones que le provoca al exiliado la guerra civil contemplada desde la capital francesa y desde una Basilea apacible y silenciosa, pero concienciada de la amenaza nazi. Y, por otro lado, años atrás cabía ignorar que las Memorias no acaban en el libro séptimo, porque más tarde el escritor preparó *La guerra civil en la frontera* como octavo título de la serie. Hace uno o cinco bienios, incluso barojólogos conspicuos demostraban no tener noticia ni barrunto de estos materiales. Hoy no es posible ignorar —y mucho menos, dar de lado— que ese libro, inédito hasta nuestros días, termina en septiembre de 1936, cuando el autor deja el País Vasco francés y se va a París. *Rojos y blancos* retoma el hilo de los recuerdos y lo estira hasta el regreso definitivo a casa, recién estrenado el verano de 1940. Baroja nunca volvió a viajar fuera de España.

Conviene datar los hechos más señalados a los que el autor se refiere casi siempre sin aportar las fechas. Cruzó la muga de Ibañeta el 23 de julio de 1936, se trasladó a París dos meses más tarde, el 9 de mayo de 1937 emprendió el viaje a Basilea y el 13 de septiembre siguiente llegó a Bera. La constitución del Instituto de España —que aquí evoca como reanudación de la Real Academia Española— tuvo lugar en Salamanca el 6 de enero de 1938. En marzo salió de imprenta *Comunistas, judíos y demás ralea*. Un mes más tarde el novelista terminó en París *Susana*, y también en abril, pero de 1939, *Laura*, y en mayo de 1940, *El Hotel del Cisne*. Ese mismo mes se acercó a Bayona y consta que el 24 de junio estaba en Itzea.

Esta cronología elemental basta para despertar la sorpresa ante algunas páginas, la última, por ejemplo, porque no parece tener mucho sentido que contraponga, como si fueran inmediatas, la impresión y la vida de España y la que había dejado en Suiza, cuando hacía ya tres años de la plácida estancia veraniega en Basilea. También en otros pasajes, la memoria no ayuda a precisar la realidad: así, la historia de cómo escribió *Susana*.

Como en los ocho libros de Memorias, en este el escritor no da cuenta de todo lo que le sucedió e hizo en los cuarenta y siete meses que van de su salida al regreso. Hay lagunas, silencios y olvidos. Sabemos, por ejemplo, que estuvo enfermo y que los problemas de salud, aparentemente graves, aconsejaron el regreso a Bera para que le cuidara la familia, según reveló Julio Caro Baroja en la solapa de *Susana y los cazadores de moscas* (Caro Raggio, Madrid, 1976), texto recogido en la imprescindible *Guía de Pío Baroja*, editada por Pío Caro Baroja (Caro

Raggio/Cátedra, 1987). «Por fortuna, la enfermedad no resultó tan amenazadora como en principio parecía y el novelista volvió a París, donde le alcanzó el estallido de la guerra mundial y en donde permaneció hasta la invasión», escribió el sobrino, quien también señaló algo que conviene tener en cuenta para comprender esa novela: «Algunas de las figuras centrales tienen un modelo claro. Incluso la misma Susana. Baroja trató mucho, por entonces, a una profesora de español, que vivía en su casa con su madre y era hija de un latinista francés conocido, muerto prematuramente». En las páginas que nos ocupan, sin embargo, no lo cuenta.

Sabemos que no presencié la llegada del ejército alemán a París y hay indicios, aunque solo indicios, para sospechar que del País Vasco francés volvió a París antes de cruzar definitivamente el puente internacional de Irún.

Acaso la clave para entender este libro sea, una vez más, la historia del texto, cómo lo preparó, cómo lo enjaretó, por utilizar la palabra que tanto le gustaba, tan descriptiva y exacta. Hay capítulos enteros que podemos datar en París, escritos por Baroja en caliente, y otros muy posteriores, redactados en los últimos años de su vida. La referencia canaria a Martínez Campos es de esta época final.

Y para explicar los túneles y contradicciones en el recuerdo, acaso sea suficiente considerar que Baroja adereza textos anteriores y, si no, deja correr la pluma sin apoyo de libros ni apuntes propios. El encuentro con quien le interroga y termina por mirarle «como un pajarraco raro, no sé por qué», aquí lo sitúa en Urrugne, mientras que en *La guerra civil en la frontera* lo describe en Ascain.

Aun así, es imposible reprimir el asombro cuando insiste en que no recuerda qué pasó el 14 de abril, curiosamente sin concretar el año, y qué representa esa fecha en la historia de España, o, cuando para explicar por qué no se había enterado de la muerte de Unamuno, dice que llevaba meses encerrado en Itzea. El catedrático salmantino había fallecido el último día de 1936, cuando Baroja estaba en París, no en Bera, y suena inverosímil que noticia tan restallante no sacudiera al Colegio de España ni llegara a oídos de Baroja.

No pocas de estas páginas aparecen en otros libros del autor, de modo que la mejor manera de obtener una visión cabal de ese cuatrienio es cotejarlos. Junto a los tomos memorialísticos resulta oportuno leer los artículos enviados a *La Nación* de Buenos Aires entre 1936 y 1943, recogidos en *Ayer y hoy* (1939), *Aquí París* (1955), y *Desde el exilio* (1999), este preparado por Miguel Ángel García de Juan, responsable también de *Los inéditos de Hoy*, de México (2003), y de *Libertad frente a sumisión* (2001), que recoge los artículos de 1938 en la prensa española publicada en la zona franquista. Que el autor, instalado en una residencia del Gobierno republicano, se despachara en los periódicos sometidos a la censura franquista resulta contradictorio;

aunque demuestra algunas condiciones cívicas republicanas, impensables en sentido contrario.

Y también conviene conocer las obras posteriores a 1936, todas influidas, y algunas determinadas, por la guerra; las tres novelas parisinas, desde luego, pero no menos las tardías, todas, hasta las de la guerra propiamente concebidas como tales, de títulos cambiantes, no siempre de su mano, y difíciles de precisar. *Pasada la tormenta* y la recién publicada *Misérias de la guerra* (2006), preparada por Miguel Sánchez-Ostiz, se imponen como ejemplos palmarios. El encuentro y el diálogo, por citar un caso, con Juanito Bamés, hijo de un ministro de la República y el mejor amigo, desde el Instituto-Escuela, de Julio Caro Baroja, los encontramos aquí y en *Misérias de la guerra* en términos idénticos.

Acaso convenga repetir, en las últimas páginas de este tercer tomo, algo ya dicho en el umbral del primero: Baroja no incluyó en las Memorias muchos lances, recuerdos y retratos personales, no digamos ya opiniones y dictérios, que aparecen en otras páginas autobiográficas. Sin esas lecturas paralelas no se llega a conocer la personalidad del escritor, su figura pública y su mundo, en la medida en que la obra retrata al autor.

En este Baroja final, junto a reiteraciones e ideas propias, permanentes y bien conocidas, encontramos la capacidad de observación y la eficacia impresionista en la descripción de paisajes y personas, con frecuencia instantáneas e imprevisibles, cualidades acreditadas por el escritor vasco desde los primeros títulos. Me limito a señalar dos de esas figuras, ambas en las páginas suizas.

Baroja demostró siempre atención y oído para la música popular y cantada, aunque le gustaba hacerse el poco filarmónico. La ópera, algún tipo de ópera, le atrajo desde que asistió, niño en Pamplona, a representaciones líricas. En Basilea ocupó la soledad con libros, discos y transmisiones musicales: uno de los *Conciertos de Brandeburgo*, no dice cuál, de J. S. Bach; otro, que tampoco precisa, de Johann Christian, el hijo «inglés» de Johann Sebastian, y entre lo oído por la radio guarda memoria de un concierto celebrado en Cremona, «con motivo del aniversario de Stradivarius». Aquella audición le da al escritor español ocasión de conocer a «un violinista de Basilea, llamado Busch». Se refiere a Adolf Busch, celebrado intérprete de Bach, cabeza imprescindible de un cuarteto y a la vez personificación del antivedettismo. Que un gran solista rehúya el protagonismo parece una contradicción esencial, pero demuestra una cualidad deseable y rara: servir a la música sin servirse de ella. Encontrar en estas páginas a un Busch de paso —no podía ser de otra manera— resulta una sorpresa reveladora.

La otra figura es Ana Wurger, muchacha alemana, fornida, ágil y pronazi, que trabajaba en la casa de los Schmitz y soñaba con lobos furiosos. Deja una imagen imborrable. Como le sucedió a Baroja: «Yo contemplo a esta mujer con la sorpresa

con que miraría un gato viejo a un elefante de circo». Valga este trazo para cerrar unas Memorias llenas de ellos.

Fernando Pérez Ollo, mayo de 2006



PRIMERA PARTE

•

En verano de 1936 estaba yo en Vera de Bidasoa en nuestra casa llamada Itzea. Veíamos con frecuencia, sobre todo los días de fiesta, pasar autobuses llenos de gente obrera que venían la mayoría de Irún. Muchos llevaban la bandera roja. Al pasar por delante de las casas levantaban el puño cerrado en ademán de animosidad y cantaban con furia, aunque desafinando horriblemente, la *Internacional*.

Ya se comprendía que los obreros estaban exaltados y pensando en hacer algo revolucionario. Más chillones aún que los hombres eran las mujeres y, al pasar delante de nuestra casa del barrio de Alzate, daban gritos vitoreando a la Anarquía y a la Revolución Social.

Unas semanas después, un médico de Vera que tenía a su mujer enferma en un pueblo del camino llamado Almandoz, nos dijo a uno de la policía y a mí que, si queríamos ir a ese pueblo a pasar la tarde, nos llevaría en auto. El policía y yo aceptamos y fuimos.

Al llegar al pueblo, oímos decir que iba a pasar por la carretera una columna de fuerzas carlistas de requetés que habían salido de Pamplona.

Al saberlo, yo dije que debíamos volvernos enseguida, pero el médico se empeñó en retrasar la vuelta y se le ocurrió salir cuando ya estaban pasando los requetés y marchar detrás de ellos.

Nos reconocieron, nos pusieron a los tres en una cantera y yo creí que allí acabábamos. Luego seguimos por la orilla del Bidasoa y después nos mandaron retroceder y nos llevaron a Santesteban y nos metieron en la bodega de la cárcel. Entre los carlistas estaba el aviador Ansaldo con su fusil en el hombro sujeto con una correa.

A la hora o cosa así apareció en el sótano un militar alto y elegante, vestido de uniforme, creo que de coronel. Era don Carlos Martínez de Campos y Serrano, duque de la Torre, hoy capitán general de las Canarias.

El militar escribió una orden, por la cual quedábamos en libertad el médico y yo. Estuvimos después en casa de un amigo y por la mañana nos fuimos a Vera.

Yo pregunté en el ayuntamiento si podía quedarme en el pueblo, me dijeron que no y tomé la carretera de Francia.

A medio camino me encontré con un francés que había entrado en España en automóvil. Pensaba, sin duda, que una guerra civil era una fiesta o una broma. El hombre quedó bastante sorprendido al ver que le dijeron que se marchara enseguida.

Yo pregunté al francés si quería llevarme en el auto al otro lado de la frontera y me dijo que sí, y en un cuarto de hora estábamos en Behovia.

Me quedé un mes o dos en San Juan de Luz, en un medio restaurant medio taberna.

Ortiz Echagüe, a quien vi en el pueblo, me preguntó qué medios tenía para vivir y le dije que pocos y que temía quedarme sin un cuarto. Él me propuso publicar un

artículo semanal en *La Nación*, de Buenos Aires, lo que no era evidentemente gran cosa, y yo acepté. Pensé que al mismo tiempo podía colocar otro artículo en cualquier periódico de América.

En San Juan de Luz estaba por entonces un amigo mío, Paul Gaudin. Paul era hombre amable y me llevaba con frecuencia en su auto de aquí para allá.

Después de comer con mi amigo Paul Gaudin, fui en su auto a casa de un fotógrafo de apellido polaco, para conseguir un pasaporte. Luego, al pasar por delante de la estación, un grupo de campesinos levantan la mano y me dicen en vasco que los gendarmes franceses les impiden llevar la poca ropa que tienen y que intente convencerles para que les dejen llevarla.

—No me harán caso —digo yo.

—¡Pío Baroja! ¡Pío Baroja! —gritaban. Sin duda, esto les sonaba a algo.

Se acercan los gendarmes al auto y Gaudin y yo intentamos convencerles de que aquella gente no quería más que pasar un poco de ropa, la indispensable para unos días; pero no nos hicieron caso.

—*Dépêchez vous, dépêchez vous!*— nos dijeron.

—Pero ¿y por qué esta pobre gente no puede llevar un poco de ropa?

—¡*Non*, señor! ¡Adelante!

¡Y esta es la democracia! ¡Qué miseria! Unos desdichados a quienes les han quemado o les han robado la casa y que no pueden llevar una chaqueta y unas alpargatas.

Unos días después, con Paul Gaudin, nos acercamos a la frontera. Paul tiene que hacer algo en Behovia de Francia. Yo no tengo nada que hacer. Él acaba pronto y nos volvemos a reunir.

Pasamos después por Urruña, me quedo a contemplar la torre y la esfera de su reloj de sol y su inscripción amarga y triste: «*Vulnerant omnes, ultima necat*» («Todas las horas hieren, la última mata»).

Gaudin tiene que ver a alguien del pueblo y yo espero en el coche. Se me acercan una vieja y una niña.

—¿Usted es del país? —me pregunta la vieja.

—Sí.

—¿Sabe usted vascuence?

—Muy poco.

—¿Vive usted cerca de aquí?

—Paso el verano en un pueblo vasco español, en Vera de Bidasoa.

—¿En qué parte?

—En el barrio de Alzate, en una casa grande que hay al comienzo del camino a Francia.

—Entonces es usted Pío Baroja.

—Sí.

La vieja y la niña me miran como a un pajarraco raro, no sé por qué.

El viaje a París es cómodo y sin molestias; llego por la mañana y en la estación me espera un amigo. Tomamos entre los dos las maletas, que no son muy pesadas, una cada uno, y vamos al Metro y llegamos a la Casa de España de la ciudad universitaria. Me dan un cuarto y saludo al director Establier.

Estos recuerdos no tienen nada de dramático ni de sensacional. Son reflejo de la vida corriente.

El cuarto nuevo estaba bien, la comida en el restaurant era un poco pobre, pero muy económica.

No tiene uno más remedio que vivir así, porque con trescientos francos al mes que gano con un artículo para *La Nación*, de Buenos Aires, no puede dedicarse uno a la orgía. El desayuno, la comida y la cena, por modestos que fueran, costaban cerca de diez francos al día.

Yo no había andado la primera vez por el barrio próximo al Parque de Montsouris. Es un suburbio cercano a la cárcel de la Santé y que cruza el ferrocarril de Sceaux.

Muchos de los estudiantes y refugiados no tenían gran afición a ir a comer al restaurant de la ciudad universitaria, muy pomposo, pero no muy bueno, y preferían ir a tabernas y a comedores próximos.

Ese escritor aparatoso que se llama Gómez de la Serna ha dicho, según me han asegurado, que yo pagaba la comida en el restaurant de la ciudad universitaria de París con vales o *tickets*, porque no tenía dinero para hacerlo como la mayoría.

Es verdad, uno o dos meses estuve así. Hay que tener un espíritu mezquino de patrona de casa de huéspedes para creer que el encontrarse un hombre viejo en una situación pobre y mísera, por un azar de la suerte, es algo que merece el desdén y la risa de la gente. A mí me parece más ridículo y más ramplón estar viviendo en un gran hotel de Madrid con todos los gastos pagados y hacer el reclamo de unos almacenes de camisas y de calzoncillos de la ciudad, para sacar unos cuartos más. Se ve que Gómez de la Serna tiene una mentalidad de patrona y que cataloga a la gente por sus ingresos y por sus sueldos. Abandonaremos esto, que no tiene importancia.

Entre los españoles que estaban alojados en la Casa Española de la ciudad universitaria en este tiempo, no había gente sin medios; y algunos tenían dinero y fingían no tenerlo. Unos eran empleados rojos y otros muchos tenían sueldos o subvenciones del Gobierno republicano.

En la Casa de España de la ciudad universitaria vivía en un cuarto del segundo piso y tenía como vecino al pintor Miró y al matemático Terrasses.

A ninguno de los dos los comprendía. Terrasses tenía sobre la mesa unos cuadernos estrechos y cerca de un metro de largos llenos de fórmulas matemáticas

que para mí eran enigmas, y Miró pintaba cuadros que parecían un trozo de papel de habitaciones con flores o con figuras geométricas.

Hubiera tenido para pagar la comida; pero me cogió el otoño y la lluvia y tuve que comprar unas botas, un gabán y algunas otras cosas para andar por la calle.

Al hablar con los franceses, se ve que estos comprenden poco de lo que está fuera de su círculo.

En el juicio de unos pueblos sobre los demás no estamos muy conformes, porque hay un fondo de interesada malevolencia de unos países para otros.

En general, los franceses tienen un poco la manía de creer que todos los demás pueblos les han imitado; pero esto mismo podían decir los demás pueblos de ellos. Los franceses han tenido algunos filósofos, esto se debe a la influencia alemana; han tenido escritores de imaginación, cosa que se debe a la influencia italiana y española; han tenido industriales y hombres prácticos, debido al influjo inglés. Todos los pueblos de Europa son imitadores de otros y no hay ninguno que pueda considerarse absolutamente original.

Sería útil que esa idea un poco primaria de la imitación se abandonara, porque no hay nadie en el mundo de la inteligencia que no haya seguido las huellas de otros. ¿Cuál ha sido el primero? Eso no se puede saber siempre.

III

LA CIUDAD UNIVERSITARIA

En la ciudad universitaria no había alemanes ni italianos. De mujeres, había francesas, inglesas, norteamericanas, griegas, chinas, indias y japonesas.

Entre los hombres, había españoles, franceses, turcos, griegos, indios, egipcios, japoneses, chinos. Había también unos negros de un prognatismo terrible, con una cabeza como dos conos unidos por la base, y estos monstruos entraban en el restaurant de la ciudad universitaria con un aire de satisfacción y hasta de orgullo como si fueran apolos.

Era extraño que en la ciudad universitaria de París, donde habría entre las diversas residencias quinientas o seiscientas personas de ambos sexos, no se diera ningún escándalo amoroso. Se ve que todo eso del donjuanismo y de la coquetería femenina es más leyenda que realidad. La moral sexual de París no se diferencia gran cosa de la moral de una capital de provincia.

La mayoría de estudiantes y estudiantas franceses, ingleses, españoles, turcos, griegos, norteamericanos, blancos, negros y amarillos llevaban una vida muy austera, muy seria. Quizás era consecuencia del poco dinero. Las únicas que se destacaban

por su audacia eran las norteamericanas, que iban y venían como les daba la gana y con frecuencia volvían a su residencia tambaleándose por la influencia del alcohol. La aventura amorosa no era tan abundante como podía sospecharse.

Yo pienso que ese libertinaje de las grandes ciudades es mucho aparato. Al menos en Europa, la idea de la moral es muy fuerte, y en un pueblo como París o como Londres, por tres o cuatro calles o bulevares con aire de sitios de diversión y de jolgorio, hay cientos o miles de calles silenciosas, tristes, en donde se nota la dureza de la vida y la desconfianza de unos para otros.

En la Casa Española de la ciudad universitaria había, cuando llegué yo, varias personas conocidas por mí, otras desconocidas, magistrados, profesores, periodistas y estudiantes. Como quizás a algunos les pueda disgustar que yo ponga sus nombres, citaré dos o tres que viven en América y otros que han muerto. Entre los que se marcharon estaban el magistrado Carsi, el profesor González de la Calle, Américo Castro. Entre los que murieron se hallaban Don Blas Cabrera, Juanito Barnés y otros que no recuerdo.

Un López Rey muy radical y muy rojo, y luego su hermano, jefe de la policía de Madrid durante la guerra, vino desde España con un camión grande con dos milicianos armados y un chófer.

¿Qué llevaba dentro? Todo hacía pensar que en aquel automóvil cerrado había cosas de gran valor. En el pescante del camión venían López Rey y un ex director de la cárcel Modelo de Madrid.

Aquí, en la residencia española, a poco de llegar por segunda vez, hubo una huelga de estudiantes, porque creían que la comida del restaurant de la ciudad universitaria era menos que mediana. Entonces los estudiantes y estudiantas fueron a figones próximos.

En el figón se reunían estudiantes, obreros, muchachas jóvenes empleadas que hablaban y discutían.

Había dos mozos, y uno a quien los estudiantes encontraban parecido con Mussolini. Este se pavoneaba. ¿Acaso podía creer que los estudiantes pensaban que el dictador italiano había venido a vivir de mozo de comedor en una tasca de la ciudad universitaria de París? Es curioso que los jóvenes franceses tengan entusiasmo por Mussolini, un hombre tan vulgar y tan cursi. He oído a una señorita francesa que vive en Madagascar, en donde su padre debe ser un alto empleado del gobierno de esa isla, que dijo que, al pasar por Italia, en Roma habló con Mussolini y lloró de emoción.

Es curioso que produzca entusiasmo un tipo como el dictador italiano, que no tenía nada de lo que puede producir entusiasmo en un pueblo. También es curioso el que los estudiantes, en Francia como en España, sean menos inteligentes y con una tendencia a elogiar el despotismo mayor que antes. Todo el mundo quiere mandar; el uno, porque tiene un título, y el otro, porque lleva cosidas a la bocamanga unas insignias.

En los pueblos grandes se puede vivir más libremente y más cómodamente que en los pequeños y medianos; pero no se conoce apenas al hombre por dentro. Así resulta la vida mucho más superficial de lo que se cree. El hombre de la gran ciudad vive casi siempre más de cosas externas que el hombre del pueblo pequeño.

En los cafés, los jóvenes estudiantes suelen discursar acerca de cuestiones políticas y sociales con mucha vulgaridad; en cambio hablan muy poco de cuestiones científicas. No me explico esta atracción por la política. El político es casi siempre vanidoso y vulgar; no puede vivir sin elogios. Sus doctrinas no valen nada. Lo que se llama la opinión pública enloquece a los jóvenes y andan preparando gestos y actitudes para buscar el aplauso. Son casi siempre esclavos de la fama, de la opinión de los demás y de la populachería.

El político es un sembrador de lugares comunes. Después de todo, la organización de la sociedad está hecha a base de vulgaridades. Los lugares comunes y las vaciedades aparatosas tienen más base y más solidez que las intuiciones lúcidas, y parece que sirven como de cimentación a la sociedad.

En España no hemos tenido grandes políticos. Para mí, un político tiene que tener primero figura, raza, brío y cierta inspiración mística y cordial. No creo que un político de temple pueda cambiar con gusto la posición peligrosa de presidente del Gobierno por la jubilación de ser jefe del Estado.

Parece que los españoles, en algunas cosas, estamos a la moda en Francia. En la música de baile y en la política, que es otro baile con consecuencias más graves. A pesar de ello, no tomarían al mejor escritor español por gacetillero en un periódico francés de tercera clase, a pesar de ser algunos de estos diarios bastante mediocres. Desde hace tiempo parece que los españoles tenemos prestigio solo en actividades decorativas. En lo demás no interesamos nada, absolutamente nada.

Entre las francesas hay un concepto del español un tanto falso. Una profesora francesa me dice que todas las amigas tuyas que vienen de España vuelven con la cabeza un poco trastornada.

—¿Por qué?

—Porque los españoles son para las mujeres muy trastornadores.

Yo le digo que esto es pura leyenda, y que en España hay tantos tontos y sosos como en cualquier otro lado o quizá más, porque el hombre que se considera conquistador generalmente es un estúpido.

La amiga francesa me pregunta si no voy al cinematógrafo. Le contesto que no, que no he cultivado esa afición. Entonces ella le dice al chico que la acompaña, que tiene trece o catorce años, y que se queja de que no va más que dos veces a la semana al cine:

—Imítale a este señor español que no va al cine más que cada diez o doce años.

Hay un viejo catalán que quiere que todo sea de su país. El otro día, una señora francesa, que, al parecer, ha tenido la veleidad de tomar datos para escribir un artículo largo sobre el general Espartero, le preguntó al señor catalán:

—¿Qué tendría que leer yo para documentarme sobre eso?

Y el caballero de la Rambla le dijo que leyera el Anuario de Estudios Catalanes.

La pregunta y la respuesta de este señor catalán me traen a la memoria el recuerdo de un librero de viejo de Barcelona que editaba tangos y que me los enviaba. ¿Qué habrá sido de él? Me contó que un hermano suyo había muerto y había pedido él que lo enterraran civilmente; pero el obispo se opuso y lo llevaron al cementerio católico. Entonces, según él me decía, se presentó en el obispado el librero de viejo barcelonés y le dijo al obispo:

—Señor obispo. Yo he venido aquí a reclamar que se le lleve a mi hermano al cementerio civil.

—¿Y por qué?

—Porque yo soy anarquista y mi hermano también lo era.

—Bueno, bueno.

Entonces el librero me decía a mí:

—Yo *tiré* un memorial, y luego *tiré* otro memorial, porque yo soy ante todo *anarquista*.

IV

O LO UNO O LO OTRO

Hay un señor aquí que supone que la palabra «requeté» es catalana; pero no, requeté es una palabra de origen francés, de *requéter* («rastrear»), y parece que es el toque que se empleaba en la exploración en la caza del ciervo. La palabra en España debe de ser de la primera guerra civil, porque en unas Memorias de un voluntario realista francés de la primera guerra carlista pone un cantar cómico de aquel tiempo que decía:

*Vamos andando, tapaté,
que te se ve el requeté.*

Los navarros creen que han inventado la palabra; pero no la han inventado. Aquí la gente dice que no se puede ser ya más que rojo o blanco.

Yo, como siento el entusiasmo por la libertad individual y por el libre examen, no me decido ni por una cosa ni por otra. En los dos extremos hay intransigencia y dogmatismo.

Algunos que vienen de Madrid dicen que se han hecho de la CNT y de la FAI muchos reaccionarios, y muchos chanchulleros que no tienen idea política ninguna y que no esperan más que quedarse con algo han hecho lo mismo. También dicen que

se ha formado una comisión para salvar obras de arte y libros. La eterna pedantería. Yo soy de los que creen que, principalmente, hay que salvar la vida de las personas, y después, si se puede, salvar los edificios y los libros.

Lo mismo de un lado que del otro se inventan argumentos un tanto arbitrarios para explicar la actitud indecisa de la mayoría. Los rojos dicen que muchos que no somos comunistas o sindicalistas es porque vivimos bien. En cambio, los blancos quieren atribuirnos unas tendencias demoníacas, por no tener entusiasmo por los gobiernos reaccionarios.

A mí me parecen estas suposiciones estupideces. Yo no he ido con frecuencia al teatro ni al café ni a los toros ni al cine, ni tomo ningún taxi, ni siquiera el tranvía. Si viviera en París, en donde actualmente están pagando nueve francos por hora a los obreros, con dos o tres horas de trabajo al día me bastaría para vivir.

—Usted es un viejo —me dice un tipo fanático.

Así que el reparo que le hacen a uno varía; tan pronto es el ser egoísta, como el ser reaccionario, como el no tener fe en nada. Las ventajas de la pequeña burguesía no se las ve por ninguna parte. Aquí mismo se encuentra a la gente de esta clase viviendo en cuarteluchos pobres, con escaleras angostas, haciendo una vida mísera. A esto se opone un argumento importante que esgrimía contra mí el anarquista Ascaso en la cárcel de Sevilla:

—Es que lleva usted corbata.

Qué diferenciación de los hombres por la corbata, que podría valer dos o tres pesetas. ¡Qué estupidez! ¿Quién le impide a nadie llevar una corbata, si esto le gusta?

Yo he escrito de esta primera época mía en París en tiempo de la guerra civil, una novelita titulada *Susana y los cazadores de moscas*, que creo que es graciosa y que está bien. Ahora hay poca crítica y supongo que nadie ha dicho nada sobre esa novela. No importa gran cosa. Es igual. Yo me he entretenido. A algunas personas les ha gustado. Ya basta.

Un periódico titulado *Política* decía de mí hace años:

«Hoy vemos en Pío Baroja al viejo solterón, reblandecido y egoísta, al individualista de caverna, que parece pensar como aquel monarca de Francia, que decía “Después de mí, el Diluvio”.

»Dice en su nuevo libro que las ideas anarquistas “no son más que lugares comunes más o menos delirantes”, y que “aunque lo creyera, no podría afirmar que hay que sacrificar el presente defectuoso para producir el porvenir perfecto. ¿A nombre de qué ese estúpido sacrificio?”. “La mayoría de las veces —sigo yo diciendo, al parecer—, la vida de la gente tiene valor para alguien próximo; en cambio, las ideas en general no valen nada ni para el próximo ni para el lejano; no son más que lugares comunes defendidos por la terquedad y la estrechez de meollo de un pobre desdichado”. Huelga demostrar cuán absurdas son semejantes opiniones. Cualquiera que medianamente sepa razonar puede percatarse de lo alejadas que están de toda lógica y buen sentido».

El artículo estaba firmado por un señor Fontaura. A este Fontaura, apellido o pseudónimo de un escritor, de conocerlo, le hubiera dicho que para mí todos los sistemas políticos, cuanto más idealistas, son más utópicos, y cuanto menos, más realizables y posibles. Las teorías políticas y sociales que pretenden ser perfectas, en la práctica van acompañadas siempre del fracaso.

El humanitarismo, en general, es una farsa.

No hemos conocido a nadie que haya pensado: «El pobre vecino está enfermo. Yo quisiera que él se curara y que su mal viniera a mí».

Si aseguramos una cosa así, todo el mundo pensaría que era uno hipócrita, un tartufo. El que se aísla, según estos ácratas, es un egoísta; pero el que fusila no, ese da más bien pruebas de altruismo.

Una sociedad, de la índole que sea, en donde mande un solo hombre, si es inteligente, tiene más probabilidades de marchar que una sociedad en donde todos los miembros quieran no solo tener opinión, sino mandar. Con el libre acuerdo, quince personas reunidas no se entienden. Así se ha visto que todas las revoluciones europeas modernas empiezan cantando a la libertad y acaban en el despotismo y en la dictadura.

Hay gentes a quien les basta, para sentir entusiasmo, la invención de fórmulas utópicas. A mí eso me parece una perfecta ridiculez.

Es decir: en la sociedad esta serán todos honrados, dignos y caballeros; las mujeres, trabajadoras y pudibundas; los niños, respetuosos y bien educados.

Eso, ¿qué valor tiene en la práctica? Ninguno.

Yo, al menos, en todo lo personal, como en lo político, me atengo a la máxima que se lee en el Evangelio: «No puede el árbol bueno llevar malos frutos; ni el árbol malo llevar buenos frutos. Así, pues, por los frutos los conoceréis».

Lo demás me parece literatura mala.

Estos pequeños intentos míos para recomendar a los amigos un ambiente de tolerancia y una norma de apartarse de la estupidez, me traen a la memoria la ocasión en que una sociedad, llamada Unión de Escritores Proletarios, que inventó unas controversias y las llamó crítica de masas, me invitó a mí.

La primera de estas conferencias se celebraría en el Ateneo de Madrid sobre una novela mía titulada *Los Visionarios*.

Yo, que soy un hombre que no vuelve la espalda a las discusiones, aunque creo que no resuelvan nada, incluso aunque no confíe en un mínimo de respeto para el que defiende una posición intelectual, acudí a la invitación para hacer la experiencia, que no salió de manera que pudiese satisfacer a sus organizadores.

Un periódico hablaba de la presidencia formada por el secretario de los Escritores Proletarios, Corpus Barga, el autor discutido y un joven con pantalones de ciclista y una gran cartera bajo el brazo, escritor proletario entonces, aunque después haya cambiado bastante para beneficio de sí mismo y de los grandes periódicos que recogen sus trabajos, periódicos que, naturalmente, tienen ya bien poco de

proletarios.

Según los diarios que se ocuparon del acto, un tanto extravagante y alborotado, los que me acusaron de enemigo del proletariado probaron no conocer el libro que criticaban, ni otros anteriores. Aquellos obreros conscientes parecían más enterados de economía política que de literatura, por lo menos más aficionados a lo económico. A la economía y a la jarana.

Alguna persona conocida me preguntó por entonces:

—¿Y para qué fue usted al Ateneo a esa crítica?

—Por pura curiosidad.

También me achacan, porque hay gentes que no aciertan en nada, el haber firmado, al comienzo de la revolución del 36, un pequeño manifiesto de adhesión a Rusia. Esto no tenía más impugnación que la afirmación es falsa y que yo no firmé ese manifiesto, porque no tengo el menor entusiasmo por el régimen político de Rusia, ni por ningún régimen despótico del mundo, y además no estaba en España en la época de publicarse el manifiesto.

V

UNA REUNIÓN

Me invitan a ir a una reunión en el hotel Normandie, de la calle de L'Échelle, hacia la calle de Rivoli. Se trata de discutir unas cuestiones de gramática y de estilo. Es cosa que me interesa poco; pero voy. Me acompañan en el autobús un andaluz supersticioso, que cree mucho en el mal fario, y dos o tres amigos del Colegio de España.

Como la reunión está rebotando gente, cuando llegamos, a mí me hacen pasar a una sala y los amigos se quedan en el recibimiento. Primero hay una discusión política entre unos españoles partidarios de la CNT, otros de la UGT y unos pocos conservadores, en cuya discusión yo no intervengo.

Después se comienza la controversia sobre cuestiones literarias y gramaticales. El que hace de director de la reunión me dirige unas cuantas observaciones sobre un punto y yo contesto. Al parecer, la gente queda satisfecha.

Al terminar la reunión, salgo a la antesala para ver qué han hecho los compañeros del Colegio de España y encuentro que no queda ninguno.

Al día siguiente le veo al andaluz y le pregunto:

—¿Qué les pasó a ustedes? ¿Por qué no se quedaron en aquella antesala?

—¿No sabe usted lo que pasaba?

—No. ¿Qué pasaba?

—Que enfrente de nosotros había un reloj de cuco en la pared, y eso da, como nada, el mal fario. Yo les convencí a los demás y nos vinimos todos corriendo a casa.

Otro día voy con el andaluz a un restaurante que dicen que no es del todo malo. Este restaurante está en la calle Delambre, cerca del cementerio de Montparnasse. Cuando nos acercamos al comedor, yo le digo al andaluz:

—¿Ve usted el nombre de la calle?

—Sí, veo que pone Delambre. —El andaluz, que creo que no sabe ni una palabra de ortografía, dice medio asustado—: Pues sí que vamos a cenar bien en la calle del hambre.

Y no quiere entrar en el restaurante.

VI

RUSOS

En la casa de la señora mixta de rusa y de española hay unos entremeses que se hacen con huevos y tomate y rebanadas de pan con caviar.

Diez o doce rusos, en una mesa redonda, hablan con entusiasmo en su idioma. Hay otra mesa donde juegan al bridge, y una pequeña en la que hablo yo con un ruso y un español. El ruso, escritor y emigrado, me dice:

—Veinte años en Francia, y siempre esperando, y hablando el francés cada vez peor. Dice que los jóvenes se ríen de ellos por lo mal que se expresan.

—Pues es extraño, porque ustedes tienen fama de hablar bien el francés.

—Pues ya ve usted que no es cierto —contesta—. Ustedes, los españoles, están en cuestiones políticas al principio. Nosotros creemos, o por lo menos esperamos, que estamos ya al final; pero no lo sabemos tampoco de cierto. Ahora, como España es un país más pequeño que el nuestro, quizás ustedes se arreglen más pronto.

Entre estos rusos corre la idea de que lo que pasa en España es una repetición de lo que pasó en Rusia. Casi todos creen lo mismo, no sabemos con qué garantía.

Hay una señora que me pregunta si pienso que los horrores que se cuentan de España los olvidaremos los españoles. Le digo que, naturalmente, con el tiempo se olvidarán; ahora, los contemporáneos no los olvidan.

Evidentemente, la guerra de España, que ha tenido para los españoles un carácter muy nacional, ha sido al mismo tiempo muy internacional.

No dudo que los rojos hayan hecho muchas barbaridades inútiles; pero es justo confesar que no han sido las suyas las únicas que se han cometido en España en esos momentos. Además, es evidente que entre los rojos el control del Gobierno es menor que entre los blancos.

No ha habido político ni militar que pudiera dominar la situación y vigilar las acciones de las multitudes revolucionarias.

Estos rusos hablan naturalmente con más interés y fervor de sus problemas y sus recuerdos. Aseguran que Kutiepof iba a la reunión de la calle del Campo de la Alondra. A Kutiepof lo cogieron en París unos oficiales rusos chóferes, le metieron en un auto y lo mataron. Después llevaron el cuerpo a la Rochela, colocaron el cadáver en una caja y de allí, en un barco, lo enviaron a Rusia. Luego se dijo que a estos oficiales, con pretextos insignificantes, los fusilaron a todos.

¡Qué época la nuestra! Es de las más bajas y miserables de la historia.

Yo he leído poca poesía. De estudiante leí a Espronceda y a Bécquer y me deleité; luego poetas regionales, a Rosalía de Castro y a Juan Maragall, los dos muy buenos. En París, a fines del siglo pasado, me contagié con el entusiasmo por Verlaine y este entusiasmo me ha seguido hasta la vejez.

VII

DERRIBOS DE PARÍS

Por todas partes en París derriban rincones oscuros y sombríos, pero que tienen carácter. Aumenta la limpieza de la ciudad, y su higiene, aunque pierda su aspecto pintoresco.

Yo, que no soy un hombre sistemático, tan pronto siento la nostalgia del pasado como me gusta que todo se rejuvenezca y se limpie.

Detrás del Instituto de Francia, entre la calle Mazarine y las próximas, han tirado unas cuantas casas negras y han hecho un *square*. Ya no se recuerda cómo estaba antes. También han derribado varias casuchas negras entre San Severin y San Julián el Pobre. Lo viejo y lo sucio van desapareciendo y, naturalmente, con ello desaparece también lo pintoresco.

Yo he hablado bastante de los lugares comunes de la vida literaria parisiense, y desde los auténticos bohemios, como Verlaine, hasta los falsos bohemios, como Gómez Carrillo y compañía, todo va desapareciendo. La gente también parece que está cansada de la literatura falsa y de prendería.

He estado en el barrio en que viví por primera vez en París, hace más de cincuenta años. La calle de Broca, que yo la recuerdo muy negra y muy sombría, con el hospital antiguo de Lourcine, tiene todavía unas casas leprosas, que están para derribar; pero hay ya por allí mucho edificio de ladrillo, de estilo moderno y algunos *squares*. He visto un Hotel de la Palmera que recuerdo próximamente de hace medio siglo.

En la plaza de Denfert-Rochereau está la entrada de las Catacumbas. Se pasa por la plaza y se sale por la calle Dareau, número 92, cerca de la avenida del Parque de Montsouris o por la calle Remi Dumoncel.

Marchando por la avenida del Parque de Montsouris hay ahora un taller de una nueva línea del Metropolitano, con unas bóvedas grises de cemento que parecen bocas de enormes cañones. Luego, siguiendo por la avenida, a la izquierda, se ve un talud con unas garitas en la cúspide que son depósitos de agua; a la derecha hay otra cuesta con casillas, también de las antiguas fortificaciones, y filas de vagones de tren ya viejos, que se van poniendo roñosos con la lluvia.

En la calle Dareau, en un hotel de un piso y guardillas de cinc con balcones, se lee un letrero que dice: HÔTEL DAREAU, À LA SORTIE DES CATACOMBES. Hay una puerta al lado con un escudo de la villa de París. Este hotel hace esquina a la calle Hallé.

Una señorita me ha prestado una antología de poetas franceses modernos que voy leyendo despacio.

Yo tengo una falta bastante grande para hablar de los dramaturgos y es que no soy gran aficionado al teatro. Me gusta la ópera en una sala brillante; la opereta también, pero la comedia, no. A mí me indicaron en Madrid, a principios de siglo, para hacer la crítica teatral en el periódico *El Globo* hace cincuenta años y creo que no llegué en el cargo al mes.

Un estreno de una comedia en Madrid entonces tenía el aire de una cosa política y diplomática, el crítico de *El Imparcial* que hablaba misteriosamente con el de *La Correspondencia*, la señora del palco que trataba de convencer al político de algo. Todo esto a mí me interesaba poco y no quise entrar en aquel ambiente.

De chico vi melodramas, sainetes y revistas; pero comedias y dramas, muy pocos. Ahora me pasa igual, no tengo simpatía por el teatro.

¡Qué idioteces le han dicho a uno!

Unos socialistas de Irún, después de la guerra, me decían que yo les había explotado.

—¿Explotarles, yo? Pero ¿cómo? ¿En dónde? No había explicación posible.

Entonces uno de ellos me dijo:

—Volveremos, iremos a Vera y quemaremos su casa.

—Bien, esto es una estupidez clara; pero que yo les exploté a ustedes es una estupidez oscura, porque yo ni les conozco ni tengo nada de común con ustedes.

Un carlista, tan necio como los socialistas, me dice que, pudiendo haberme matado, no me mataron.

¡Qué heroicidad! También uno ha podido matar a gente, sobre todo cuando era médico, y no la he matado. ¡Qué mérito! ¡Qué satisfacción! Yo creo que un bosquimano discurriría de una manera más lógica. Le dirían: «Puede usted matar a ese que pasa por ahí», y él diría: «¿Para qué? Si no tengo con eso ningún provecho».

Una chica conocida mía desde la infancia, muy graciosa, que tiene dos o tres pretendientes, uno rico, a los que no hace caso, me dice a mí:

—Oiga usted, don Pío.

—¿Qué?

—¿Quiere usted que nos escapemos y vayamos a vivir juntos? Yo me río y la digo:

—No, no quiero, chica.

—¿Por qué?

—Porque no me gusta hacer un mal papel contigo.

—Y usted, ¿haría un mal papel?

—Sí.

—¿Ante quién?

—Ante ti.

—¿Y por qué?

—Porque soy viejo, reumático, soy una birria y, aunque tú me trataras con afecto, yo estaría avergonzado.

—Es usted orgulloso.

—No, ahora soy, naturalmente, desconfiado.

—¿Así que no quiere usted que nos escapemos juntos?

—No.

—¿Y por qué?

—Primero, porque, como te digo, soy una birria, tengo sesenta y cuatro años y tú tienes diecisiete.

—Eso no importa.

—Sí importa. Después, porque tengo una hernia.

—Tampoco importa.

—Sí importa, sí. Hay además otra razón crematística.

—No sé qué es eso.

—Eso quiere decir económica. Yo gano ahora trescientos francos al mes por un artículo de *La Nación*, de Buenos Aires. Figúrate tú qué trajes y qué alhajas podría comprarte.

—A mí no me importan nada las alhajas.

—A mí tampoco.

—Es usted muy desconfiado.

—Pero de mí mismo.

La mujer del embajador va al Colegio de España a decir que me tienen que echar a mí a la calle.

No sé por qué será. Yo no me he ocupado ni de él ni de ella. Quizá sea por eso.

—Tiene usted avitaminosis —me dice un amigo médico.

—Eso no me choca. Es más fácil para un viejo que vive pobremente tener cosas malas que buenas. ¿Avitaminosis? Es muy probable. ¿Artritis? También. ¿Hiperclorhidria? Con seguridad.

A perro flaco todo se le vuelven pulgas.

Me dicen unos señores que me quieren pagar un traje.

—No. Yo no soy un mendigo —contesto—. No tengo ninguna casa elegante adonde ir. Andaré con el traje viejo. Me es igual.

Yo les decía a los jóvenes estudiantes franceses del Colegio de España, sobre todo a los que estudiaban Ciencias Políticas, *Sciences-Po*, como dicen ellos, que debían permitir tener colonias a Alemania y hacer un plebiscito verdadero en Alsacia y Lorena y acabar con esa carnicería estúpida de la guerra que no lleva a ningún lado más que a la miseria, a la degeneración y al hambre.

Como muchas noches duermo mal, salgo de la Casa de España al anochecer y me voy a pasear por las calles próximas del barrio de Montrouge. Recuerdo estos versos de Baudelaire que he leído hace poco.

*Souvent, à la clarté rouge d'un réverbère
Dont le vent bat la flamme et tourmente le verre.
Au coeur d'un vieux faubourg, labyrinthe fangeux,
Où l'humanité grouille en ferments orageux.*

En la guerra española, los rojos evidentemente han sido más torpes y más cándidos que los blancos. Estos estaban más unidos. Aquellos estaban divididos en cuatro o cinco grupos y cada grupo en siete u ocho subgrupos republicanos, separatistas catalanes y vascos, socialistas, comunistas, anarquistas, etcétera.

Hay gente que quiere equiparar la destrucción de un altar con la muerte de unos cuantos individuos o con el bombardeo de una ciudad. Así, he visto en *La Ilustración Francesa* las ruinas de su altar y debajo un título, BARBARIE ROJA.

La misma barbarie que sería bombardear o destruir una pagoda de indios o una iglesia de negros. Yo creo que hay que respetar las creencias de todos, sean blancos o amarillos, y castigar lo que sean delitos.

Ahora han demostrado únicamente que son mediocres aun dentro de su crueldad.

La República parece que ha de tener cierto aire austero. En España no lo tenía. Era una merienda de negros. Los republicanos y socialistas se repartían todos los empleos.

Un abogado que actualmente se siente muy rojo ha sido, según dicen, el cacique de su pueblo; ha salvado criminales del presidio, ha llevado a la cárcel a hombres sin culpa, ha protegido a los ladrones y perseguido a los inocentes. Y ahora se siente

rabiosamente republicano y socialista y cree que hay que exterminar al que sea indiferente en política.

IX

UNA SEÑORITA FRANCESA

Una señorita francesa me presta una novela de Henri Bordeaux titulada *Valombre*. Está bien. Es bastante interesante; pero nada extraordinaria. Ahora, parece que el autor se inclina a pensar que las mujeres en Francia valen más que los hombres.

—¿Y usted lo cree también? —me preguntan.

—Yo no puedo tener opinión. Creo que, quitando a la gente de gran talento en general, en la mayoría de los países europeos la mujer vale más que el hombre.

—¿Y en Francia, piensa usted que pasa lo mismo?

—Sí, así me lo parece. La mujer francesa trabaja tanto como el hombre, y además se considera en la obligación de ser amable. ¡Ya es mérito!

—¿Usted no cree que la mujer pueda tener genio?

—¿Quién sabe lo que es el genio? Si el genio es algo caprichoso, alocado, teórico, las mujeres no han demostrado mucho. No hay grandes filósofas, ni grandes científicas, ni grandes músicas entre ellas. No hay figuras femeninas comparables por su obra a Homero, a Dante, a Cervantes, a Shakespeare, a Mozart o a Beethoven.

—¿Y Juana de Arco?

—Juana de Arco me parece que brilla más que por la inteligencia por el valor, por la abnegación y por la fe.

X

QUÉ QUEDARÁ

Los diputados comunistas no pueden decir más que lo que les dictan sus comités. ¿Todo eso pasará dejando algo? No sabemos qué. Se defiende la tesis rusa de que la supresión del capitalismo es algo tan excelso, tan beneficioso, que justifica el que se sacrifiquen por esa obra millares de personas. Pero oyendo eso, el hombre, antes de dejarse convencer, debería preguntarse: «Y si ese resultado no es ni beneficioso ni posible, ¿quién nos indemnizará de las muertes y de los daños?».

Uno se pregunta también, pensando en *El Capital*, de Marx, obra confusa, pesada y contradictoria, por qué habrá llegado a tener un éxito tan grande. Seguramente, porque tiene la afirmación dogmática de los libros religiosos. Si hubiera sido un libro exclusivamente científico, no habría llegado con sus doctrinas al pueblo. Tipos de libros parecidos, con síntesis falsas y prematuras, se han escrito ya en la ciencia; pero en la ciencia no queda más que lo demostrado.

En cambio, en la política un sistema se convierte en una religión. Esto es lo que le pasó al sistema de Marx, y paralelamente, aunque no en tanta escala, al de Bakunin. Probablemente, el de Marx tiene esa condición judaica del practicismo ficticio, como la tenía el cristianismo.

XI

VELADA AGRADABLE

Tenía yo por entonces tres casas para ir a charlar, una en la orilla derecha, bastante lejos, otra cerca del jardín del Luxemburgo y otra en la calle Vaneau.

El día de Nochebuena me convidó a ir a pasar la velada en su casa un químico que vivía en un palacio antiguo de la isla de San Luis. Estuvo bien la reunión, la casa, los invitados y la charla.

Se comió y se bebió y se habló de todas las cuestiones que preocupaban en el momento.

XII

EXCELSITUD DE LOS IDIOMAS

Los franceses dicen que la repetición de sonido de la *e* no indica monotonía, porque en francés hay tres clases de *e*. La *e* muda, la *e* cerrada y la *e* abierta.

Hay quien afirma que hay cuatro y ha habido tratadistas que han encontrado seis.

Yo creo que eso no tiene un gran valor exclusivo. Con casi todos los idiomas debe pasar algo parecido.

El castellano tiene la solemnidad del latín.

La *a* del castellano es distinta a la del catalán, a la del aragonés, a la del valenciano, a la del gallego y a la del vasco. Para un especialista en fonética, todo lo

que nos parece a nosotros igual debe de ser distinto.

XIII

INTRANSIGENCIA

Un día que hacía yo una crítica de la política española entre mis amigos, el padre de un chico, ex alcalde de Gijón, me dijo que allí no se aceptaba gente indiferente en política y que iban a traer a la Casa de España unos cuantos milicianos, amigos suyos, que me tirarían por la ventana.

Yo les mandé a paseo y les dije que en París, a los milicianos, les llevarían a la comisaría y que tal vez después les dieran unos cuantos puntapiés en salva sea la parte.

Se armó un gran escándalo y el andaluz del mal fario se escondió asustado. A los dos o tres días me decía con su media lengua:

—Ya ve *uté* cómo le contesté yo a *aqueyo señore* que vinieron a *inzultarle*, porque yo no permito que a un amigo mío se le vaya a tratar *azi*.

Yo me quedé sorprendido y, al mismo tiempo, regocijado, al notar la imaginación del andaluz, que en dos o tres días ya había modificado un hecho sucedido hacía poco y en el cual él se había escapado como una liebre, dando una prueba de miedo.

No es posible hablar con tranquilidad entre personas de opuestas tendencias. Los españoles se odian como los perros de distinta raza: ya se comprende que el que habla es amigo o enemigo, blanco o rojo, y si es enemigo, no se acepta nada de él.

Entre la gente que se cree moderna se han oído las siguientes tonterías. La libertad hoy es reaccionaria. Los que son más tienen siempre razón sobre los que son menos. La ciencia y la filosofía son inútiles. Actualmente, en cuestiones políticas nadie puede ser neutral.

Todo esto que se considera moderno es lo mismo que dijeron los partidarios de las religiones antiguas. La estupidez reina entre los aficionados a la política. Es muy de gente actual, de espíritu obtuso, el hacer a muchas cosas el reproche de que son inútiles para la vida. Si se quiere extender este criterio, me parece muy difícil deslindar el campo de lo útil y de lo inútil. ¿Son útiles la música, la astronomía y la literatura? Es difícil asegurarlo. Yo, dedicándome a la paradoja por molestar, digo que el comunismo es reaccionario.

Un amigo que me escribe desde Inglaterra me habla de las señoras de la casa en donde vive. Una de ellas parece que dice: «Ese no sabe más que lo que ha aprendido en los libros». El reproche tiene algún valor. La lectura de muchos datos puede dar motivos fecundos a la inteligencia; pero si no hay precaución para aceptar unos y olvidar otros, cualquiera se convierte fácilmente en un erudito absurdo. Entonces, cuando se sale de la especialidad y aun dentro de la especialidad, se tiene la propensión a pedantear.

Así, uno de estos físicos a quien veo alguna vez me dijo que se podía acertar mejor disparando sobre un blanco lejano que sobre uno próximo.

—Pues mire usted —le dije yo—, si yo me tuviera que batirme con usted a pistola y yo tuviera derecho a disparar a cinco metros y usted a doscientos, estaría muy contento.

Al día siguiente, la mujer del físico decía con gracia que lo que había dicho su marido era una melonada.

A este físico le pregunté una vez:

—¿Qué son los *quanta*?

—*Quanta* en español —me contestó— podría llamarse mejor, cuenta, como las cuentas del rosario. Las radiaciones luminosas o las de los cuerpos opacos no son continuas, sino discontinuas; no van como una corriente de agua por un tubo, sino de una manera alterna.

—¿Y qué relación tiene esto con el átomo?

—El átomo lanza también sus emanaciones de una manera discontinua.

—¿La teoría de Planck y la de Einstein tienen alguna relación?

—Sí, la tienen; pero muchas de estas teorías, por ahora al menos, no se ven claras más que dentro de las matemáticas. No pueden pasar al terreno racional y menos al experimental. Einstein, cuando estaba a punto de encontrar su teoría de la relatividad, tuvo que saltar de la matemática euclidiana a otra no euclidiana para llegar a sus conclusiones.

En otras muchas cosas sucede lo mismo y no todo se puede convertir en materia racional.

Los mismos grandes artistas y músicos no son capaces de dar una explicación intelectual y lógica de sus obras. Cuando se oye a un músico que se explica bien y habla con cierto ingenio y cierta claridad de los ideales de su arte, se puede asegurar que no es un gran artista.

Estamos en una etapa de conflictos sociales un poco metafísicos. Esto comenzó en la Revolución francesa con toda la elocuencia y la solemnidad del tiempo y no vale la pena de repetir puntos de vista de una manera mediocre.

En este tiempo de París, estuve pensando que quizá podría ir de profesor de español o de auxiliar a un colegio inglés. Escribí a dos o tres personas. Ya veía yo que de literatura española no sabía mucho; pero otros, que fueron, no sabían seguramente más que yo. Creo, por lo que me dieron a entender, que no me aceptaron porque no era un rojo.

Estas cosas de información literaria están a la altura de cualquiera. Por otra parte, hablar de literatura no exige conocimientos profundos y difíciles como explicar las teorías de Planck o de Einstein.

XV

LA CIVILIZACIÓN FALLA

Si las explicaciones pudieran estar al nivel de las obras y analizarlas, ¿qué es lo que no hubieran dicho sobre la música hombres como Mozart y como Beethoven? Y, sin embargo, no dijeron nada o casi nada que valiese la pena. Probablemente, no era solo porque les parecía inútil, sino porque no veían el modo de traducir en palabras lo que habían expresado en su arte.

Este pintor dice que los impresionistas prescinden de la forma, es decir, del dibujo de los objetos. Es muy difícil saber lo que es la forma. Evidentemente, si se trata de señalar una cafetera, una silla o una taza, un catálogo ilustrado de un bazar lo señala tan bien o mejor que un buen cuadro; pero la pintura no parece que tenga la misión de señalar las cosas como Orbaneja y decir: «Esto es un gallo».

La pintura tiene, evidentemente, otra misión. Ahora, de una manera clara, no sabemos cuál es ella.

El que se dedica a la ciencia necesita tener unos conocimientos matemáticos grandes. Si este estado avanza y los hombres de ciencia saben aprovecharse de su momento, podría llegar al caso de la dictadura científica en el mundo, que yo supongo que sería mejor que las demás dictaduras de otras clases y de otras castas. Esta dictadura tendría, en parte, de malo que no podría dar explicaciones comprensibles para el vulgo. Sería un régimen parecido al de los legendarios magos, estos antiguos basados en la mentira, y los modernos en la verdad científica. Mejor que la dictadura de políticos cursis, indudablemente, sería la de hombres de espíritu claro y comprensivo.

La civilización ha fallado en esta primera mitad del siglo xx de una manera ostensible. Solo la ciencia se ha defendido bien, lo demás nada.

Las nociones de humanidad, de benevolencia, se han eclipsado y el hombre se ha mostrado más cruel, más bruto, más teatral y farsante que nunca. Se ha matado a

hombres, mujeres y niños en cámaras de gases asfixiantes. Nunca se había llegado a tales atrocidades.

Hasta en las funciones de lujo ¡qué brutalidad! ¡Qué estupidez! ¿Quién podía suponer que pasados más de dos mil años de la escultura griega, a los quinientos años de los cuadros de Mantegna, de fra Filippo Lippi o de Botticelli se iban a hacer obras cubistas?

Es algo extraordinario.

¡Qué mezcla de torpeza, de estupidez y de incompreensión, la de nuestra época! Es algo que no le cabe a uno en la cabeza.

Estos universitarios franceses, no creo que conozcan bien la mayoría de ellos el latín. Saben la gramática y las reglas un poco rutinarias; pero nada más.

No creo que serían capaces de inventar una frase de aire clásico como la que ideó Turgot para ponerla en el busto de Franklin esculpido por Houdon: «*Eripuit caelo fulmen sceptrumque tyrannis*» («Arrancó el rayo al cielo y el cetro a los tiranos»).

Está bien la frase, tiene un aire clásico.

SEGUNDA PARTE

•

En el café de la ciudad universitaria charlo de cuando en cuando con un tipo que parece japonés; pero me choca, porque los japoneses, al menos en este tiempo, no quieren hablar ni con franceses, ni con ingleses, ni con españoles. El pequeño asiático es de la Indochina. Me dice que ha oído afirmar que en la literatura española reina la desesperación. No sé de dónde habrá sacado esa extraña idea. El indochino es bastante más explícito que los japoneses. Dice que la mayoría de sus paisanos, cuando leen algo de los europeos, sienten una cierta humillación.

—Humillación, ¿por qué? —le pregunto yo.

—Porque el chino encuentra al escritor europeo de una audacia desagradable, y cree que no tiene derecho a esto.

Por su parte, los chinos creen que todo lo que cubre la bóveda del cielo es China. Que Portugal no tiene una colonia en Macao, sino que Portugal es una colonia del Celeste Imperio.

El indochino habla de Confucio, de Buda y del Tao con más franqueza que los japoneses. El Tao es el ser, el todo, la razón suprema de las cosas y de las ideas.

Yo le digo a este asiático:

—Veo que entonces son ustedes una especie de alemanes con coleta.

El shintoísmo, religión nacional del Japón, debe de ser cosa de poca monta. No parece encerrar ningún valor filosófico. Es religión de un practicismo vulgar.

Hablamos también del *Sinantropus* encontrado cerca de Pekín. Me dice el asiático que podía ir yo a la China.

—¿Cómo voy a ir yo a China? Tiene que ser un viaje carísimo.

Otro día el asiático me cuenta el argumento de varias comedias chinas. Luego dice que las pequeñas curiosidades del europeo sobre las costumbres, las mujeres, los dioses, etcétera, les parecen ofensivas a los chinos y a los japoneses; pero en cambio los grandes descubrimientos de la ciencia y de la industria de Europa les dejan maravillados. Me dice que existen todavía las comidas de treinta y cuarenta platos, que hay historiadores modernos que han estudiado la antigua filosofía china y que de los autores europeos han traducido a muchos y, últimamente, a André Gide y a Paul Valéry.

En la conversación con el chino y el japonés yo pregunto al primero:

—¿Qué quiere decir el sintoísmo?

—*Shinto* quiere decir camino de los dioses o vía de los espíritus.

—¿Qué dioses tienen?

—Antiguamente había Amaterasu, diosa del sol.

—¿Y ahora?

—Kamiasha.

—¿Hay otros dioses?

—Sí, hay otros dioses: Izanagui, Izanami, Onamochi, Okininushi; pero estos no son verdaderos dioses.

Después, al japonés le pregunto sobre el *hara-kiri*.

—*Hara-kiri*— dice— es palabra para los extranjeros.

Se ve que el hombre no quiere dar explicaciones claras.

—¿Pues cómo lo llaman ustedes entonces?

A esto no contesta. Dice que en el *hara-kiri* no se mata uno a sí mismo, sino que el que se dispone a morir se marca con el puñal en el vientre y entonces un amigo le corta la cabeza. Los europeos no comprenden esto. El mariscal Nogi y su mujer se hicieron el *hara-kiri* cuando murió el emperador Mutsu-Hitu.

El indochino se pone a explicar lo que es el taoísmo y da unas explicaciones tan confusas que no hay manera de entenderle nada. Hay una primera trinidad y luego otra, y aun esta no basta, porque luego hay dioses de todo: del Sol, del Cielo, de la Tierra, de la Osa Mayor, de la Luna, etcétera, etcétera.

—Entonces ¿es un politeísmo?

—No, no es un politeísmo. Es el sistema religioso de Lao-Tsé; pero no es un politeísmo completo.

Entre las risas del uno y las ceremonias del otro no se entiende nada de lo que dicen. Para ellos las palabras tienen una importancia extraordinaria. Yo le pregunto al japonés:

—¿Y los aínos? ¿Qué clase de gente son?

—No hay aínos.

—¿Cómo que no?

—Hay el pueblo áinu.

—Pues de ese quería yo hablar.

—Estos son ya muy pocos, barbudos, peludos y sucios. No hay más que unos quince o veinte mil. Adoran al Sol, a la Luna y el Fuego. Se parecen a los esquimales; unos dicen que descienden de un oso, otros de un gran perro blanco. Son pacíficos.

El chino, a mis preguntas, dice siempre:

—Es que China es muy grande y esto no lo saben los europeos.

—Eso sí lo sabemos. Podremos no saber las ideas de los chinos; pero saber que la China tiene gran extensión y un gran número de habitantes, eso lo sabemos todos.

II

MENTALIDAD DEL TIEMPO

Esta supuesta austeridad de la gente española que viene aquí y su habilidad para hacer negocios y ganar, es bastante cómica y contradictoria.

El otro día estaba yo en el despacho del conserje y un señor preguntó por el director. Le dije yo que no estaba.

—¿Usted es el señor Baroja? —me preguntó después.

—Sí.

—Aquí se está mejor que en España —dijo él, queriendo mostrarse irónico.

—No creo que yo le impida que se vaya usted donde quiera.

—Ya lo sé.

—Yo no pretendo ser un héroe como usted. Usted es un héroe, sin duda. Tiene usted su buen sueldo y de cuando en cuando viene usted aquí a hablar con unos o con otros. Ahí es nada. Yo no, yo tengo que escribir unas tonterías para vivir, pero que le cuestan a uno su trabajo.

El hombre se marcha molesto y sin ganas de bromas.

Andan ahora por aquí unos judíos compradores de armas y representantes de fábricas, llevándose una vida espléndida. Los unos deben considerarse muy patriotas y los otros muy revolucionarios; pero unos y otros parece que principalmente son unos cucos.

La pedantería de los políticos españoles quiere convencernos de que los que no hemos participado en el Gobierno del país somos tan responsables del desorden actual como los demás.

«Usted no es el cocinero de la casa; pero si la sopa se ha quemado, es su culpa. No es la niñera, pero si el niño se ha caído o ha comido tierra, tiene usted también la culpa». Se tiene la responsabilidad de lo que no se ha hecho, y en cambio no se tiene de lo que se ha hecho. Es una mentalidad de bosquimanos o de mandingos.

Yo no hubiera aceptado ni en la monarquía ni en la república que los funcionarios del Estado se mostraran disconformes ni enemigos del Gobierno; pero como todo es absurdo y estúpido en nuestro tiempo, ahora ya no se quiere lo justo, sino que el hombre independiente, el que no vive del Estado, tenga todas las obligaciones del funcionario. Es, en el fondo, la teoría judaica de que el que no está conmigo está contra mí.

III

CRÍMENES DE PARÍS

Los crímenes de París, a base de adulterio y de robo y de un poco de neurosis, en que aparece una francesa casada con un ruso o con un polaco comerciante o dentista, son

muy clásicos en el tiempo.

El asesinato de Navachin en el Bosque de Bolonia tiene un carácter oscuro y melodramático. Se dice que este economista ruso era judío y masón. Unos suponen que el atentado viene del lado revolucionario de los soviets; otros piensan que en él ha intervenido la masonería, y hay quien pretende que tenía relación con los jesuitas. Mentalidad de Eugenio Sue o de Ponson du Terrail. También se supone que este Navachin podía tener enemigos en la policía rusa o en la alemana; pero la verdad es que no se sabe nada del asunto. Tampoco se conoce el motivo de la muerte de Kutiepof y de Tukachevski.

El sistema de los policías contra los anarquistas que practica la policía inglesa de Scotland Yard parece que no es muy eficaz. Todo se hace a fuerza de recortes, de papeles, de denuncias y de anónimos. Los sospechosos son seguidos por agentes durante todo el día, y estos indican las personas con quienes hablan y los sitios por donde van. El sistema no es muy eficaz. Lo que sucede es que en Inglaterra, como país liberal, hay en realidad pocos anarquistas y estos, en su mayoría, son platónicos.

También se habla ahora de Rusia y del segundo proceso contra los enemigos de Stalin. Ello da una impresión bastante desagradable. No se comprende cómo los acusados no se defienden y cómo confiesan sus atentados y sus delitos. Claro que no hay informes directos y puede haber también alguna razón desconocida o alguna falsedad. De todas maneras, este proceso da una impresión de algo oriental, oscuro y siniestro.

Hemos discutido en casa de un amigo si el materialismo de los marxistas, bien realizado, bastaría para que la vida fuera grata. Las mujeres creían que sí; algunos hombres que no. Es curioso que las mujeres se mostraran más materialistas y más optimistas. Yo digo: llenar la vida con bailes, diversiones y deportes está naturalmente muy bien; pero pasados los cincuenta años, ¿qué se hace?

Yo creo que las aficiones a leer no se improvisan, y yo mismo pienso que, si no hubiera pasado en la juventud tantas horas de aburrimiento, no hubiera tenido afición a la lectura.

Las mujeres semipolíticas son muy optimistas respecto al porvenir; pero yo, la verdad, no veo el motivo. La naturaleza ha dado a las mujeres más cargas que al hombre, y tener los mismos derechos que ellos no es una gran ventaja. También es una cosa difícil de comprender cómo, habiendo sido siempre reaccionarias y de cierta tendencia mística, estén haciéndose ahora revolucionarias y materialistas.

En Madrid decían en una manifestación: «Hijos sí, maridos no».

Es extraño, porque la ventaja de esto es para los hombres, que les libra de toda obligación.

—¿Ha leído usted a Karl Marx? —me preguntó una señora.

—No, lo que he empezado a leer me ha parecido un poco pesado.

Después hablamos del patriotismo. El patriotismo, ¿aumentará, descenderá con el tiempo? No lo sabemos.

Evidentemente, la patria va perdiendo valor como concepto, porque hoy la patria para los obreros son las fábricas, las cuencas de carbón, los muelles del gran puerto. Lo demás interesa poco y a nadie le atrae.

Los elogios que se hacen de Rusia son los mismos que se han hecho de Alemania. No hay libertad, pero en tal parte hay una magnífica piscina; en otra, un metropolitano admirable; allá, una fábrica de clavos; en otra parte, una granja agrícola. ¿Se va a hacer una revolución horrorosa y matar a millones de hombres para que haya unas cuantas industrias más avanzadas que antes? Me parece muy caro el conseguir este privilegio tan pobre. Yo prefiero Suiza a la Rusia de Stalin o a la Alemania de Hitler con todas sus fábricas y perfeccionamientos técnicos.

IV

GENTE TURBIA

En París los asuntos políticos y sociales van tomando mal aspecto. Los obreros se manifiestan groseros. Tenían ya dos días de descanso, desde el mediodía del sábado hasta el mediodía del lunes, y aun así parece que no se muestran contentos. Han aparecido sobre muchos de los edificios de la Exposición que se está preparando banderas rojas y algunas tricolores donde han pintado la hoz y el martillo. Mucha gente sospecha que Blum podrá resultar otro Kerenski u otro Azaña, tan fatal para el país como ellos. ¿Quién sabe? Si hay guerra, la guerra puede cambiarlo todo, hasta el espíritu de los hombres.

Hace medio siglo conocí en París a gente que se consideraba anarquista y se creía en la obligación de dirigir la vida a su manera, sin pedir protección a nadie. Los que ahora se llaman sindicalistas y anarquistas en España y que han tomado parte en la guerra civil no son de esos, piden protección al Gobierno rojo y la consiguen para marcharse a América con un buen cargo.

No comprendo, la verdad, por qué me han querido considerar como un político versátil y traidor. ¿Traidor a qué? Yo no he tenido cargo con ningún gobierno. Comprendo que se sea antipático. Eso me parece muy legítimo.

—A mí me fastidia lo que escribe este autor.

—Ello me parece muy lícito. Cada cual puede tener sus antipatías y sus simpatías. Nadie lo puede impedir.

Ahora veo en París a gente que se llama anarquista y sindicalista, que ha tomado parte en la guerra civil española y que están aquí con su pasaje de barco para ir a América.

¡Qué diferencia de actitud entre antiguos y modernos! Estos últimos han visto en

la práctica el resultado de las utopías de antes. Ya no hay en ellos fanatismo ni credulidad, ni ilusiones. Estos no cuentan más que extravagancias, arbitrariedades, cuquerías y martingalas de los jefes y jefecillos que han padecido. Yo le decía a alguno:

—A mí me choca que ustedes hayan creído otra cosa. Eso pasa y pasará eternamente, y cuanto la utopía sea más imposible y más irrealizable, más.

—Se ve que no ha leído usted a Karl Marx —me han dicho varias veces algunos tipos de profesores.

—No, no lo he leído.

—¿Y por qué?

—Porque he comenzado y no me ha parecido ameno.

—Tampoco ha leído usted la vida de Lenin, ni la de Trotski.

—Tampoco.

—¿Y por qué?

—Por lo mismo, porque no me ha llegado a interesar todo eso de la segunda y la tercera Internacional, la socialdemocracia, el partido de la Inteligencia. Todo eso me ha parecido de un aburrimiento espantoso. No siente uno la época. Lenin, Trotski, Hitler, Mussolini me parecen sobre todo pedantescos y aburridos. Sin duda, es uno de una época ya pasada. Lenin es el maestro de todos ellos. Lenin dio la norma de la política sin escrúpulos, y de Lenin la tomaron Mussolini y Hitler. Lenin es el filósofo práctico.

V

UN LIBRO DE ARTÍCULOS

Algunos me achacan como si yo hubiera hecho algo terrible, el que se publicara un libro mío con el título de *Comunistas, judíos y demás ralea*, en tiempo de la guerra civil. Este libro no es más que una recopilación de artículos y trozos de libros míos. El título de la obra es lo que resulta algo detonante; pero no lo puse yo, sino el editor en Valladolid, en 1938. Naturalmente, algunas frases están suprimidas, porque ya se sabe que no iban a pasar por la censura. Algunas cosas no corresponden bien al texto, porque en este libro, que por el título llama ralea a los judíos, hay un gran elogio de Walter Rathenau, y en España protestaron de este elogio algunos alemanes.

Yo le escribí a Ruiz-Castillo diciéndole que el título me parecía un poco exagerado y él me contestó con una carta y después con una tarjeta postal que copio:

«Valladolid, 22 de enero del 38

»Mi querido Baroja:

»Ahí va un nuevo título de gran éxito, que se me ha ocurrido después de cerrada mi carta: *Comunistas, judíos y demás ralea*. No sé qué le parecerá. A mí me gusta tanto que si no le llena del todo, me atrevo a pedirle que transija y me lo apruebe. Creo que da idea del contenido del libro y que sería difícil encontrar otro más editorial, “más de público”. Lo que se dice un hallazgo y... perdone la inmodestia.

»Le abraza su siempre amigo

»Castillo».

Cualquiera que tenga un espíritu de serenidad y de justicia, cosa que es rara en España, notará que yo no he puesto en ese libro mío más que una observación casi indiferente.

Ahora, la masa comunista o reaccionaria odia eso con su pedantería sistemática. Quieren pensar que ellos son valientes y generosos y los enemigos, cobardes y malvados. Bien, que crean lo que quieran.

Pasado algún tiempo, toda la gente imparcial está convencida de que la guerra civil no ha dejado más que un reguero de crueldad, de barbarie, de bajeza, un odio escondido que no desaparecerá ni en cien años.

VI

REPROCHES

Aquí, en París, se ve uno muy solo, viejo y sin dinero. No tiene ganas de escribir, ni la menor esperanza. Yo no sé si lo que he escrito vale algo o no vale nada; pero comprendo que sobre ello no hay que contar. Mis libros no me dan entre los escritores en París el prestigio de un gacetillero.

Muchas veces pienso que lo más cómodo sería morir. Me alegro mucho de no haber creado una familia. ¡Qué de dificultades! ¡Qué peso! Para no salir de noche y gastar el minimum, muchas veces, guardo el panecillo del desayuno y luego, de noche, me sirve de cena.

A la gente le gusta que los demás sean melodramáticos y, si no lo son, se sienten un poco defraudados. Esto es lo que me ha pasado a mí. Hay evidentemente una tasación individual rutinaria, y el que no lo acepta del todo parece un enemigo y un hombre antipático. Si esta tasación fuera general y sentida por todos, estaría bien; pero no es así. Esto produce disidencias que no siempre son armonizables y llevan a la discordia y a la enemistad.

Los franceses hacen en los periódicos unas psicologías bastante primarias y un

poco agrias de los españoles. A mí, al menos, no me molesta tanto su acritud como su ignorancia.

Se vive en la Casa de España de la ciudad universitaria; pero se vive muy medianamente. Trescientos francos al mes en esta época es casi nada. Fuera del artículo de *La Nación* he encontrado muy poco. He publicado algo en periódicos franceses; pero el traductor se queda con la mitad, que es una miseria.

El director de la Casa de España no me ha cobrado el cuarto y, en una época, ni la casa ni la comida.

VII

CARTAS

He escrito a algunos conocidos ingleses. El que yo no esté ahora con los rojos comunistas les parece muy mal. ¡Pero si yo no he estado nunca con ellos!

En la ciudad universitaria en la Casa de España tengo pocas simpatías. Los rojos me miran como a un traidor. Un jovencito me da un recorte del periódico *Claridad*, de Madrid, del 4 de agosto de 1936:

«El otro día han pretendido fusilar al escritor vasco. Los carlistas de su tierra pretendían cometer el atropello. ¡Qué enormidad! Ignoramos si la aventura ha abierto los ojos, escépticos y cansados de Baroja, acerca de las dos o tres verdades elementales diversas en la Historia de España. Lo dudamos. Ello le evitaría escribir libros tan abyectos como *El Cura de Monleón*».

Este libro, abyecto por lo reaccionario, sin duda, según el estólido escritor de *Claridad*, es para un cura un libro terrible y destructor. Si hubiera entre esas gentes fanáticas de España, no talento, sino un poco de buen sentido, a base de política y religión, habría que preguntarles: ¿Cómo se puede suponer que un libro sea abyecto para los de la derecha y para los de la izquierda?

No sé qué tiene de abyecto *El Cura de Monleón*. Es un libro, creo yo, de bastante imparcialidad, escrito con el propósito de contar hechos ocurridos, con la mayor exactitud posible.

¿Por qué me va a abrir los ojos? Yo ya sé que unos y otros emplean como armas la mentira y no aceptan los hechos tales como son, y que tienen como lema la intransigencia. *El Cura de Monleón* no gustó ni a unos ni a otros. Precisamente porque yo no tenía ninguna política que defender, sino pretendía ver con la mayor serenidad posible lo que pasa en una villa industrial vasca.

A una señora amiga que hablaba español, a quien yo visitaba alguna que otra vez, se lo dije, y cómo me atacaban los rojos por un libro, y ella tuvo curiosidad por leer esa obra.

—Ya veré si encuentro algún conocido que la tenga.

Le encontré y se lo llevé. Sin duda, lo leyó y al cabo de un tiempo me dijo:

—Yo no comprendo a los españoles.

—¿Por qué?

—Porque comprendo que de ese libro de usted, *El Cura de Monleón*, se diga que es un libro triste, sin esperanza; pero abyecto, no.

—¿Qué quiere usted? Ahora en España todo el que escribe puede decir: «El que no está conmigo, está contra mí», y si un escritor publicara algo como el *Telémaco* o *El viaje del joven Anacarsis*, los del lado contrario dirían que era un libro abyecto. El que ha escrito ese artículo es un navarro de la Ribera, un carlista disfrazado de rojo.

He recibido noticias de un profesor inglés que me dice que publicará una novela corta en el número próximo de una revista.

He pensado ir a Basilea, donde ya he estado otras veces y guardo buen recuerdo. Le he escrito a mi amigo que no solo me ha contestado enseguida, animándome para que vaya, sino que me ha mandado a su hijo, que está en París, para reforzar su aceptación, y me ha dicho que su padre sigue con mucha curiosidad todo lo que está pasando en España.

Yo le decía en mi carta al amigo suizo que me gustaría escribir algo en algún periódico de allí, para ir viviendo, y que, si creía que habría manera de colocar lo que yo escribiese, me lo dijera. Aunque, por la necesidad de pagar al traductor, tuviera que reducirse lo que se obtuviera, todo sería cuestión de seguir viviendo como se puede, pobremente, como ha de hacerlo el que no tiene más recurso que su pluma. El escritor español, cuando no es hombre de teatro con algún éxito, nunca pudo sentirse ambicioso. Me decía en su respuesta que todo aquello le parecía muy posible.

Yo no comprendo a muchas de estas gentes que están aquí. Tuvieron destinos y buenos cargos con la Monarquía, luego se hicieron republicanos y ahora no aceptan que los que nunca hemos sido nada tomemos una actitud de indiferencia ante las cuestiones, que es la actitud que hemos tenido siempre. No hemos jugado en la lotería política; pero ahora tenemos que pagar como los que han jugado y han tenido épocas que han ganado.

VIII

IGUALDAD

Igualdad para todos en la miseria general, igualdad para todos menos para los jefes, con tal de que sean estos adictos, obedientes. Mando en la oscuridad y sin responsabilidades, todo a base de una utopía que no tiene realidad ninguna. ¿Qué hombre que no viniera de una selva americana o africana y que tuviera una mediana cultura, sin complicaciones, y sin ambición personal, iba a preferir vivir en Moscú que vivir en Londres, en París, en Bruselas o en Nueva York, vivir en un lugar lleno de prohibiciones, sin libertad de hablar ni de opinar, a vivir en un sitio lleno de libertad? A nadie.

IX

LUCHA DE RADIOS

Ahora se da la lucha de las radios. Hay siempre gran disputa entre las emisoras rusas y las alemanas y, cuando suena una, la interrumpen con interferencias las otras, para que no se oiga.

Hay una novela corta de Conan Doyle que se llama algo como *Estudio escarlata*, en donde habla de una persecución terrible de los mormones contra alguien.

Todos los países hacen ahora una propaganda de charlatanes de vendedores de específicos. Nosotros somos los que valemos, los más honrados, los más inteligentes, los más sabios.

Puede ser que esta propaganda dé algún resultado. A mí me ha parecido siempre que no, pero quizás esté uno engañado. Ahora aquí, en todas partes, se ve a los médicos, a los escritores y a los artistas que se hacen el reclamo, el *boniment* que dicen los franceses, de una manera escandalosa.

Yo no lo había comprobado antes; pero ahora se practica libremente. Antes existiría también; pero creo que de una manera menos cínica.

Ahora se vuelcan. El médico cuenta cómo sus compañeros se equivocan en un diagnóstico de medio a medio y añade:

—No, aquí se trata de esto, y nada más. Y acertó.

El pintor dice delante de su cuadro y rodeado de un grupo de amigos:

—Hay que ver cómo este efecto está conseguido. ¡Eh! ¡Qué exactitud! ¡Qué fuerza! El escritor hace lo mismo.

Ahora, yo creo que en un público, en general de envidiosos, esto no hace efecto ninguno y la mayoría se queda diciendo: «Este es un farsante y un idiota».

Ese cinismo creo que no produce efecto alguno. ¿Quién va a convencer a los demás con alegatos elogiosos de sí mismo? Nadie. Es una pretensión verdaderamente ridícula.

A mí, en la poesía, lo que me atrae es lo sentimental y lo musical. La evocación de los colores no me interesa nada. El arte de los colores, naturalmente, es la pintura. Querer traspasarla íntegra a la literatura me parece un error.

Que haya en la poesía evocación de los colores del campo puede estar bien; pero que todo sea colorismo, para mí es poco agradable.

X

VISITA

En la Casa Española de la ciudad universitaria de París, un día me avisaron por teléfono para que bajara al salón del primer piso, porque había un grupo de señoras y señoritas norteamericanas que querían hablar conmigo.

Bajé al salón, saludé a aquellas damas, todas muy elegantes, y me dio la impresión de que las defraudé un poco, porque yo no tenía un aire destacado.

Hablaban muchas el castellano y casi todas el francés, así que se podía uno explicar. Había algunas que habían leído libros míos traducidos al inglés y publicados en Nueva York. Yo les dije que, al parecer, no había tenido ningún éxito con mis obras y que el editor norteamericano, cansado de su fracaso, me había anunciado de este modo: «Pío Baroja, el escritor menos leído del mundo».

Una de aquellas damas, por cierto muy airosa y muy elegante, me dijo:

—Si hubiera usted sido de nuestro país, con el tipo de literatura suyo y reflejando la vida americana, hubiera usted tenido un gran éxito.

—Es posible; pero uno no nace donde le conviene. ¡Qué se va a hacer!

XI

INDIFERENCIA

Me parece notar que en Francia no hay ninguna curiosidad ni simpatía por los españoles. En las esferas oficiales, nada; y particularmente, muy poca.

No se puede luchar con esa indiferencia, porque es una indiferencia más bien malévolamente que bien intencionada. Nos tienen un desdén absoluto y completo. Francia ve un poco que se le van sus entusiastas. Los demás pueblos latinos no hacen gran cosa, ni en ciencia, ni en literatura, ni en arte; pero Francia tampoco está a la altura en

que estuvo, por lo menos hasta el final del siglo XIX. Lo que produce es también poco brillante y llamativo. Parece que estamos cerca de una decadencia latina y europea. Los americanos del norte tienen éxitos estridentes, que muchas veces no se consolidan; pero eso ya es mucho para el tiempo. Si sigue así, lo latino va a perder todo.

Francia y París han brillado en el mundo, principalmente en el siglo XVIII y XIX, pero ahora parece que van decayendo. Italia fue el centro de la literatura y del arte en el Renacimiento; pero ahora no se destaca gran cosa, no tiene grandes escritores, no tiene grandes pintores, ni músicos.

Parece que todos los países latinos van decayendo. No sabemos si volverán a alcanzar un momento de brillantez.

TERCERA PARTE

•

MUCHACHOS DE LA CIUDAD UNIVERSITARIA

De todas las personas jóvenes que van al restaurant de la ciudad universitaria, las más interesantes y divertidas y las de más carácter son las norteamericanas. Algunas de ellas tienen la mala costumbre de ir a una cantina que está cerca del Parque de Montsouris, y allí beben y algunas vuelven a su casa tambaleándose. Es curiosa esta sensación de mediocridad que va dando la vida a la gente civilizada, que le hace querer escaparse de la rutina diaria.

Hay también algunas chinas. Una de ellas, alta, tiene un aire expresivo y fuerte. Su cara parece una moneda de oro. Es mujer simpática. Un amigo mío dice que le da miedo, y se la figura con un yatagán cortando cabezas. Lleva un abrigo como de piel de tigre, es de Shangai; Shanjai, pronuncia ella.

Estuvo conmigo en casa de una señora que era polaca y pintora, una noche, en un estudio grande y destartalado. Pocos días después encontró una novela mía traducida al francés, y me la dio para que se la dedicara. Esta china quería considerar que, entre nosotros, la gente de Europa, y ellos, no había apenas diferencias; pero yo encontraba muchas, y aunque no me la imaginase con un yatagán cortando cabezas, como mi amigo, tampoco podía hablar con ella como con otra mujer.

Esta chica parisiense, a la que yo llamaba *la Apache*, es una muchacha sugestiva, con una risa satírica y un tipo arrabalero. Cuando baila con un joven estudiante con aire de muñeco de bazar, tiene actitudes de coquetería y parece haber tomado como modelo a Carmen, de la ópera de Bizet.

Poco después se marchó su galanteador y tomó otro novio, el cual sin duda, era de carácter más serio y más triste. La Apache o ex apache, que, probablemente, tenía facilidad para tomar varias personalidades, dejó entonces su aire de arrabal y sus tocados un tanto excesivos y adaptó un aspecto modesto y de poco carácter.

Esta Apache solía llevar a veces un pañuelo rojo en el cuello. Por plegarse al temperamento más serio del novio sustituto, la muchacha, como digo, se ha tornado seria y grave. Ya no reía con sus risas satíricas, que al primer novio le hacían gracia, ni hace los gestos ni las coqueterías a lo Carmen de otro tiempo.

Otros amores de un egipcio y de una rusa producen curiosidad en el Colegio de España, porque el egipcio está instalado en esta casa. El joven parece hombre de poco talento y se lamenta de que en su familia todos sean de tez blanca menos él.

Yo le digo en broma que hay que hacer una sociedad para la repoblación de cocodrilos en el Nilo, pues un Nilo sin cocodrilos está completamente en ridículo y humillado.

También le digo, y esto le produce una gran antipatía por mí, que leer todos los días el Corán me parece perder el tiempo. El egipcio lo lee tres veces al día.

Como la rusa es guapa y se muestra al parecer bastante entusiasmada con el

egipcio, le pregunto a este si es que posee algún amuleto para conquistar a las mujeres. Él se queda satisfecho; pero al cabo de unos meses la rusa ya no se ocupa del egipcio y parece que anda en otros amores.

El hindú es de un pueblo de Bengala, dice que en su país hay casas con grandes parques y jardines, y en ellos, leones, tigres, elefantes y monos. También hay encantadores de serpientes, los cuales tienen una canción especial para domesticarlas.

Este indio es muy petulante, habla siempre mal de Inglaterra. Si no tiene simpatía por ella, ¿a qué anda con un escudo de paño de una universidad inglesa en la chaqueta? Lo lógico sería, si tiene antipatía por Inglaterra, no llevar ningún distintivo inglés. Esa gentuza odia las superioridades... en otros. La mayoría de los enemigos de Inglaterra son unos cursis que envidian los éxitos de la pérfida Albión y su fama de elegante y de aristocrática.

Cuando yo le cuento al indio que vi en Tánger un encantador de serpientes que, después de hacer que el animal le mordiera en la lengua, se metía unas pajas dentro de la boca, soplaba en ellas y acababa por hacerlas arder, dice que los de la India llevan primero el manojito de paja a la barba y que allí quizá tienen algo que hace que se incendie la paja.

II

UNA SABOYANA

La señora que da lecciones de francés es de Saboya, de un pueblo a orillas del lago de Bourget, lago que inspiró a Lamartine la poesía de este mismo título. Es todavía una mujer joven, divorciada, que tiene un hijo de once años.

Ha estado en Madrid de señorita de compañía, y allí pasaba por soltera. Conocía a cuatro alemanas, también institutrices, y al parecer, según ella, hacían una vida libertina, hoy con uno, mañana con otro.

Esta señora posee las insignias de la Croix de Feu y es entusiasta del coronel La Rocque. Yo creo, por lo que he leído de él, que ese La Rocque es un embolado insignificante.

Esta señora va a ver a su hijo por las mañanas, cada ocho días. Dice que el marido le ha gastado toda su dote y después la ha abandonado. Ella asegura que, aunque tuviera libertad, no haría nunca una cosa así. Yo le pregunto:

—¿Esta restricción moral es una consecuencia de sus ideas religiosas?

Contesta que no. Le digo también que la idea de que el mal casi siempre viene de la mujer es una idea de la Biblia que persiste en el catolicismo. Replica que no acepta este concepto, venga de donde venga.

—Pues casi todos los católicos lo tienen.

—Pues yo no lo acepto —dice—. Las mujeres deberíamos tener los mismos derechos que los hombres.

—A mí esto no me parece mal, por el contrario, creo que en parte deberían tener más derechos que los hombres, porque ante la naturaleza tienen más obligaciones.

Yo le indico que, si se casara y se pusiera en disposición de tener otro hijo, quizá se le quitaran las enfermedades. Ella dice tocándose la cabeza:

—Aquí tengo yo la enfermedad, no en las glándulas.

Hablando de la vida de París y refiriéndose a una amiga, decía la profesora:

—Sale de casa y toma el autobús. El cobrador la conoce. Sabe dónde se para, hasta el punto de que, a veces, que se distrae y no se para donde debe, le dice el cobrador: «Pero ¿cómo, señora, hoy no se para usted aquí?».

Una vecina hace una labor de aguja y ve por días cómo va creciendo el jersey que fabrica. Es la única medida del tiempo que tiene ella en su vida. Ayer comenzó el jersey; hoy está a medias hecho, y dentro de dos días lo acabará. Esa es toda su vida.

Yo le digo:

—Emancípanse ustedes de la vida mediocre. Hagan ustedes lo que les parezca sin pensar en las prohibiciones viejas.

III

CANCIONES

Voy con esta señora a una casa de la avenida del Observatorio, donde se toca el piano. Una señora canta en italiano la canción de *Carmen*, de Bizet:

*Presso il bastión de Siviglia
io troveró Lillas Pastia.
Andrè a ballar la seguidilla
E a bere la manzanilla.*

y la habanera, también de *Carmen*, en italiano:

Amor, misterioso angelo.

Deja esta señora el piano y un jovencito canta un trozo del *Don Juan*, de Mozart:

*Là ci darem la mano,
là mi dirai di sì.*

*Vedi, non è lontano,
partiam, ben mio, da qui.*

IV

IVETTE

Ha estado Ivette Guilbert en el teatro de la ciudad universitaria, ha cantado sus cuplés para los estudiantes. No se parece nada a la Guilbert que yo vi hace cincuenta años.

¡Qué confianza en el público! ¡Qué seguridad, qué cinismo y, a veces, qué gracia! ¡Qué manera de tratar a la gente! ¡Qué arte de coger al hombre por el lado bajo y, al mismo tiempo, hacerle reír!

La canción *El cuarto número tres* es de las más características de Ivette. El cuarto del hotel número tres está sucio. Todos los huéspedes se peinan con el mismo peine: unos andan detrás de la criada; los chicos salen a los balcones a orinar sobre los que pasan por la calle y todo está lleno de chinches.

Los gestos de la cómica, a pesar de su vejez, son muy elegantes y muy atrevidos. La historia de una falsa ingenua es también muy graciosa y llena de malicia.

Estas mujeres estudiantas de la ciudad universitaria no tienen nada de ligeras en el sentido espiritual, ni de poco prácticas; al revés, son de un practicismo completo. No tienen tampoco romanticismo.

Estudian química, geometría, medicina o ciencias políticas. Parece que lo mismo les da. A pesar de todo eso, yo creo que es preferible estos tipos de mujeres a las damas de Paul Bourget, tan superferolíticas y tan endiosadas. Estas son más auténticas, más verídicas y sobre la verdad es en donde se puede basar algo de valor.

Para algunas, el estudio es una manera de pasar el tiempo mientras no encuentran el hombre joven que pueda ser su marido.

En estas amistades de estudiantes y de estudiantas no se advierten muchos idilios. Unos y otras pasean con este y con aquel, se dejan convidar, se dan el brazo; pero no aparecen grandes pasiones.

Se ve que la pasión es algo morboso y que aparece probablemente por la violencia sobre la voluntad, hecha por alguna persona, padre, madre o familia.

Algunos se preguntan si estas chicas estudiantas llevan una vida verdaderamente libre o no. Yo creo que no. También supongo que esta apariencia de libertinaje que tiene París es un poco alarde y nada más.

No veo que estas gentes, estas parejas solitarias que se ven en los parques, que a veces se besan delante del público, estén tan apremiadas que tengan que hacerlo al aire libre y que no encuentren ocasiones para abrazarse y besarse a solas. En esto hay,

evidentemente, algo de alarde ante el público, de exhibicionismo.

V

SE CUENTAN BRUTALIDADES

En España, a juzgar por lo que dicen los que vienen huidos del lado rojo, las ejecuciones se verifican ahora en Valencia y en Cataluña. Dicen que matan mucha gente cada día. Hay una playa de Sóller y en ella se encuentran siempre cadáveres flotando. Los matan de un pistoletazo en la nuca, con lo que el cráneo queda abierto y la cara desfigurada. Del lado blanco no hay información. Lo que ha pasado y lo que pasa se oculta.

¡Cuántas veces se habrán dado en la historia de España estas fugas, estos éxodos de las poblaciones que habrán huido de los pueblos y de las aldeas! Íberos contra celtas, romanos contra celtíberos, hispano-romanos contra godos, godos contra árabes.

Juan Visconti se dice que cazaba a los hombres con perros; si tuviera este procedimiento algún valor, en España se emplearía todavía.

Muchos españoles se hacen esta pregunta. Una catástrofe como la española, ¿puede tener alguna utilidad práctica o espiritual para el país?

Estas violencias, estas crueldades, estas bestialidades, ¿podrán servir para algo? El carácter precario, miserable de la vida en un momento como el actual de España, ¿encerrará una lección de alguna clase?

La contestación que se da uno a sí mismo no vale gran cosa. Yo, la verdad, dudo de los beneficios que pueda reportar, aun de una manera lejana, esta convulsión política y social.

En el discurso de entrada que hice yo en la Academia Española, decía que de joven habría creído casi como en un dogma que todos los pueblos necesitaban una revolución; pero que después pensé que esta idea era un lugar común místico no demostrado, sin ningún valor y sin ninguna garantía.

¿Es posible un cambio radical y rápido, no ya de las instituciones del Estado, que esto es una cosa exterior y de poca monta, sino de los hábitos profundos de un pueblo? No se sabe de un caso de transformación así.

Los países de hoy han seguido siendo iguales a sí mismos, a pesar de las revoluciones. Francia sale de un movimiento revolucionario con un Napoleón que es un Luis XIV elevado al cubo.

Los demás pueblos siguen, a pesar de sus convulsiones, siendo idénticos a lo que eran antes. La revolución es como un espasmo, con el cual el país intenta librarse de

los males que supone externos y que, probablemente, son internos.

La posibilidad de una transformación es difícil de realizar. ¿Quién va a tener la intuición del porvenir? Esto no es obstáculo para que muchos se crean profetas. Cuando falla una cosa que parece tan sencilla como explicar el pasado y los historiadores no llegan a un acuerdo para fijar las causas de los acontecimientos, ha de ser imposible prever lo futuro.

La historia no alcanza a tomar un aire medianamente científico y a poder apreciar y a dar valor, aunque sea relativo, a los datos.

Juzgando por comparación, las revoluciones son casi siempre inútiles. En Europa, al menos, los países de menos revoluciones, Gran Bretaña, Suiza, Holanda y los pueblos escandinavos, son los más progresivos y adelantados. Austria y Hungría, que han tenido últimamente revoluciones, no han conseguido nada con sus movimientos y no han salido de las miserias.

Con relación a las revoluciones, hay los que creen en ellas como en un rayo destructor, como una tempestad purificadora y desinfectadora de la putrefacción dominante; los que las consideran como inútiles y los que las creen malas y perjudiciales.

Respecto a las causas, nunca se conocen bien, y por ello se inventa una razón falsa copiada de un hecho histórico anterior.

En España se ha inventado, entre otras cosas, para explicar la revolución, esa generación fantasma de 1898, que es una entelequia que sirve de blanco. Es como el chivo emisario o como alguno de los sortilegios de los pueblos salvajes.

No sé que se pueda encontrar nada revolucionario en los cuadros levantinos de Azorín, en las novelitas carlistas de Valle-Inclán, ni en las comedias mundanas de Benavente.

Si en algunas obras de otros autores hay algo revolucionario, se puede decir que no ha influido en el público, porque no las ha leído.

Sin embargo, el lugar común tiene que marchar como un estandarte, y veo un artículo de Chaves Nogales, publicado en *La Nación*, de Buenos Aires, que habla de los colaboradores del periódico madrileño *Ahora*, entre los cuales me contaba yo, y da a entender que la mayoría de los escritores de tendencia liberal traicionamos el espíritu popular y que Ossorio y Gallardo, de tendencia conservadora, lo siguió.

Yo no veo que el espíritu popular actual tenga nada que ver con el liberalismo. Los comunistas son tan antiliberales como los clericales y los fascistas. Parece que los periodistas tienen siempre la misión de confundir, de desvirtuar y de dar a todo proporciones y caracteres falsos.

Chaves Nogales, al referirse a los colaboradores de *Ahora* que no siguieron al Gobierno rojo, habla de la *trahison des clerics*, refiriéndose a la obra de Julián Benda titulada así. Me figuro que Chaves Nogales no ha leído el tal libro, que es de un judío de cierta perspicacia vulgar; porque yo, que lo he leído a trozos en un ejemplar que me han prestado estos días, veo que para Benda la traición de los *clerics* (literatos o intelectuales) no es la traición del escritor, que consiste en abandonar un partido popular, sino, por el contrario, la traición es la de afiliarse a una tendencia política olvidando su carácter intelectual y sacándole jugo al partido de interés, de fama o de influencia.

En este sentido, el caso más indecoroso es el de Ossorio y Gallardo, que puso la vela de su barco al viento que reinaba y elogió el socialismo y el comunismo siendo él católico, y después de haber tomado parte como gobernador nombrado por los conservadores en una represión sangrienta en Barcelona.

El caso de Unamuno está bien. Era, en el fondo, reaccionario, terco y ególatra, y obró como tal. El caso mío está también justificado. Yo siempre me he inhibido de la política, me ha parecido un juego basto de compadres.

Si a veces me he asomado a ella, ha sido por curiosidad, como puede uno entrar en una taberna o en un garito.

Dejando esto a un lado, yo no he creído gran cosa en la influencia de los escritores en las ideas revolucionarias, al menos en España. Los que han influido en la tendencia revolucionaria han sido los señoritos, los «pollos» de la burguesía, los chulos del pueblo, los ateneístas y los maestros de escuela.

Para una revolución no se necesitan ideas y menos ideas complicadas; un programa que quepa en un papel de fumar es suficiente. Un grito, una consigna bastan y sobran.

Muchos suponen que hay una genialidad popular que está contenida en los momentos de orden, y que estalla y brota en las conmociones. Esta idea del *Demos* genial está muy generalizada y aceptada más o menos por todo el mundo. Examinándola en frío, no resiste el análisis.

Ni individual ni colectivamente hay en nuestra época posibilidad de superhombre, ni de supermasa. El pensamiento de esta ascensión es un pensamiento optimista, que no tiene base ninguna. Tampoco la tiene la idea de la originalidad de las revoluciones.

La mayoría de los políticos es gente oratoria, doctrinaria y mediocre. No se sabe de ningún gran filósofo que haya participado en una revolución. Esta es para hombres audaces, charlatanes, elocuentes, poco aprensivos.

Las utopías político-sociales son muy viejas. En la antigüedad van unidas a las religiones y tienen un carácter dionisiaco. En la época moderna, socialismo, comunismo, anarquismo y hasta fascismo están inspirados en la economía; pero

siguen teniendo el mismo carácter báquico. La raíz psicológica en lo antiguo y en lo moderno es la misma, aunque las bases en que se sostienen las teorías sean diferentes.

Hubiera sido algo curioso que la crítica social hubiera producido un individualismo verdadero a base de una tendencia racionalista; pero la revolución, al menos ahora en España, no produce individualidades fuertes que puedan hacer evolucionar profundamente las ideas tradicionales, entre las cuales hay, sin duda, buenas y malas, exactas y falsas.

A cambio de esto, el ímpetu revolucionario produce un despotismo, un doctrinarismo que mata en germen toda originalidad de pensamiento.

Los revolucionarios quieren, sobre todo, vencer y castigar. De aquí su parecido con los fanáticos de la religión. Quieren ser los amos y desde que sienten esta necesidad o este deseo se convierten en seres de aire satánico o demoniaco, en cultivadores del culto de Baco-Dionisios.

Llega un momento en que no son sus ideas, generalmente pobres, sino que defienden su mando, sea como sea.

¿Se puede creer que todas esas constituciones y normas de derecho que no se respetan nunca en la práctica tengan algún valor?

Yo creo que todo ello es una mala literatura de abogados. La superstición del Derecho es una de las más vulgares de la época.

El derecho es la panacea universal de los tontos y, como la mayoría de las panaceas, no sirve para gran cosa. Todos estos juegos de leguleyos no tienen ninguna importancia ni en la teoría ni en la práctica.

En España ha habido hasta la última trece constituciones. Ninguna ha servido para nada. Han sido simulados motivos aparatosos de lucha.

Tampoco se puede creer gran cosa en los decretos como los que ha dictado o piensa dictar el ministro de Justicia actual, anarquista o ex anarquista, García Oliver. Este señor, impulsado por su doctrinarismo humanitario, piensa que hay que tratar a los criminales como víctimas de la sociedad y llevarlos a vivir a ciudades penitenciarias cómodas, donde haya teatros, cinematógrafos, bailes, etcétera. Con este sistema, los criminales aparecerán como privilegiados, y será entonces una excelente carrera matar a alguno, para llevar una vida agradable.

Estas ridículas utopías contrastan con el sistema que los amigos del señor García Oliver practican en las calles fusilando al que lleva un sombrero o una corbata de dos pesetas.

VII

REVOLUCIÓN SIN BASES

Casi todos los españoles creyeron hace años, antes de la República, que el cambio de gobierno, al corregir las normas de la vida tradicional, produciría una revelación de la genialidad de España; luego se pensó que, por lo menos, sería una manifestación dramática y pintoresca.

Ahora se empieza a pensar que no ha sido ni una cosa ni otra, sino algo feo, repulsivo, deletéreo, como si hubieran reventado las letrinas de la ciudad, infestando el aire con sus miasmas.

Cuando la revolución tiene algún contenido, sucede a veces que de ellas sale un jefe que impone momentáneamente a la sociedad algunos principios nuevos que pronto abandona para volver a los antiguos. Es el caso ilustre de César, el también ilustre de Napoleón. Esto no ha pasado en España. La revolución no ha encontrado nunca un jefe.

Otras causas no ideológicas de las conmociones revolucionarias podrían influir en la vida.

¿Se puede creer, por ejemplo, que del temor, del peligro experimentado, venga la prudencia y el tacto para el porvenir? La cosa es problemática.

La humanidad no se enmienda ni se corrige por hechos pasados. La generación que hace una revolución pasa, y la que la sustituye no escarmienta en cabeza ajena, y si los antiguos fracasaron en sus intentos, piensa que fue por su incompetencia o por su falta de energía.

No se puede creer tampoco que una sociedad imprevisora y de instinto aventurero vaya a adquirir de pronto cordura y sabiduría.

Todo hace pensar que la vida no cambia fácilmente en sus instintos fundamentales. Alguna importancia puede tener el que la trama de la organización social, que hunde sus raíces en el pueblo, se rompa y se desgarre; pero lo que antiguamente se organizó de una manera, ¿se puede esperar que sin cambiar de esencia se organice de nuevo de otra? No es nada probable.

En los demás órdenes de la vida es imposible que la revolución, con sus relámpagos y truenos, consiga algo bueno. ¿Qué va a hacer en la ciencia, en la filosofía o en la literatura? Da la impresión de que no puede hacer gran cosa. La ciencia no puede cambiar, por más trastornos sociales que haya; tiene su técnica y sus normas fijas. No así la literatura y las artes, que con el predominio de las masas lo único que pueden hacer es decaer.

La Revolución francesa, el arquetipo de las revoluciones geniales, guillotizó a Lavoisier, a Bailly y a André Chénier. En su periodo álgido, el pintor David, terrorista, abandonó las escenas familiares y campestres de la pintura amable del tiempo de Luis XV y Luis XVI, para dibujar romanos con cascos, que luego, en broma, llamaron los modernistas de fines del siglo XIX *bomberos*. Hoy parece, si no más revolucionaria, por lo menos más verdadera y más humana la pintura de Chardin que la de David.

En la Revolución rusa se practicó el cubismo, como si fuera un paso adelante, y

en la Revolución española actual un ministro de Instrucción Pública, comunista, para dar la norma de su modernidad, nombró director del Museo del Prado al pintor Picasso, pensando seguramente que ese nombramiento era una prueba de su pedantería y de esnobismo.

Parece que es una fatalidad. Las revoluciones caen en la tiranía y en todo lo viejo más o menos disimulado, y, cuando quieren hacer algo nuevo, van a un balbuceo infantil que tiene los caracteres de una perfecta estupidez.

Las formas sociales, o mejor dicho, las fórmulas del trato social, se pueden transformar y cambiar por la revolución. El cristianismo puso en boga la palabra «hermano»; la Revolución francesa, la palabra «ciudadano». La francmasonería aceptó la hermandad cristiana, y el carbonarismo llamó a sus afiliados buenos primos. El socialismo, comunismo y anarquismo han traído las palabras «compañero» y «camarada».

Claro que algo significan las palabras, para mí muy poco; indican, aunque no una realidad, un deseo.

Al mismo tiempo que han aparecido las fórmulas modernas, las antiguas han ido cayendo en desuso, y con ello su tipo de amabilidad y de cortesía. ¿Es eso bueno o malo? Yo no lo sé ciertamente. Si se tratara de pasar de la mentira a la verdad, quizá valiera la pena de aceptar con satisfacción el cambio y de alabarlo, porque parece que la verdad no puede ser nunca nociva; pero no se va a esto, sino a instituir una fórmula amable y vieja, quizás un tanto hipócrita, por otra grosera y nueva, igualmente hipócrita.

Tan falso es, en general, llamarle a un hombre hermano, señor o caballero como llamarle ciudadano o camarada. Lo de hermano, ya se sabe que es una broma. Ni el señor es siempre señor, ni el caballero, caballero, ni el camarada, camarada. Y no va uno a buscarle a la palabra el sentido etimológico, porque esta labor me parece superficial y pueril, y creo que no vale la pena.

En el *señor* o en el *caballero* hay una pequeña ficción de aire aristocrático; da a entender que se considera al interlocutor en una posición elevada; en el *compañero* o en el *camarada* o en el *ciudadano*, hay otra ficción de espíritu contrario; se toma a quien se habla como una víctima del estado político y se solidariza con ella.

En las fórmulas sociales, como en todo, no hay manera de ir a la absoluta verdad. Hay que aceptarlas como algo aproximado y sin gran valor.

Yo recuerdo una pequeña discrepancia que tuve con Unamuno hace años por una cuestión de estas. Le llamé en una carta *Mi distinguido amigo*, o algo semejante, y él me contestó protestando por ello. Yo le contesté a mi vez diciendo que, si hubiese tenido que examinar detenidamente lo que él era para mí, y llamarle en consecuencia distinguido, estimado, apreciable, eminente, etcétera, no hubiera sabido qué palabra elegir ni hubiera sabido si debía llamarle amigo, colega, compañero, maestro o solamente conocido.

Lo más que se puede aceptar en serio de las fórmulas sociales es el deseo que

encierran. Así, se podría decir: «Yo le llamo a usted caballero, porque desearía que lo fuera usted. Yo le llamo a usted camarada, porque quisiera que lo fuese». Ni el fervor de la distinción hace que el caballero sea caballero, ni que el camarada sea camarada.

En esto, como en casi todas las fórmulas sociales, la voluntad de que tengan alguna verdad es algo, aunque bastante poco.

VIII

POLÍTICA FUNESTA

Es incomprensible que esta gente que se llama roja crea que la República en España haya sido hábil, justa y previsor. El Gobierno de la República no se distinguió más que por sus torpezas y disparates, comenzando por el suceso de Casas Viejas.

Los políticos de la República han hecho buenos a los de la Monarquía. Quitando al ministro de Hacienda Carner, a quien todo el mundo alabó por su gestión financiera, los demás no fueron a la política más que a lucirse y a satisfacer su ambición.

El mismo Azaña, a quien sus partidarios quieren presentar como un hombre generoso y puro, aprovecha su posición de ministro para estrenar un drama en el teatro oficial y hacer que los suyos le ovacionen.

Después, este político, que según sus partidarios era un hombre de genio y de grandes condiciones morales, huye a Valencia, luego a Cataluña y de Cataluña va a Francia, a la zona de guerra dominada por los alemanes, y un día se marcha a Montauban, zona francesa, sin avisar a los compañeros del peligro que corren y, a los ocho días, a los cinco o seis amigos del ex presidente de la República la policía alemana los detienen y los entrega al Gobierno español.

IX

EL PARQUE DE MONTSOURIS

Voy con frecuencia por las tardes al Parque de Montsouris. Por el paseo principal marcha un coche pequeño lleno de niños, tirado por un borriquillo que dirige un señor muy serio, con sombrero hongo y un látigo en la mano. Lleva el látigo, una correa con la cual, en vez de pegar, acaricia al borrico. Este cochecito con sus campanillas

suele retirarse anochecido.

Yo lo veo pasar por el camino del parque próximo al lago y luego, cuando ya anochece, seguir por el bulevar Jourdan, camino de la barriada pobre de Gentilly. Suelen ir dos hombres con él, uno de gorra, que lleva el asno del roncal, y otro de capote y sombrero hongo, que marcha detrás despacio.

En las afueras, los días de fiesta son más tristes que de ordinario, con las tiendas y las casas cerradas.

Se ven chimeneas de fábricas, grandes depósitos sostenidos en columnas, que parecen copas, y se destacan en el aire un poco turbio.

En la plaza de Italia y en los bulevares próximos se encuentran algunas veces aglomeraciones de camiones de titiriteros. Algunas de estas *roulottes* son muy espaciosas y elegantes, con cocinas verdes de porcelana y vasares de cristal, y las alcobas lucen cortinillas de colores. Otros de estos vehículos resultan pobres, y en ellos se ven gitanos y viejas atezadas de perfil ganchudo.

Varios de estos carros suelen estar metidos debajo de los arcos del Metropolitano, en el bulevar Augusto Blanqui; otros en el de la estación y en la avenida de los Gobelinos.

Veo también en las calles del barrio dos o tres tiendas de memorialistas, en donde se anuncian cuartos y casas vacantes, se hacen copias, traducciones, se proporcionan criadas, niñeras, costureras, institutrices, señoritas de mostrador, porteros, cocheros, comisionistas, secretarios, socios capitalistas, profesores, adivinatoras, magos o informes policíacos. Estas tiendas suelen tener títulos sugestivos: A la tumba de los secretos, La Discreción, La Confidencia, El guardián de los misterios, La Confianza, La Reserva, etcétera. Estas calles próximas a Montsouris me recuerdan algunos versos de una antología que me han prestado.

*C'est une rue étroite avec d'humbles maisons
dont la pluie a verdi des lépres les façades.
Des chambres d'ouvriers aux fenêtres maussades,
on vit le sourd regrette des larges horizons.*

He ido invitado a almorzar a un restaurant japonés, Saki-Aki. El anfitrión ha pedido una grasa fría, setas, cebollas, unos fideos de tapioca, escarola, té y vino. Éramos cinco.

Se ha entablado una conversación sobre el budismo, el sintoísmo, sobre si los japoneses creen en Dios o no. Hemos hablado de Achi-Ama.

El cuarto del restaurant ha estado siempre cerrado, para que no se asomara nadie a curiosear. El anfitrión comía el arroz con palillos. Había un japonés, un indochino y un profesor con su mujer. El restaurant estaba próximo a la Sorbona. El cuarto era pequeño y el anfitrión cerraba la puerta constantemente. En medio de la mesa se puso un infiernillo, y allí se guisó la comida, con trozos de carne y de verduras de varias clases.

Estos restaurantes del Barrio Latino de París, la mayoría son bastantes pobres y miserables, y parece como si estuviese uno comiendo en una casa de huéspedes de provincias.

X

LOS ESTUDIANTES

Los estudiantes de la ciudad universitaria intentaron hacer una huelga por motivo de la comida. Se cerró la casa y tuvimos que irnos a refugiar viejos y jóvenes a los pequeños bares y tabernas de los suburbios. Siempre pasa lo mismo en nuestra época; siempre hay unos cuantos revoltosos y agitadores. Se exige la perfección en lo que hacen los demás; pero no en lo que hace uno. Hoy ya la vida es cara, la comida mala y hay que gastar el doble y aun el triple de lo que se gastaba hace diez años para comer medianamente.

En casa de un amigo mío me dan bromas, porque algunas muchachas quieren hablar conmigo. El marido es judío, la mujer es alsaciana. Tienen una niña. Dice mi amiga, cuando la niña oye música y se balancea de delante atrás, que ese movimiento es algo heredado de su marido, el mismo que hace la gente cuando está en las ceremonias de la sinagoga.

La madre, católica, quiere bautizar a la niña. El padre se opone. Cuando oye decir Jesús, suele burlarse, pero un día se incomodó y gritó. Entonces una señora amiga de su mujer que estaba de visita, le dijo: «Otro día le dejaremos decir Moisés». Esta amiga también asegura que en la casa hay un olor especial y dice:

—Es el olor de los judíos.

Las chicas del colegio, compañeras de la niña, judías en su mayoría, son comunistas. Las francesas, algunas lo son; pero muy pocas. Las judías, en los primeros años de los cursos, son las que logran los primeros puestos por su aplicación, luego ya no tanto, y se dejan alcanzar y pasar por otras.

Se ve que es una raza más viva y más precoz, y que llega más pronto a la madurez. Las chicas judías son muy sensibles a las distinciones, y si no alcanzan los primeros puestos en las clases, lloran y patalean. También se muestran muy partidarias de comprar y de vender. Una de las chicas decía a otra:

—Esta pluma estilográfica mía está acostumbrada a escribir bien el francés y seguirá lo mismo.

—Entonces, véndamela usted.

—Bueno, se la venderé. Me ha costado hace ocho días cien francos.

—Mi padre le dará a usted más.

Todas las judías tienen un arte extraordinario para la vida; pero al mismo tiempo un carácter áspero y descontento. Muchas veces se pierden por su tendencia a la maquinación. En general, son muy ambiciosas y dispuestas a subir en la vida de cualquier manera y por cualquier procedimiento. Evidentemente, este es un carácter que se va generalizando en todos los hombres.

XI

REPÓRTER QUE BUSCA ASUNTOS

Entre los jóvenes de la ciudad universitaria hay algunos que quieren distinguirse y llevan una barba como una cinta estrecha. Unos llaman a esto collar; otros, barba española.

Este hombre que está siempre moviéndose e intrigando me dice que hay un gran espionaje en los dos campos de la contienda española de refugiados en París, y que no conviene hablar con gente desconocida.

Hay un periodista que se queja de que no encuentra datos para escribir sus crónicas.

—Haga usted —le digo— una investigación sobre las casas donde se han cometido los crímenes célebres en estos últimos cuarenta años.

Se ve que no sabe a qué me refiero. Yo le hablo de la banda de Bonnot, de Madame Steinheil, de Madame Humbert, de Syveton, de Landrú y de otros más. El periodista no ha oído hablar de ninguno de ellos.

Hay una señora que es profesora en un liceo que me dice que gana como sueldo cuarenta mil francos al año, y que aún cuenta con algunos otros recursos. Vive en un pueblo cerca de Parla. La casa, que no tiene nada de particular, le cuesta diez mil francos al año, y no puede tener criada. Vive con su madre y con un sobrino.

CUARTA PARTE

•

El hijo de Giral se encuentra en la Casa Española de la ciudad universitaria y anda con Juanito Barnés, al que conozco de Madrid.

Se informa uno de algunos casos de muchachos a los que la guerra de España ha trastornado sus vidas. El hijo de don Francisco Barnés era uno de los chicos más estudiosos y más brillantes del Instituto-Escuela, y después de la Facultad de Filosofía y Letras. Se llamaba Juan.

—Voy a ir a España —me dice.

—¿Por qué?

—Porque tengo yo alguna responsabilidad en lo que allí pasa.

—Yo no veo por qué.

—Mi padre y mi tío han sido ministros.

—Aunque lo hayan sido, ¿eso qué tiene que ver? Yo creo que uno no tiene responsabilidad más que de lo que hace personalmente, no de lo que hacen los demás, aunque sean de la familia.

—Yo creo lo contrario.

—Tú no expongas la vida por una cosa que no es nada —le digo yo, hablándole de tú.

Me contesta que tiene responsabilidad, porque su padre y su tío han sido ministros de la República. Juan Barnés, chico simpático, amable e inteligente, no hace caso de mis consejos. Va con el hijo de Giral a España, estuvo una corta temporada en una escuela militar en Valencia, va a Madrid a la Casa de Campo y el primer día o uno de los primeros días le pegan un tiro en la cabeza.

Hay en la casa de España otro chico aventurero con más suerte que el pobre Barnés. Este, al entrar en París, va a la Embajada y el embajador le dice que se quede en el Colegio de España. El chico se llama Ángel. Una noche se escapa por el balcón. Le han dicho que a su padre lo han matado en Asturias. Va a Barcelona. De Barcelona a Albacete, y de Albacete a Madrid. En Madrid le envían a la Sierra. Allí, según él, se estaba muy bien. Iban a un hotelito cualquiera del Guadarrama, llamaban, no abría nadie, consideraban a los moradores por eso como reaccionarios, rompían la puerta y entraban, quemaban las sillas y se llevaban las cortinas para abrigarse en la cama.

Angelito fue cocinero, intérprete y chófer. Estando en Aravaca, una bomba de avión mató a tres de cinco que estaban con él. Le pregunto si fusiló a alguno. Dice que fusilaron a un militar que llevaba unos papeles con unas letras y unos números, que no quiso explicar lo que querían decir. A él le pusieron en el pelotón; pero él disparó al suelo.

Luego le reclamaron de París, entró en Francia y cayó enfermo del tifus. No

sabemos lo que le habrá pasado después a Angelito.

II

CARNAVAL

Domingo de Carnaval. Lluve. Parque de Montsouris desierto entre la lluvia; piar de gorriones. No hay un alma. Algún paseante con su impermeable o su paraguas; algún auto y algún autobús que espera a los viajeros que no llegan.

En el Parque de Montsouris, a orillas del lago, hay un olmo grande que tiene más de medio siglo, y unas grandes ramas se acercan al agua y están sostenidas por postes. En el lago, patos y cisnes; en los árboles, gorriones. A un lado hay un ti vivo. Hay también algunas estatuas, y el cochecito para pasear a los niños, el que conduce un señor muy serio, de sombrero hongo, con un látigo en la mano y una correa en la punta, con la que acaricia al borriquillo.

En la antología de poetas modernos leo esta poesía:

*Dans les jardins, lents et tremblants,
les pauvres vieux tous les soirs viennent.
Sur les vieux bancs ils se souviennent,
les pauvres vieux aux cheveux blancs*

Maurice Bouchor

Una antología de poetas modernos que leo alguna que otra vez, la alterno con poesías de Verlaine y de Laforgue.

III

EL FRACASO REPUBLICANO DE ESPAÑA

El fracaso de la República española demuestra estupidez y pedantería en los llamados rojos. Todo el mundo sabe cómo empezó la República en España. Para la mayoría iba a ser una aurora, un gobierno discreto, amable y fecundo. Iba a remediar los males del país, a impulsarle por un camino más racional y más justo. Yo fui de los escépticos, porque no creía en el personal formado por ateneístas, profesores, oradores y gacetilleros.

El nuevo régimen debió comenzar con cautela y hasta con desconfianza, y empezó imprudentemente, con jactancias, con un deseo inmoderado de éxitos fáciles y una actitud y un despotismo para los enemigos insensato.

Yo creo que lo que ha producido la terrible situación que arruina a España ha sido, en gran parte, una cuestión de orgullo y de vanidad. El Gobierno de nuestra República no comprendió desde el primer momento que el político español de la calle es apasionado, susceptible y casi siempre inepto, y que debía a sus enemigos tradicionales, al conservador, al católico, al reaccionario, a los llamados blancos, tratarlos con cierta consideración como a vencidos. Por táctica nada más y por prudencia, no por simpatía.

Esta idea maquiavélica de que al adversario a quien no se puede exterminar hay que respetarlo, no la comprendieron nuestros hombres públicos. Toda su política insensata fue irritar al vencido. No veían que, mientras aumentaban sus manifestaciones de acritud y de despotismo, gran parte de España se iba encolerizando de tal modo que su cólera al fin ha tenido que reventar de alguna forma.

Otra manifestación, en mi sentir, de torpeza psicológica en nuestros rojos, ha sido el afán de seguir la tradición revolucionaria. Yo creo que una revolución debe ser lo menos tradicional posible. Ellos no lo creían así. Tenían que jugar a la Convención. Hacer declaraciones dogmáticas parecidas a la de los Derechos del Hombre, que España es una república de trabajadores, etcétera.

Había que cambiar la bandera. ¿Para qué? Añadirle un morado al rojo y al amarillo por una leyenda que no se sabe si es cierta, de que Castilla usaba antiguamente como símbolo el pendón morado.

También por seguir el tradicionalismo revolucionario se quitaron los crucifijos de las escuelas. ¿Es que iban a hacer olvidar que hay una imagen de Cristo crucificado, en unos pocos años, cuando todavía en Europa, al cabo de veinte o de veinticinco siglos, hay la tradición remota de las Venus, a pesar de las persecuciones furiosas en contra de las imágenes paganas que ordenó en todos los tiempos el cristianismo?

La empresa era inútil y perjudicial.

También fue perjudicial y erróneo el hacer una república con un equívoco socialista o comunista. Si el sufragio daba una mayoría socialista, la república no tenía más remedio que ir a la dictadura. No se atrevió a ello y todo lo quiso explicar con frases. Primero se dijo que se quería una república conservadora; luego, no bastaba esto, tenía que ser una república izquierdista, después socialista y ahora comunista y anarquista.

A medida que la situación ha ido empeorando, el disco ha cambiado de color, y actualmente es de un rojo intenso.

Si en el conjunto de las teorías generales ha habido torpezas y faltas, en las disposiciones particulares también las ha habido.

Azaña, al comienzo del primer bienio, desde el Ministerio de la Guerra, hizo que

un gran número de oficiales del ejército, al parecer desafectos al régimen, siete u ocho mil, quedaran en situación de retirados, casi con el mismo sueldo que tenían en servicio activo. Para ellos, esta medida no era un perjuicio, sino más bien un beneficio, porque les permitía cobrar del Estado y dedicarse a otra cosa. No era un perjuicio; pero era una ofensa que no olvidaron.

Conducta parecida, por torpe, han seguido los políticos en todo orden de ideas. España ya no es católica —dijo Azaña, con una inconsciencia absurda—. Se ha perseguido no solo al clero, sobre todo al clero pobre, sino a las costumbres de los pueblos. Se han prohibido fiestas y procesiones que a nadie estorbaban y que eran gratas a las ciudades y a las aldeas. Ha sido una campaña torpe, porque les ha servido a sus enemigos de propaganda.

A los industriales, el Gobierno los ha acogotado. Yo conozco algo la industria editorial. Había en Madrid, hace catorce o quince años, unas veinte casas editoriales; de estas, la mayoría pequeñas, tres o cuatro grandes. Por exigencias de los obreros, de jornales, de horas de trabajo, de número de operarios, patrocinadas por el Gobierno, se han cerrado casi todas las editoriales, menos dos o tres.

Con ello han quedado en la miseria autores, editores y tipógrafos. Lo lógico parece que sería contar primero con la capacidad de resistencia de una industria, para exigir más o menos de ella; pero esto no cabe en la cabeza de los socialistas españoles.

Matan la gallina de los huevos de oro. Si las industrias mueren, el Estado las creará de nuevo. ¡Qué ilusión! ¡Y qué superstición!

En muchas de estas reclamaciones proletarias no ha habido más que el deseo de vejar. Así, en algunas industrias como en la de los cafés, han llegado los huelguistas, a quienes llamaban los represaliados, a exigir la readmisión en los establecimientos de los obreros que habían atentado contra la vida de los patrones. Es la política del *Trágala*.

Las exigencias de la CNT en el ramo de construcción eran cómicas. Semana de cuarenta horas. Solo cincuenta y siete ladrillos a colocar diariamente. Jornal mínimo del peón de albañil, diez pesetas. Eso no está mal. Si la mujer del obrero quedaba enferma o de parto, el patrono pagaría los gastos. Si el trabajador era joven e iba soldado, le abonaría la mitad del jornal. El reumatismo y otras enfermedades parecidas se consideraban como accidentes del trabajo. Además, el patrono estaba obligado a costear asilos, escuelas y hospitales.

Podían haber añadido que era obligatorio en el patrono llevar el chocolate a la cama a los obreros, hacer la colada y divertir a los niños de los camaradas.

A los propietarios de fincas rústicas, el Gobierno, últimamente, los ha perseguido y los ha molestado. Yo he oído a algunos que decían:

—Que nos quiten parte de las propiedades; pero que nos dejen una para explotarla libremente.

No fue posible. El Frente Popular tomó el acuerdo de llevar obreros en paro a las

fincas, que llamaban «alojados», asignándoles un jornal que tenía que pagar el propietario, hubiera o no hubiera trabajo. Muchos, en vista de que no podían costear el gasto, dejaban la finca; pero entonces eran multados.

La reforma agraria, tan cacareada, en realidad no se hizo. Ni había plan, ni ganas de hacerla; era una plataforma política.

En las aldeas, el doctrinarismo socialista se inició, aunque sin éxito. En la aldea donde yo vivía el verano, en Vera del Bidasoa, se presentó un delegado socialista de Pamplona pretendiendo que se le obedeciera. Las tiendas debían estar abiertas ocho horas al día y debían cerrarse los domingos.

Era desconocer el régimen de la vida del tendero de estos pueblos.

La tienda del comerciante de la aldea, al menos de aldea vasca, es al mismo tiempo parte de su casa. Come y vive en su pequeño establecimiento. Cerrarle la tienda, es cerrarle la casa. Por otra parte, la gente de los caseríos tiene la costumbre de ir a la aldea por la mañana muy temprano, sobre todo en los días de fiesta, y su desconfianza hace que no le guste que los demás presencien sus transacciones comerciales, y no quiere tener testigos cuando cambia la docena de huevos o el trozo de cordero por el vino, el café o el azúcar.

No se va a modificar la costumbre ancestral del campesino por un decreto o por una orden. Por otra parte, el domingo es para el hombre del caserío el día preferido para sus compras y cambios, y el único día bueno para el tendero. El delegado socialista de Pamplona no sé si creyó o no creyó que le iban a obedecer en el pueblo. Los tenderos de Vera y de las aldeas inmediatas siguieron con sus prácticas de siempre.

Muchas de estas medidas en las ciudades y en los campos, la mayoría doctrinarias, sin sentido de la realidad, acompañadas de jactancias y de desplantes, han hecho que casi toda España vea con simpatía la rebelión contra unos políticos que no han conseguido realizar nada bueno para nadie.

Nuestra revolución ha sido una revolución de ateneístas. Ateneístas en España es sinónimo de doctrinario, de incomprensivo y de pedante. Todas las reformas han quedado en el papel.

En la *Gaceta* y en los archivos de los ministerios dormirán como en un panteón los proyectos de la felicidad española; la tierra fertilizada y liberada, las industrias florecientes y cientos de miles de escuelas para producir genios y hombres de talento. En la calle y en el campo no ha quedado más que ruina, hambre y desesperación.

El español cree en la palabra, como Unamuno. A mí me parece esta creencia algo como una supervivencia de la mentalidad semítica.

Yo nunca he creído gran cosa en la palabra; pero ahora sí creo en ella. Creo que tiene eficacia, principalmente para estropearlo y arruinarlo todo.

Hace meses, cuando veía cómo estaba ardiendo de un extremo a otro la ciudad de Irún, pensaba en cómo las estupideces que se dicen en el Congreso o en un mitin, y por otro lado los lugares comunes tradicionales, pueden asolar, destrozando y arruinando, un pueblo que prosperó por el esfuerzo de unos cuantos hombres que trabajaron a su modo.

Se me dirá que también los libros han contribuido a este resultado lamentable. No lo creo. Estas gentes que pelean con fiereza no han leído libros. Ni los unos han leído a santo Tomás, ni los otros a Kant o a Hegel. Quizás, si los hubieran leído, no se lanzarían a la lucha. La lectura esteriliza el fanatismo. Nada mejor que una idea incompleta y defectuosa para ser fanático. Los unos tienen en la cabeza lugares comunes, los otros frases de periódico.

¿Es posible que todos los individuos de una nación sean inteligentes y comprensivos? No se ve la posibilidad. Se habla de países del norte, como Inglaterra, Suecia, Noruega, en donde las masas tienen un fondo de mansedumbre y de buen juicio; pero esto no debe depender solo de su inteligencia, sino, probablemente, de su temperamento y del clima.

Creo que se podría demostrar que todos los países viven en plena dictadura, más o menos disimulada.

La democracia es un telón que da perspectivas a la masa, que le hace creer que ella participa en el gobierno del país; pero la realidad es que el político, inmediatamente que tiene el poder, se zafa de las influencias de la mayoría y dirige su nave como quiere o como puede.

La credulidad de esta masa es infantil. La República española ha vivido en plena dictadura, en pleno despotismo y en plena arbitrariedad. Esto hubiera sido lo de menos, si hubiera acertado.

A pesar de su fracaso, ha convencido de su éxito a una gran parte del pueblo, que sigue creyendo en ella. Libertad de prensa, y ha suprimido periódicos; inviolabilidad del domicilio, y ha metido en la cárcel a gente inocente, sin motivo y sin razón. Es igual que la dictadura de sus compinches, entre los que abundan los ladrones y los asesinos. Se ve cómo el pueblo, a pesar de su doctrina infantil, lo acepta todo. Así vemos ahora a los comunistas que en sus alocuciones defienden con entusiasmo la libertad. ¿Qué libertad puede ser esa? El comunismo es una doctrina de sumisión, hecha para un cuartel o para un convento. ¿Qué libertad puede ser la que dé el comunismo?

Hace meses, cuando en Madrid luchaban rojos y blancos a tiros, en las calles, el *Mundo Obrero*, órgano del comunismo, recomendaba para los reaccionarios la «eliminación integral». La misma receta recomendaban los blancos contra sus

enemigos, pero supongo que no sería en nombre del liberalismo.

Entre los anarquistas pasa algo semejante. Ahora hay un anarquismo con autoridad despótica, con censura, con fusilamientos, con cárceles.

Es la persecución por el amor, que decían los absolutistas españoles en 1823.

Con estos procedimientos ya se sabe que pueden subsistir las más extrañas teorías. Lo curioso sería un anarquismo que pudiera sostenerse dentro de sus utopías. Sistemas humanitarios que se han defendido por la autoridad y por fuerza, hay muchos.

Actualmente el comunismo evoluciona de una manera rara. En sus primeras épocas oímos en los mítines, en Madrid, a los directores que entonces estaban en relación con Moscú, Bullejos y Trilla, que había que luchar contra la idea de la patria, de la religión, de la propiedad y de la democracia, y que había que preparar los piquetes de ejecución para cuando llegara la revolución social. Para aquellos comunistas no valía la pena de hablar de libertad. La libertad era un concepto de pequeño burgués.

Ahora, de pronto, el comunismo español, por influencia de Rusia o por lo que sea, cambia y se hace evolucionista y relativista. Ya no hay que atacar a la religión, ni a la propiedad, ni a la democracia. También hay que defender la libertad a todo trance, esa libertad que para Lenin no tenía importancia.

Yo comprendo muy bien la ductilidad de un partido en el gobierno que tenga que pactar con unos y con otros, aceptar colaboraciones sospechosas y sacrificar un poco sus ideas; pero esta vuelta hacia atrás del partido comunista que no manda, no ha de convencer ni tranquilizar a sus enemigos. Hecha fuera del poder, me parece una solemne e inútil pedantería.

Ni el comunismo, ni el socialismo, ni el anarquismo pueden hacer nada actualmente que tranquilice y dé confianza al pueblo y a la burguesía. Lo mismo es que sus hombres digan lo que digan, que canten las excelencias de la disciplina militar o vayan con un cirio en las procesiones.

En este momento en que blancos y rojos luchan con una rabia desesperada y sádica en España, no parece que pueda haber solución intermedia. Esto es lo peor. O dictadura roja obrera o dictadura blanca militar. No hay otra alternativa. Yo no soy un reaccionario, ni un conservador. Tampoco tengo intereses prácticos en uno o en otro bando. No tengo fortuna, ni he gozado de beneficios del Estado. He sido un español bastante absurdo para querer vivir independientemente, de mis libros, cosa difícil e ilusoria.

A pesar de todo, creo que una dictadura blanca, que permitiese una libertad espiritual, sería preferible para España que una dictadura roja. Una dictadura estilo Primo de Rivera podía ser soportable. Una dictadura roja en todos los países es lo mismo, un poder lleno de equívocos, de intenciones oscuras y de petulancia.

Alguno quizá me diga que esta preferencia mía es una preferencia de viejo que quiere mejor, como dice el refrán, lo malo conocido, que lo bueno por conocer.

Es posible, pero mi opinión es, por lo menos, sincera y desinteresada.

V

FECHORÍAS

No puedo yo decir que sean ciertos todos los rumores que he oído propalar por aquí, porque la comprobación resulta imposible. En París se conoce más personas del lado rojo que del lado blanco. Ha habido, evidentemente, gente neutral; pero estos han venido de las ciudades en donde había facilidad de escapar.

En general, los nacionales se han quedado en su país. La mayoría de los informes del lado blanco es que se han cometido grandes atropellos.

Un señor de Asturias cuenta que a un joven apellidado Jovellanos lo cogieron los rojos en Gijón, le metieron en un auto y lo llevaron a la playa, donde descargaron sobre él varios tiros. El joven corrió por la costa y se arrojó al mar. Al cabo de unas horas, viendo que aún tenía fuerzas para intentar salvarse, se levantó y, arrastrándose como pudo, volvió al pueblo y entró en una clínica. El médico le extrajo varias balas, y le sometió a una cura. Cuando los milicianos supieron lo que ocurría, se presentaron en la clínica. El médico protestó. Le dijeron que se callase, porque si no, le fusilarían a él también. Sacaron otra vez a Jovellanos, al que el médico había curado, y le volvieron a fusilar.

A París llegan más gentes huyendo de la zona roja que de la zona blanca. Los de esta, sin duda, no han podido escapar. Las noticias de un lado y de otro son bastante absurdas.

Los rojos en Madrid tienen la manía de la igualdad. En el hospital todos comen juntos, porque ya no hay diferencias ni categorías, y, cuando se han hecho traslados, han obligado a los médicos a que lleven las camas y las estufas de un lugar a otro.

Lo mismo podrían decir:

—A ver, la bailarina, a guisar la comida. La cocinera, a bailar.

¡Qué cantidad de estupideces! Es la idiotez gratuita.

Es natural que un cirujano, si es joven, pueda llevar con otros una cama de un lado a otro; pero un enfermero no sabe operar, por muy socialista o comunista que sea. Al parecer, siguen en Madrid las visitas domiciliarias. Llegan a las casas en autos y motocicletas; entran con sus fúsiles y sus pistolas, dándole a todo un aire macabro y siniestro. Según cuenta un jovencito, a uno que fusilaron le pusieron en la boca un pitillo.

La mayoría de los periódicos franceses son más partidarios de los blancos que de los rojos. Historias terribles de los dos lados políticos de España llegan aquí

constantemente. Es imposible saber la veracidad que pueda haber en ellas.

Cuentan que en una casa se presentaron los milicianos en Madrid, se llevaron a cuatro hombres que allí había, y se dejaron a un hijo que estaba ciego. Unas horas más tarde, telefonearon a la casa diciendo que avisasen a la familia de Tal que tenía a alguien de los suyos en el depósito. Fue un viejo y vio que estaban allí los cuatro que se habían llevado. Entonces avisó a una amiga de la dueña de la casa; esta comunicó a la señora que tenía un muerto de su familia en el depósito. Fue la pobre, asustada, pensando: «¿Quién de ellos será?». Cuando llegó al depósito vio que eran los cuatro.

Como contraste, cuenta otro que en Salamanca un médico socialista supo que le iban a fusilar y entonces le dijo su mujer:

—Yo no quiero que, si te matan, tu cadáver quede abandonado en medio del campo.

—Pues vamos a una funeraria —contestó él.

Fueron marido y mujer a la funeraria, encargaron el féretro y el dueño de la tienda tomó las medidas al hombre como si tal cosa. No sabemos si después la caja fue utilizada o si quedó para una mejor ocasión.

En fin, que todo lo de España es una sencilla barbarie.

Los periodistas franceses que han ido al campo rojo para informar a los lectores de sus periódicos, han contado algunas cosas que horrorizan. Estas historias hacen pensar si no serán producto de la imaginación; a tales extremos se ha llevado la barbarie. Parece que la mayoría de los escritores franceses son más enemigos de los rojos que de los blancos.

Emile Coudroyer refiere haber visto en El Arahal una sórdida mazmorra, con un ventanillo enrejado con gruesos barrotes de hierro, que se diría tomado de una ilustración de novela romántica. Podría figurar entre las páginas de alguna de las obras de Eugenio Sue. Las paredes de ese antro carcelario conservaban huellas grasientas, como de haber sido quemadas por las llamas de la gasolina. Era un recinto más hondo que ancho, de seis metros de profundidad por tres o menos de anchura, donde los rojos habían encerrado hasta veintitrés personas. Cuando se supo que llegaban a El Arahal las tropas nacionales, algunos individuos arrojaron a través de la reja el contenido de varios bidones de gasolina, y a continuación echaron dentro varias cerillas encendidas. Cuando se pudo penetrar en aquel infierno, no se encontró en él vivo más que al cura, un pobre viejo de setenta y cuatro años, que, refugiado en el rincón de las letrinas, había llegado a salvarse humedeciendo su rostro y sus brazos, llenos de quemaduras, con el líquido inmundo.

Parece ser, según cuenta el mismo periodista en *Le Journal*, que en Utrera, al sur de Sevilla, ataron a un hombre encima de un montón de ramas sobre un banco y le pegaron fuego, teniendo a sus hijos sobre sus rodillas.

A las mujeres, después de violentarlas, les amputaban las orejas.

Al cura de Puente Genil le cortaron los pies a hachazos, sobre el pavimento, y a un sacerdote de San Jerónimo le dieron el golpe de gracia en el cráneo, cuando, ya

herido por las balas de revólver, agonizaba en los brazos de su madre. El cura de Baena fue quemado vivo, y en Campana catorce personas ardieron en una renovación de los autos de fe. Después de esos casos de terrible barbarie, el estupor de los supervivientes a salvo seguía estremeciéndose al oír las descargas de los fusilamientos.

VI

UN VERDUGO

Luis Chauvet, del *Fígaro*, cuenta que los milicianos catalanes llevaban a sus víctimas al puerto de Tossa, después de hacerles recorrer un calvario de varios kilómetros, entregándolos allí en manos de un ejecutor especial, el cual acudía todas las mañanas a desempeñar su terrible servicio con las víctimas más importantes. Era un hombre muy bien dotado de armas de fuego, con el cual el periodista francés estuvo hablando largo rato. Le preguntó:

—¿Cuántos días hace que ocupa usted este puesto?

—Diecisiete.

—¿Y ha trabajado usted todos los días?

—Sin faltar uno.

—Debe haber habido ya muchas víctimas en su pequeño sector. ¿Cuántas, aproximadamente?

El verdugo vaciló y luego dijo:

—En lo que a mí se refiere, de gentes de iglesia y por mi mano, he despachado una cincuenta.

—¿Es que no trabaja usted solo?

—Los milicianos se cargan ellos mismos a los que intentan huir.

—¿Se pueden contar tantos civiles como sacerdotes muertos?

—Muchos más.

—¿Cuál es el rito de la ejecución?

—Muy sencillo. A mí no me corresponde aterrar, sino matar. Apenas si dejo al condenado el tiempo justo para santiguarse.

—¿La tarea de aterrar corresponde a otros?

—A los que traen al sujeto aquí, en la tartana.

—¿Es esa la razón por la que se ha escogido este sitio desierto tan alejado de ciudades?

—Es una de las razones; la otra es que no hay que enloquecer a los supervivientes con crímenes cometidos en el sitio.

—Y... ¿le pagan a usted bien?

—Cincuenta pesetas por cabeza, y veinticinco más si quemó el cadáver.

—¿Cuándo los quema usted?

—Cuando tengo tiempo.

—¿Además le mantienen?

—Sí.

—¿A qué partido pertenece usted?

—Soy de la FAI anarquista.

—Pero... ¿aprueba usted todos los actos de los milicianos?

—No me incumbe juzgarlos. Yo soy un funcionario del pueblo, como son los soldados. Hago la tarea por la que me pagan. Un golpe, y se acabó.

Si hay que sacar un corolario de todo esto, hay que deducir que la raza nuestra es cruel en las guerras civiles y que las exhortaciones de unos y de otros no han servido para nada.

VII

EN MADRID

De vuelta de Madrid, Miguel Edith en el *Echo de Paris* ha contado lo que ha visto en la capital de España. Allí las tiendas están abiertas; si un comerciante tiene la desgracia de cerrar, inmediatamente se le presentan dos milicianos, armados con carabinas, para exigirle que vuelva a abrir inmediatamente. Si se atreve a negarse, con el pretexto de que no puede hacer frente a sus obligaciones, le dicen que se largue. Pocas horas después, se instala en la tienda vaciada un servicio cualquiera; y el comercio continúa, solo que los clientes que pagan se hacen cada vez más raros. En cambio, los que no pagan son cada vez más numerosos y más audaces. Durante la primera semana todavía se hacía un simulacro de pago, dando un vale o bono reembolsable por el Gobierno, la CNT, la UGT o la FAI. Ciertamente que el comerciante no se hacía ilusiones acerca del valor de tales bonos y sobre las posibilidades de reembolso; pero se guardaba muy bien de pedirlo.

El periodista recordaba una escena de la primera época de la revolución, que había visto repetirse después más de cien veces.

En un almacén de calzado del centro entra una muchacha, de dieciséis o diecisiete años, vestida con una gorra de guardia de asalto en la cabeza, y en la mano un revólver más grande que ella. Mira de alto a bajo a todo el mundo, con la falsa desenvoltura de un mal actor de cine convertido en capitán de barco. Se deja caer sobre una silla y dice:

—Enséñeme katiuskas.

Se conoce que estas katiuskas son botas. Con una mueca de desprecio dice:

—¿No tienen nada mejor que eso?

La vendedora corre en busca de nuevo género, echa furtivamente una ojeada de terror al revólver con el que la miliciana juega, silbando.

—Estas son un poco mejores. Vamos a ver si me sientan bien. Además, enséñeme zapatos de piel de gamo, como los que hay en el escaparate, y ya que estoy aquí, puede traerme también unas sandalias. Al cabo de un cuarto de hora, la joven miliciana se encuentra cargada con cuatro paquetes. Como no puede levantar el puño, se despide levantando el revólver:

—UHP.

—¿Señorita?

—¿Qué?

—Que no ha pagado usted.

—Vuélvalo a repetir, y le pego cuatro tiros.

Y sale de la zapatería con el mismo orgullo que si hubiese tomado ella sola una trinchera al enemigo.

¡Qué actitudes más estúpidas! ¡Qué gente más brutal! El dinero de los demás es para los que andan vestidos de máscara por las calles; pero el suyo es sacratísimo.

Yo no sé, claro es, si todas estas historias serán ciertas, porque los periodistas franceses mienten con una gran frescura.

En todas las reuniones se oyen noticias de la lucha brutal y bárbara entre blancos y rojos, no solo en España, sino también en Francia. Según los periódicos, en León varios jóvenes han matado a un niño de nueve años porque no levantaba el puño en alto y se le consideraba falangista. Es una prueba de barbarie y de brutalidad de la época.

Es España, según se ha contado, se ha toreado a los enemigos en la plaza de toros de Badajoz, y en la salida de los presos de la cárcel de Caravaca. Si se llegase a escribir el anecdotario político de nuestra época, sobre todo en España, llegaría a producir repulsión en todo el mundo.

Respecto al espíritu antirreligioso del pueblo madrileño, se ha contado después una anécdota que no se sabe hasta qué punto será cierta.

Se dice que, después de terminada la guerra, a la puerta de una iglesia por la que salía una procesión con pasos, con imágenes, había dos mujeres del pueblo arrodilladas con aire de gran fervor.

Al ver salir en andas una imagen de Cristo, una de las mujeres le dio con el codo a la otra y le dijo:

—Oye.

—¿Qué?

—¿No será este el que quisimos quemar nosotras?

Entre los españoles, al parecer, el odio dogmático se da lo mismo entre los

reaccionarios como entre los revolucionarios. Es consecuencia de la raza y de la educación. Las razas del norte de Europa han sido menos crueles que las del sur, y la tendencia semítica ha sido siempre vengativa. El norte de Europa ha sido más brutal y el sur más sádico.

Entre los asesinos rojos, después de sus fusilamientos, unos se dedicaban a beber, otros a jugar y casi todos a la orgía con mujeres. Los blancos puede que rezaran en sus casas.

Schopenhauer considera con razón al hombre como el animal malvado por excelencia. Ninguna fiera mata por placer ni por hacer sufrir. El hombre mata, no solo por torturar, sino que mata por pedantería.

—¿Cómo? ¿No se maravilla usted con este parecer de Balmes o de Karl Marx?... pues ahora mismo le vamos a fusilar.

La guerra de España está produciendo mala impresión en el mundo entero. Parece que además tiene el gusto de exagerar las crueldades de unos y de otros.

Este joven dice, bastante torpemente, que debería prohibirse a los filósofos escribir libros y exponer teorías, porque una teoría puede llegar a ser perjudicial.

—¿Y quién lo va a prohibir? ¿A nombre de qué?

—Podía prohibirlo una comisión de científicos.

—¡Qué estupidez!

Es decir, que unos científicos más vulgares y con menos talento que otro independiente podían a este inutilizarlo. Se ve que esto es una solución muy vieja y una solución inaceptable.

De esta manera resultaría que un grupo, entre los cuales podía haber una mayoría de insensatos y de imbéciles, prohibiera la obra de un hombre de talento.

En otros tiempos fueron prohibidos Demócrito y los filósofos afines a él. Después, Copérnico y Kant, y luego Darwin.

Este amigo dice que en Alemania y en todo el centro de Europa la juventud intelectual es en este momento antimarxista. Encuentra que la obra de Marx es pesada, con datos viejos, y que en la propia Alemania nadie la ha leído íntegra.

Respecto a los judíos, dice que su problema es el mismo en todos los países de la Europa central y que intentan acaparar los servicios del Estado, la medicina y la prensa. Añade que no hay judío que sea soldado y que todos ocupan cargos burocráticos. Esto habría que saber si es causa o efecto. Es decir, si los judíos no quieren ser militares, porque no lo desean, o si no lo son porque no les dejan serlo.

VIII

JOVEN RUSO

Me asombro al hablar con un joven ruso soviético.

—Yo no sé —dice— lo que es liberalismo ni anarquismo.

—¿Es que no hay liberales en Rusia?

—No.

—¿No hay tampoco anarquistas?

—No, los fusilamos a todos, comenzando por su jefe Makno.

—Sí, se ve que los rusos han sido ustedes siempre amigos del despotismo.

—Y España, ¿qué es en religión?

—En casi su totalidad, católica.

—¿Y Francia?

—En su mayoría, también católica; pero tiene protestantes y judíos.

—¿Y qué diferencia hay entre protestantes y católicos?

—Pero ¿usted no ha leído nada sobre la Reforma protestante?

—No.

—¿Tampoco ha leído usted algo sobre Lutero y sus partidarios?

—No. ¿Qué diferencia hay entre ellos y los católicos?

—Diferencias, pocas. La Reforma está basada en el libre examen de la Biblia.

—¿Y la religión rusa ortodoxa?

—Es igualmente cristiana, basada en el culto griego de Bizancio y no en el de Roma. Pero ustedes en Rusia, ¿no estudian ya historia?

—Ahora, poco. De religión en Rusia no se estudia nada.

—Y sin embargo, la religión subsiste.

—Sí, es verdad.

—Una historia del mundo en que se suprime la historia de las religiones tiene que ser bastante incompleta.

—Para nosotros así es la historia, sin religión.

IX

UN DIPUTADO ESPAÑOL

Veo a Emiliano Iglesias, a quien conocí hace años en Barcelona, en el Grand Hotel, en el bulevar cerca de la avenida de la Ópera, al ir a visitar a una persona conocida. Salones y comedor del tiempo de Napoleón III. Todo muy recargado de adornos.

Iglesias está con su mujer.

Cuentan sus aventuras él y ella. Estaban en el Palace Hotel de Madrid, instalados desde hacía mucho tiempo. Había, al parecer, en la casa un *maître d'hôtel* que no se avenía a que le mandaran los obreros, y los iba dominando a todos, poco a poco.

Un día, por la mañana muy temprano, se presentan unos milicianos en dos coches; unos, al parecer, son de la UGT y otros, de la CNT.

A Iglesias y a su mujer los meten en un coche y los llevan a un antiguo palacio de la calle de la Luna, centro de la CNT, que, por lo que dicen, parece que debe ser el palacio de la condesa de Monistrol. Los tienen allí varias horas y, de pronto, uno de los empleados les dice que allí no tienen nada que hacer, que se vayan a la calle.

Al llegar al portal aparece un miliciano y les dice que tienen que entrar en un coche con cuatro mozos altos, armados de fusiles. Entran ella y él, los bajan por la Gran Vía a la plaza de Leganitos. Al pasar por el cine llamado Coliseum la mujer quiere abrir la portezuela del coche y llamar a un conocido, pero un miliciano le dice:

—Va usted a conseguir que se le dé un golpe.

Bajan por la cuesta de San Vicente, entran en la Casa de Campo y el auto se para.

—Ya estamos perdidos —dice ella—. ¡Ánimo, moriremos juntos!

El marido parece que no está nada dispuesto al sacrificio. Hace una última tentativa. Dice a uno de los jefes que tiene dinero y joyas. El jefe consulta con los subalternos y deciden probarle. Les llevan de nuevo al Palace Hotel. El jefe quiere registrar él solo el cuarto; pero el diputado es listo, baja y dice a los otros tres:

—El jefe quiere que suban ustedes.

Dicho esto, Emiliano y su mujer salen por otra puerta, toman un auto y entran en una embajada americana. Ya están a salvo.

Pasan allí meses. Piensan que no podrán salir, porque el Gobierno ha mandado cuatro policías para que permanezcan apostados delante de la embajada, y los cuatro policías le conocen a él. Al cabo de algunos meses, sin embargo, van en un auto a Alicante con la valija diplomática.

El secretario de la Embajada americana sabe que a Iglesias le andan buscando y que quieren fusilarlo. Este secretario de la embajada no les lleva a ninguna casa del pueblo, sino a un hotelito de los alrededores y allí duermen pared por medio de cuatro jefes de milicianos, que dicen antes de acostarse que hay que atrapar a Emiliano Iglesias, porque es un granuja que se ha hecho rico haciendo toda clase de chanchullos. Tres o cuatro días después el diputado y su mujer se las manejan de modo que pueden embarcarse y desembarcar en Marsella. Entonces sí que se sienten definitivamente a salvo.

X

EL YODO

Conozco a Mary, joven casada, guapa y rubia, con las cejas muy fuertes. Es

guipuzcoana. Su padre parece que también es bien plantado. Este parece que duerme con los pies fuera de la cama, porque la mayoría de las camas resultan pequeñas para él, y que le gusta tener los pies fuera de la cama porque siente en ellos mucho calor. Mary tiene de alta un metro setenta y cinco.

—¿Cómo se casó usted con este castellano? —le pregunto yo.

—Me engañó —dice con gracia.

Cuenta que en su casa, su marido toca el piano y ella canta, y cuando canta canciones vascongadas, su padre llora.

Vivir, realmente, no sabemos qué es vivir, porque, claro es, un hombre que un día coma y beba tendrá la sensación de haber vivido, y también la tendrá el que haya hecho un viaje largo y complicado, el que haya recibido un favor importante de un amigo o de una mujer. Estas son las cosas primarias de la vida.

Probablemente tendrá también una sensación de haber vivido el aventurero que se ha escapado de un grave peligro, en el que creyó un momento dejarse la vida, el político que ha conseguido dominar un instante arduo y el sabio que cree haber resuelto un problema difícil.

Hoy un señor habla de las Hurdes, dice que en sus tierras habría que plantar pinos y dejar la comarca durante algún tiempo sin población. Otro dice que en los altos valles catalanes hay cretinos con bocio que van a Barcelona y poco a poco se curan, porque allí comen mejor y hasta se acostumbran a ser limpios.

Yo digo que se ve que las gentes que tienen comienzo de bocio mejoran casi siempre a orillas del mar, que también mejoran tomando durante algún tiempo tintura de yodo, y que por semejanza o analogía se puede suponer que el yodo del mar y de las algas puede influir en la curación.

Entonces un profesor de química de Barcelona, que nos está oyendo, me dice que de dónde saco yo que hay yodo en el mar.

Yo le contesto que todo el mundo lo dice, que yo no lo sé, porque no he analizado el agua del mar, ni las algas. Añado que recuerdo también una novela de Emilio Zola titulada *La alegría de vivir*, en la que hay un joven que quiere extraer industrialmente el yodo de las algas del mar.

El profesor de química y un licenciado en esta ciencia afirman que esa es una opinión popular, pero falsa.

Al día siguiente, voy a la Biblioteca del Colegio y cojo el Nuevo Larousse y miro el artículo «Yodo», y veo que lo primero que allí dice es esto: «El yodo que se encuentra en el mar...».

Entonces cojo el tomo de este diccionario y me enfrento con el profesor de química y con el licenciado y les digo:

—Vean ustedes lo que dice este diccionario. Los dos hacen un gesto de extrañeza.

Esto me hace pensar a mí que un hombre lleno de detalles sobre una cuestión puede ignorar lo más fundamental de ella.

¡Qué cultura la española! ¡Qué birria!

París en verano es un poco más plebeyo que en invierno. En los parques, las parejas que se besan, con un aire francamente exhibicionista; en los bares y cafés, gentes que gritan, y por la noche, gente que canta. Uno tiene el espíritu un tanto deprimido, como un paisaje de otoño con rocas grises y árboles sin hojas.

No he salido más que dos o tres veces de noche al centro de París, y me ha parecido que está triste. Aquella animación de hace años, de cafés, de cervecerías y de bares parece que va desapareciendo.

Probablemente será la falta de extranjeros lo que da al bulevar este aire lánguido. Cualquiera hubiera pensado que después de la gran guerra del 14 era cuando este centro de París hubiera estado más triste; pero no pasaba así. Entonces el bulevar tenía un aire radiante.

El día primero de mayo se ve poca gente por las calles de París. No parece que haya manifestaciones ni nada por el estilo. Es un día en que muchas niñas hacen la primera comunión, y en el Parque de Montsouris se ven muchachas vestidas de blanco que tienen aire de apariciones.

Los días de fiesta de estas grandes ciudades como París, a pesar del sol, son tristes. Esta familia burguesa que sale a la calle tiene aire malhumorado. El hombre comprende, más o menos claramente, que el día de labor, entre su oficina y su café, está más entretenido. A la mujer le pasa algo parecido. La chica va con más gusto sola a la escuela con sus amigas, y el chico levanta la nariz para decir bromas. Se ve que entre ellos no se comunican cosas amables. Todas las ocurrencias del chico, que tiene aire de pillo y de burlón, molestan a la familia. El chico se acerca a un vagabundo, señala a un borracho o a una vieja pintada.

Yo, en París, no voy a ningún espectáculo. No tengo medios para eso y además me interesan poco.

—¿Así que no va usted al teatro? —me pregunta un estudiante—. ¿Por qué?

—Porque no tengo dinero.

—Podía usted pedir un billete de favor.

—También podía pedir un automóvil, que creo que me entretendría más, y no lo pido.

—Pero ¿a usted no le interesa el teatro? ¿No le preocupa?

—A mí, nada. ¿Qué me va a preocupar? Y ahora menos que nunca. Está uno pensando que le han podido pegar fuego a la casa, qué hará la familia, y va uno a ir al teatro a pensar si los caracteres de la comedia de Bernstein están bien sostenidos o no, como dicen los críticos... Que se sostengan o que no se sostengan, me tiene completamente sin cuidado. Además, que yo he decidido no ir a ninguna parte en donde haya más de siete u ocho personas.

—Entonces, ¿qué es lo que puede interesarle a usted?

—La calle, sobre todo la calle vieja me gusta, me recuerda un sinfín de novelas románticas que he leído en la juventud; pero lo que me parece la quintaesencia del espíritu de París, es la poesía de Verlaine.

»Pasar por el Luxemburgo es para mí recordar *La canción de otoño*.

»En cambio, cuando estoy alegre, canto mentalmente alguna canción antigua de café-concierto que recuerdo.

»Lo que me gusta mucho es el París suburbano, los bulevares exteriores. Me parece que he vivido en estos siempre. En cambio, la plaza de la Concordia o los Campos Elíseos me aburren profundamente. Estos viejos vestidos de negro que se sientan en los bancos me parecen amigos. Quizá no me gustan los tonos de flauta y los sonidos nasales de sus voces. Ni a ellos el acento rudo del español, ni la voz ronca de vasco que yo tengo.

—¿Así que es usted partidario de la canalla?

—Debo de serlo. Hace poco, estando en Madrid, he recibido una hoja de una revista de México en la cual hay un artículo sobre mí en donde dice que Ortega y Gasset me ha llamado «el Homero de la Canalla».

QUINTA PARTE

NOTICIAS QUE LLEGAN

A mí me hubiera gustado mucho estar en Madrid durante la guerra en una embajada afrontando, claro es, el peligro de las bombas; pero caer en una checa como las de aquel miserable García Atadell, debía de ser un horror, porque la posibilidad de morir del estallido de una bomba es una circunstancia eventual que no va acompañada del sadismo, de la sorna y de la mala intención y probablemente uno desaparece sin tener conciencia del peligro. Pero encontrarse ante una gente que parece hacer lo que le dé la gana con perfecta impunidad y reírse del infeliz que cae en sus manos, debe de ser terrible.

Dicen que García Atadell mataría con su brigada a unos trescientos o cuatrocientos hombres. Algún periódico socialista le combatió, denunciando sus fechorías.

Lo que parece es que, al acercarse las tropas nacionales a Madrid, García Atadell salió de la capital con varias maletas llenas de alhajas y se embarcó en Valencia o en Alicante para Francia con un compadre suyo llamado Pennabad y unas mujeres. Decidieron desembarcar en Marsella y luego ir a un puerto del Atlántico. Allí tomaron un vapor llamado *Le Mexique*, con intención de dirigirse a la América del Sur. Llevaba el jefe un pasaporte con el nombre falso de Elizalde. En el barco era viajero de primera clase e iba vestido a la última moda. Convidaba y hacía beber a todo el mundo, y después cantaba la *Internacional*. Al saber la fuga de García Atadell, el *ABC* había dicho que se había marchado llevándose maletas de propiedad colectiva, es decir, robadas.

Iban juntos Atadell, Pennabad y un tal Ortuño.

Por entonces parece que se dijo que Atadell y su gente habían salido de un puerto del Mediterráneo en la lancha de la policía marítima y que, al ver que no volvían, avisaron al barco por telegrafía sin hilos diciendo qué clase de pájaros se habían refugiado a bordo.

El barco que tomaron en un puerto francés del Atlántico llevaba en su ruta el hacer escala en Canarias; pero, al parecer, García Atadell y Pennabad fueron detenidos y luego llevados a la península, donde, pasado algún tiempo fueron agarrotados en Sevilla, después de haberse convertido y confesado y comulgado.

Esta fue la era de los monstruos y, como decía un periodista, la revolución había sido la ruptura de una cloaca. A eso se había llegado después de aquella época de la palabrería de los Marcelino Domingo y los Albornoz y los Álvarez del Vayo. Unos, primero, habían desacreditado a España con la Monarquía, otros después con la República. No tenía nada de extraño que se llegase a donde se había llegado. Todos aquellos enchufistas parecían haberse puesto de acuerdo para hundir el país. Era un tiempo en que reinaban las masas, lo anónimo.

II

LÓPEZ OCHOA

Sobre la muerte del general López Ochoa en el hospital de Carabanchel se dijo que, en un intento para salvarle, el médico del hospital hizo circular el rumor de que se encontraba muy grave, y luego la noticia de que había muerto. Después se le metió en un ataúd y se llevó este a la sala de autopsias; pero allí Ochoa, impaciente, levantó la tapa de la caja, y alguno le vio y corrió a avisar a los milicianos, los cuales entraron y le mataron, y después al médico que había tratado de salvarle, según la voz pública, le cortaron las manos. Se explicó ese propósito de salvación por la francmasonería.

El médico del Hospital General de Madrid tenía un enfermero entre los milicianos que era de Carabanchel. A este le habían fusilado, porque había caído una bomba en un lugar estratégico del pueblo y se creía que él había indicado el sitio. El fusilado no llegó a morir, y le había quedado un pequeño absceso.

—Hay que llevarle a la sala de operaciones —dijo el médico. El miliciano contestó:

—No hace falta. Ya lo he despachado yo.

Le había cortado el cuello en la cama. A Ochoa le cortaron también la cabeza e hicieron de él una fotografía teniendo la cabeza entre las piernas. Dicen que después cogieron la cabeza del general y se la llevaron al alcalde Pedro Rico, para enseñársela. Suponemos que al alcalde no le haría mucha gracia el espectáculo.

III

NOTICIAS

Al comunista Pablo Yagüe, del Sindicato de la Panadería, cuando regresaba de Alcalá, le dispararon varios tiros y le hirieron. Al parecer, le agredió una patrulla anarquista, a consecuencia de lo cual, como represalia, los comunistas mataron en las calles a tres anarquistas.

El hijo de Giral contaba en la ciudad universitaria que a su padre, en Madrid, a pesar de ser ministro, le pidieron la documentación, y la de su escolta, y que delante de él fusilaron a un individuo ante la verja del Retiro.

El médico X decía que a todos los que fusilaban los milicianos los fotografiaba la policía. En la Dirección de Seguridad tenían grandes álbumes donde se podía ir a identificar, si era posible, las personas a quienes se arrancaba de sus domicilios. Este médico contaba haber visto la fotografía de Melquíades Álvarez, que tenía una herida

de bala en el maxilar inferior y otra en el pecho. El desventurado político republicano se mostró valiente y murió en un sótano de la cárcel arengando a sus compañeros.

Los chicos iban a ver las ejecuciones y a burlarse de los muertos y a saltar por encima de los cadáveres. Estos chicos serían aquellos a los que los maestros comunistas, al entrar en clase, les decían: «¡No hay Dios!», y ellos contestaban: «No lo ha habido nunca». Y después se hicieron falangistas.

El pequeño americano que ha vivido en Madrid cuenta que, al ir una vez a la ciudad universitaria en julio hacia una piscina, vieron en la carretera dieciocho cadáveres de fusilados. Había una gran cantidad de mujeres, y de chicos, celebrándolo, y llegó un camión y cargaron los cadáveres; pero quedó allí abandonado uno, al cual le habían pegado un tiro en la nuca y tenía la cara abierta como una granada abierta y estaba llena de moscas.

También me han hablado de un tipo sensual y ávido, que había sido la desolación de no pocas familias. Cuando él decía, y solía decirlo a menudo: «La chica de don Fulano ha de ser para mí», podía apostarse cualquier cosa a que, a poco que pudiera, la muchacha tendría motivos para acordarse de aquel vampiro.

He oído contar la historia de un hombre al que fueron a buscar a su casa, para matarle, porque se había recibido una denuncia contra él. El tal era un filósofo. Al ser requerido, comprendió que una revolución entre españoles ha de ser a base de canalladas y bestialidades.

—Bien —replicó—, pero déjenme ustedes escribir una carta a un amigo diciéndole lo que me pasa y dándole órdenes sobre lo que tiene que hacer con mi dinero.

—¿Quién es? —le preguntan.

—Fulano.

—¡Ah! —dijeron sorprendidos los milicianos—. Pero ¿ese señor es amigo de usted?

—Sí, y me debe treinta mil pesetas, que me tiene que pagar dentro de ocho días y ha prometido pagármelas, o mejor dicho, las pagará a mi mujer y a mis hijos.

Le piden entonces algunas más explicaciones y al oírlas acaban diciéndole:

—Quédese usted en casa.

El denunciante quería librarse de un acreedor, haciendo que lo fusilaran. Todo de una hidalguía conmovedora. Afortunadamente fusilaron al de la denuncia. Entre las gentes de negocios, acreedores, jueces, notarios, profesores que estorbaban a algunos, han sido fusilados por gentes que tenían interés en deshacerse de ellos. Muchos han matado llevados por un impulso sanguinario, satánico, probablemente inconcebible. La gente llegó, viendo derramar sangre, a una plena insensibilidad. Todo era surgir delatores miserables.

Un abogado republicano, Barriobero, hombre que, según algunos, durante mucho tiempo había estado en relaciones con la policía, parece ser que en Barcelona estaba al lado de los anarquistas y que vendía su influencia para obtener la salida de los que se querían poner a salvo. Luego él se vio entorpecido en su fuga y le costó ser agarrotado. También se convirtió y volvió a la religión.

Júzguese después de esto la estupidez de los proyectos de Juan García Oliver, ministro de Justicia y anarquista, que indican en qué forma hombres como ese vivían en la luna. En un tiempo en que se fusilaba por un quítame allá esas pajas, pretendía que a los asesinos se les tratase como a lo mejor de la humanidad, construyendo villas penitenciarias con teatros, universidades, bibliotecas, deportes y juegos. ¡Qué insensatez! De aceptarse tales majaderías, una de las carreras más fáciles y agradables sería la de hacerse asesino, para gozar de estas ventajas. Claro que en España ha habido siempre asesinos festejados y condecorados, siempre que hayan sido políticos.

La verdad es que en esta última época los pueblos latinos han quedado bastante mal, los franceses deprimidos y flojos, los italianos petulantes y aparatosos y sin valor, los españoles crueles y sádicos.

Los portugueses han estado también mal entregando a los acogidos a su país a las fuerzas enemigas para que los fusilaran. Quizá no podían resistir a las imposiciones de las gentes armadas y en pie de guerra. No creo que el ser latino se pueda considerar como un honor ni mucho menos.

Quizá sea más perdonable lo de los franceses, que evidentemente están en decadencia; lo de los italianos que en la guerra han hecho el ridículo, aunque en la paz han dado pruebas de inteligencia y de buen sentido; lo de los españoles ha sido brutal, de sadismo y de estupidez.

La chica de un pueblo de Extremadura ha dicho que en su aldea vio cosas horribles. Veinte o treinta muertos. Entre ellos había un señor viejo, conocido suyo, de barba blanca, tendido en tierra, y le faltaba media cara, y aun así, llevaba puestos los anteojos. Cuenta que una vieja se acercó al cadáver y le quitó las antiparras, que eran de oro. Al parecer, estaba en su actitud habitual, con la mano derecha agarrada a la perilla.

Han contado la historia de un hombre que recorrió media España huyendo, enfermo de disentería, al cual le era necesario pararse a descansar en el campo uno o dos días, antes de seguir su camino. También me habla de otro hombre, aldeano, que en su desesperación, cortaba los olivos con que tropezaba, para empobrecer el país.

—¡Quién había de pensar esto de España! —me dicen algunos franceses.

—Pero era algo que se veía venir.

—Nosotros, no —contestan.

—Pero es que ustedes tienen para los países extranjeros un lugar común, no se toman el trabajo de examinarlo si es auténtico o no. Hablan de España, pues, ya se sabe, Don Quijote, Sancho, el Cid, Don Juan, los frailes, los contrabandistas, Carmen, etcétera.

»Yo hablé hace tiempo haciendo augurios pesimistas sobre la situación. He escrito varias veces durante la República diciendo que España iba muy mal. Si los alemanes y los ingleses hubieran sido vecinos nuestros, habrían leído todos los libros españoles de hace treinta o cuarenta años acá y estarían enterados del espíritu de los españoles; pero ustedes no se enteran de nada que no sea francés.

V

Me parece ridículo el caso de muchas personas que quieren presentarse como víctimas de las disensiones políticas del país. Esta actitud para la galería hace ya muy poco afecto en la gente. Además, en París, desde hace años, ha habido tal cantidad de emigrados, que estos ya no interesan, ni excitan la curiosidad de nadie. Todavía hay mucha gente romántica que piensa que hay hombres muy interesantes por su vida, mujeres fatales y tipos donjuanescos y peligrosos.

El otro día alguien recordaba que en Madrid, en septiembre de 1836, cuando la sublevación de La Granja, en el café Nuevo se exhibían los dedos del general Quesada, a quien habían matado los milicianos. Parece que los pueblos en esas épocas son idénticos, aunque haya pasado mucho tiempo. Un americano, lector de libros míos, que estuvo en Madrid en el periodo rojo, me dice que al leer una novela mía titulada *La Isabelina*, recordaba el aspecto de la gente de Madrid en 1936.

Un médico que está ahora en la Casa de España, y que vivió en la Residencia en Madrid, veía todos los días a la gente que iba a presenciar cómo se fusilaba cerca de donde él vivía. El público se acercaba a ver los cadáveres y hacía comentarios respecto a su actitud y su expresión.

La gente en España parece haber perdido todo sentimiento humano, y el ayudar en los fusilamientos lo consideran como una tarea nada extraña. Yo siempre he tenido una opinión bastante mala de la moral de los españoles; pero nunca creí que llegase a tanto. Ahora me parece una raza cruel. Las mujeres de uno y otro bando iban a ver cómo se fusilaba y volvían de allí riendo. En algunas capitales las señoras presenciaban los fusilamientos e iban después a la iglesia. El capitán general de alguna de esas poblaciones tuvo que prohibir a la gente el que se acercara al sitio de los fusilamientos. A veces, cuando los condenados querían hablar, el público se ponía a vociferar, para evitar que se oyese lo que pretendían decir.

En todos los países semíticos la persecución es la base de la guerra. Hay que

hacer sufrir al enemigo; hay que hacerle daño. El más cobarde es el que más placer encuentra en hacer sufrir a los demás.

En todas las revoluciones se ven casos de hombres que parecen no tener ambición ni interés alguno y, de repente, al llegar al poder, se sienten enloquecidos con la idea del mando y con la vanidad.

Los marineros españoles de los buques de guerra parece que fusilaron a la oficialidad de varios de esos barcos. Después de la ejecución le preguntaron al ministro de Marina, señor Giral, qué era lo que tenían que hacer con los cadáveres, y Giral les contestó diciendo que los echaran al mar. Esto, según dicen, hubo de producir en Inglaterra muy mala impresión.

La indignación por tirar cadáveres al mar me parece un asunto de protocolo. Lo malo es matar; pero quemar un cadáver o tirarlo al mar, eso no tiene importancia alguna.

Son sentimientos judaicos, semíticos. ¿Qué daño se hace con echar un cadáver al mar o a un pudridero? Yo creo que ninguno. Es fijarse en estupideces. Llevar un cadáver a un pudridero o tirarlo al mar, es lo mismo. No tiene importancia. Lo malo es matar.

Aquí, en Madrid, he oído yo a una señora que quería equiparar lo que se ha dicho de los judíos, que los alemanes han matado con gases asfixiantes, a que los aliados mandaron quemar los cadáveres de los condenados a muerte y ejecutados en Nuremberg. ¡Qué estupidez más extraña! Primeramente, los alemanes asfixian a los judíos por ser judíos nada más, y los aliados mataron a los jefes alemanes por considerarlos criminales, y si quemaron sus cadáveres y las ropas que llevaban, fue para que nadie pudiera guardar restos de ellas como reliquias.

La gente es muy bruta y muy torpe.

Se ve que la bajeza y la miseria es lo que da el carácter a la época actual. Como digo, si esto sigue así, no sé si llegaremos hasta la antropofagia. Si no se llega a ella, no será porque lo impida el espíritu piadoso, sino porque la carne humana no debe ser un manjar muy agradable.

Esa falta de espiritualidad no es propia solo de españoles. Entre los estudiantes de París tampoco se nota que la haya por ninguna parte. Yo no sé si antes la tenían; pero ahora, al menos, no la tienen. Parece ser que la brutalidad y la falta de gracia están a la moda. Estos estudiantes de París, tan alabados antes por su ingenio, se muestran en la actualidad de una ramplonería y de una grosería verdaderamente incomprensibles.

sin sombrero. Es una manifestación de la brutalidad plebeya. Cuando una mujer entra con sombrero donde ellos están comiendo, empiezan a pegar con el cubierto en el plato y a gritar: «*Chapeaux, chapeaux, chapeaux*», y a dar patadas en el suelo. Los estudiantes aquí se ve que son tan brutos o más que en otras partes.

Uno de estos días, varias señoritas norteamericanas se confabularon, entraron diez o doce con sombrero, se pusieron en una mesa y los estudiantes comenzaron a chillar. Llegaron hasta a tirarles pedazos de pan y rompieron cucharas y hasta sillas. Uno de los empleados tuvo que reprender a las estudiantes americanas, para que no provocaran alteraciones del orden; pero ellas siguieron impertérritas, sin despojarse de los sombreros que irritaban a sus compañeros, y cuando concluyeron de comer se levantaron y se marcharon.

No se comprende una actitud tan estúpida, tan necia y tan reaccionaria. Porque no era feo, sino todo lo contrario, ver un grupo de muchachas bonitas bien ataviadas y con un sombrero gracioso.

VII

Con esta juventud estólida, Francia estuvo a punto de perder su independencia, porque Francia ha tenido el máximo de su brío, cuando ha sido revolucionaria y ha cantado la *Marsellesa*.

La misma brutalidad se puede advertir también en el lado de la mujer. He tropezado con un buen ejemplo de barbarie femenina. He estado con un amigo en varios pabellones de la ciudad universitaria y conocido allí a varias muchachas estudiantes de distintos países. Una de ellas era estudiante de medicina. Bromeaba con ella un señor, viejo, como puede bromear un señor de edad con una muchacha joven.

Le hablaba de que tenía las manos muy finas y muy bonitas. Luego le dijo:

—¿Qué va usted a hacer con esas manos tan perfiladas, cuando se dedique a la cirugía?

—Pues le operaré a usted, cuando tenga un cáncer en el estómago.

Mi amigo, el señor viejo, quedó, al oír aquella respuesta, como si le hubieran pegado una patada en el vientre.

—¿Le ha molestado a usted? —preguntó la estudiante, al notar el efecto producido en su interlocutor por sus palabras.

—Sí —contestó mi amigo—, me ha parecido la frase de una estupidez y de una brutalidad raras. A usted le parece risible el que yo tenga un cáncer. A mí tampoco me importaría nada que usted tuviera un tumor en el cerebro o en el ovario; pero no lo digo, y me parece extraño el que conteste usted a un cumplimento que se le hace con

una estupidez así.

—¿Me llama usted mala? —ha dicho ella.

—Mala y mula; pero no nos vamos a pegar. No le diré a usted más, sino que me alegraré de que se marche usted cuanto antes de aquí, y de que no vuelva.

Yo comprendo la crueldad con un hombre joven y petulante; pero no la comprendo con un señor ya viejo, como mi amigo, que además se encuentra en una situación de abandono y de miseria que lo hacen digno de conmiseración.

Es curioso ver cómo en todas partes, no se sabe por qué, la amabilidad y la cortesía están en baja, y la brutalidad y la barbarie crecen y se desarrollan por momentos.

Sin duda, la barbarie estaba contenida y ahora, sin que nos podamos explicar por qué, se extiende y estalla por todas partes. Si esta tendencia se exagera, no se sabe hasta dónde podrá llegar.

A mí no me han interesado estas anomalías que tanto han intrigado al público francés, sobre todo al parisiense, como el homosexualismo de Proust y de André Gide.

Todo esto me parece tan interesante como si el vecino de la casa de enfrente tuviera un catarro gástrico o la diabetes. ¡Qué le vamos a hacer! Allá él se las arregle con sus enfermedades y sus anomalías como pueda.

Es curioso. Se quiere que el hombre que está dispuesto a matar a un individuo que no conoce en una batalla va a estar luego pensando si ese señor que pasa por la calle es un artrítico o tuberculoso, y, si lo es, qué carácter va a dar a su vida. Son una serie de ridiculeces, las de la época actual, que le dejan a uno sorprendido. Ya se sabe que el mundo es un conjunto de anómalos, de tuberculosos, de lacrosos. Lo más lógico es que cada cual aguante su lacra que por casualidad le corresponda, sin molestar a los demás.

SEXTA PARTE

•

En el *Heraldo de Aragón* hay un artículo que dice: «Los artífices del 14 de abril que se han visto obligados a tomar el camino del destierro».

La verdad es que yo no recuerdo con exactitud qué es lo que ocurrió el 14 de abril. Supongo que es una fecha de la Revolución española; pero no sé cuál. Aquí, en París, no tengo libro que consultar.

A continuación, se inserta una lista estúpida, en la que se ven mezclados los nombres de unos escritores con los de unos políticos, a los que yo no conozco ni sé quiénes son: entre ellos figuran Rodríguez Pérez, Calviño, Gubiart, Mayol y algunos otros que deben ser políticos, y entre los escritores estoy yo, que, de primera intención, no recuerdo qué es lo que pasó el 14 de abril. Qué necedades. Yo no hablaría nunca de la política de Zaragoza, si no estuviera enterado de ella. ¡Qué estupidez!

Del 14 de abril no sé nada, ni sé qué pasó. De fechas históricas modernas, recuerdo el 93 en Francia, en parte por la novela de Víctor Hugo, el 14 de julio con la toma de la Bastilla, el 2 de mayo en Madrid con Daoiz y Velarde, el año 23 con la intervención del duque de Angulema, y luego el 98, con la escuadra de Cervera en Santiago de Cuba.

¡Qué situación! En el País Vasco no le hacen a uno caso y en el resto de España le tienen a uno por un político. Es absurdo; pero así es. Yo me defiendo siguiendo su procedimiento, no haciendo caso de sus estupideces, ni tomándolos en cuenta. Ahora, en este momento, no recuerdo lo que pasó el 14 de abril. Tengo mala memoria; lo preguntaré al primer español que vea.

Esto me induce a pensar qué impresión han dejado mis libros y mi actitud en el público. Veo que ninguna.

Es como una escena falsa, inventada y ridícula. Yo no he intervenido nunca en política, porque siempre he creído que la política en España es una basura, una porquería. Si alguno se ocupara de mí, sería lógico que dijera: «Este señor no ha intervenido».

Debo reconocer que en París me han tratado con mucha amabilidad en todas partes, menos en las oficinas de la policía, y me han cedido el sitio en el Metro, no por conocerme, claro está, sino por viejo.

La clase media española rica y los políticos son los que me han mirado con mayor desdén.

En el Parque de Montsouris cuatro o cinco chicas de diez a doce años, muy atrevidas, que salían del colegio, me rodearon y me marearon a preguntas. Esto no me ha pasado nunca en Madrid.

En el restaurant de la Casa Internacional de la ciudad universitaria, mucha gente me saludaba. Yo no soy diferente aquí que en Madrid. Sin embargo, hace unos veinte o treinta años me decía el hijo de Salmerón, Colás, que era casi un monstruo y uno

que iba con él y que era pariente suyo, cuyo nombre creo que era Díaz Pérez o Pérez Díaz:

—Como usted tiene fama de ser hombre antipático...

Y esto me lo decía una especie de Quasimodo, por su aire brutal y estúpido.

Con los animales tengo también simpatías. Los gatos se me suben a las piernas; los perros se me acercan y no me ladran.

En la ciudad universitaria, una arquitecta inglesa me llamaba «ese señor viejo español de sonrisa triste». Esto no era extraño, porque yo era un viejo entre jóvenes.

A algunos de los españoles les oía discutir qué edad era la mejor, si los veinte o los veinticinco años. A mí, sin que les dijera mi opinión, por no desanimarles, me parecía que para ellos todas las edades iban a ser malas.

II

Una de las cosas que voy notando y me va sorprendiendo, es que el hacer un pequeño favor a una persona no es motivo suficiente para que esa persona esté agradecida, ni mucho menos. Algo parecido ocurre con los africanos de color. Cuando un médico visita a un negro y le recomienda unas píldora y se cura, luego el africano va donde está el médico y le reclama regalos, porque él se ha dejado curar.

III

El médico don Pablo, que estuvo mucho tiempo en Madrid durante el periodo rojo, dice que cuando se acercaron los blancos, él estuvo con un inglés en la terraza de la Telefónica de la capital de España mirando con unos gemelos la lucha de los milicianos con los moros y los del Tercio en la Casa de Campo.

Al día siguiente volvieron a la terraza de la Telefónica y el inglés dijo:

—Ya no tomarán Madrid, por ahora.

Habían llegado aquel día dos mil ametralladoras para los rojos.

Una señora amiga me ha dicho que vio el otro día, en una reunión, al pintor Picasso. Este le dijo:

—Fue una humorada del Gobierno rojo el nombrarme a mí director del Museo del Prado de Madrid. A mí, que he aniquilado por completo la pintura de ese Museo.

—¿Qué le parece a usted Picasso? —me pregunta la señora.

—¿Qué quiere usted que me parezca? Creo que confunde el arte con la mixtificación. Lo mismo podría decir Stavisky, que con sus estafas había aniquilado el Banco de Francia.

¡Qué revolución más ridícula esa de desacreditar la pintura antigua sabiendo, como saben todos, que hay entre ella obras de arte importantes!

En el Metropolitano la gente obrera se insolenta a veces con los viajeros sin motivo alguno. La burguesía se ve que tiene miedo a los obreros. Uno de estos días venía de Passy a casa en primera. A mi lado iba un obrero con un saco, y en la estación de Grenelle entró una señora con una muchachita de diez o doce años, seguramente su hija. La señora le dijo a la niña que se quitara la bufanda, porque hacía calor, y la niña se la quitó y se la volvió a poner, porque dijo que no le molestaba.

—Bueno, como quieras.

Entonces el hombre del saco empezó a gruñir y a decir que aquella era la educación que daban los burgueses a sus hijos, que así creían que podían hacer lo que les daba la gana.

Entonces la señora se levantó y en la primera estación en que paró el tren se bajó. Luego el obrero se me quedó mirándome como preguntándome si estaba de acuerdo con lo que él decía. Yo le dije:

—Se ve que tiene usted gran espíritu de burgués.

El hombre debió de quedar un poco asombrado y yo me bajé en la estación próxima, dejándolo solo.

A mediados de abril, los árboles del Parque de Montsouris y de los bulevares próximos, en un par de semanas, se han puesto verdes completamente. Desde el bulevar Jourdan se ven también árboles llenos de flores en jardines próximos.

Hay quien dice que no es conveniente conocer a personas desgraciadas. Todavía puede estar bien socorrerlas, si se tienen medios; pero conocerles nada más para saber sus males y sus miserias, es perjudicial, inútil y malsano para el que lo observa y no es ventajoso para el desgraciado. Esta es una idea poco cristiana; pero justa.

Hay gente que considera la vejez como una edad muy mala, muy triste, llena de penas y de achaques. Yo no lo considero así. El trascendentalismo de la vida ya ha pasado. La vida uno la ve como cosa relativa y a veces de poca importancia. Todos esos afanes y tristezas de no haber tenido suerte en los negocios o con las mujeres toman un aire poco trágico.

He estado a comer en casa de una señora sudamericana. Había cinco o seis personas, todos eran optimistas; pero más de etiqueta que por el fondo. Si hubieran sido alemanes, franceses o españoles, probablemente hubieran dicho lo mismo.

Los hombres aseguran que son optimistas; pero no hay tal. Los americanos del norte tienen un optimismo un poco infantil y sin profundidad, que no está basado más

que en unos conceptos mecánicos. Los americanos del sur no son optimistas. Llamar países jóvenes a los americanos es un espejismo, porque el hombre no se contagia con la juventud o con la vejez del país en donde vive.

He estado en un baile de estudiantes en un pabellón internacional. El aparato de radio toca música americana de jazz-band, tangos y rumbas. Muchas de estas canciones tienen letra española, con una pronunciación a lo negro, que no se entiende.

Yo digo, cuando oigo estas tocatas tan aparatosas y tan estridentes, como don Basilio: «*La música del mio tempo era una altra cosa*».

Entre la juventud actual, el baile tiene mucha importancia. Estos estudiantes, después de cenar, han ido al cine y ahora bailan. Se ve así que no son reconcentrados como éramos nosotros, ni se dedican a discusiones políticas y literarias en el rincón de un café.

Fui a un bazar que llaman Monoprix, de la avenida de Orleans. Vi una vitrina con plumas estilográficas de precio bajo. Las más caras, de veinticinco o treinta francos.

—¿Se puede probarlas? —pregunté a la empleada.

—No tienen tinta.

—De todas maneras, yo quisiera probarlas.

—Vaya usted allí enfrente.

Al último no tuve más remedio que comprar una más cara, porque las baratas no marchaban nada bien. Con esto me acordé de una anécdota conocida sobre un comprador de paraguas.

El señor había comprado un paraguas elegante y de muy buen aspecto. A los dos o tres días volvió al bazar donde le habían vendido y le dijo al vendedor:

—Este paraguas no sirve. Mire usted cómo ha quedado en pocos días. El tendero mira el aparato y dice:

—¡Claro, lo habrá usted sacado un día de lluvia!

IV

En París encuentro a una muchacha de Vera. Lleva en la capital de Francia residiendo ya una porción de años. Habla muy bien el francés; pero ella no por eso se siente parisiense.

—Yo soy veratarra —me dice.

Reconoce que los franceses se divierten bastante y le sacan jugo a la vida; pero esto, en último término, no le entusiasma. La vida de las mujeres en el campo es terrible, tienen que trabajar a todas horas, cuidar de sus hijos, por eso envejecen

enseguida. Este es como un extremo de la vida femenina; el otro extremo es la existencia de la mujer parisiense rica, que no tiene familia.

Yo comprendo este punto de vista de la mujer del campo a la que no le interesan más que los asuntos serios de la vida y que pugna con la idea de la mundana, para quien la vida es lucirse y brillar.

No sé quién tiene razón; pero en último término pienso que la gente que se considera con deberes lleva una vida más intensa que la que se considera solo con derechos.

Parece que la gente conocida ha hecho una pequeña leyenda sobre mí. Dicen que tengo una misión secreta, no sabemos de quién, que he salido y entrado en España con el asentimiento de personajes importantes.

V

Se siguen contando barbaridades de la guerra. Se dice que a algunos que sacaron de las cárceles les hicieron hacer unas zanjias y, después de que las abrieron, los enterraron en ellas vivos.

En los hospitales de Madrid dicen que todos tenían que comer juntos, médicos, practicantes y mozos, porque ya no había diferencias de categoría. Los milicianos llegaban a las casas con autos y motocicletas. Entraban con sus fusiles y sus pistolas, dándole a todo un aire macabro y siniestro.

Todos estos asaltos a las casas, hechos de una manera teatral, golpeando con las culatas de los fusiles en las puertas, se hacen constantemente en España por la noche. No puede haber motivos verdaderos para esto.

Hay, sin duda, un poco de tendencia al cine y al folletín. Se hacen vejaciones, no solo contra los ricos, sino también contra los pobres.

VI

En el Parque de Montsouris, por la mañana, van las mamás llevando a sus chicos en ligeros cochecitos. En un pabellón suelen dedicarse a las cartas algunos viejos. Otros miran sentados en sillas de mimbre cómo corretean los chicos.

Algunas mujeres hacen media. El humo del tren de Sceaux sale por una trinchera próxima. Cerca está el Pabellón del Lago, restaurante para fiestas y bodas. Hay en él

un comedor grande, y algunos otros comedores pequeños para parejas que quieren estar independientes.

VII

Al llegar la primavera, tuve una visita decorativa. Estaba en la biblioteca de la Casa de España, enjaretando un artículo, cuando me dijeron que saliera al vestíbulo, porque me esperaban.

Eran varias señoras de los Estados Unidos, acompañadas de dos o tres estudiantas americanas que vivían en la residencia de su país de la ciudad universitaria. Las pasaron a un salón. Entré yo en este y saludé a aquellas damas, la mayoría jóvenes, muy vistosas y elegantes.

Al principio, no comprendí qué era lo que deseaban. Dijeron que querían hablar conmigo y que algunas de ellas habían leído novelas mías en inglés.

A mí me sorprendió y me pareció naturalmente una atención muy digna de agradecer el que aquellas damas quisieran hablar con un escritor como yo, viejo, poco conocido y sin un cuarto. Alguna de ellas sabían castellano, otras el francés no muy bien.

Me preguntaron si sabía inglés. Les dije que no. Que había intentado aprender a traducir hacía tiempo, pero que ya lo había olvidado. Hablamos en francés y me dio la impresión de que las defraudaba. ¿Qué les iba a decir yo de nuevo de París, de la literatura del momento o de la vida elegante?

Nada que valiera la pena.

Yo no les hubiera podido hablar con detalles más que de la gente que veía en el Metropolitano, de los que paseaban en el Parque de Montsouris y de los traperos que vivían en Gentilly o en Montrouge. ¿Qué va a contar un escritor de su vida y del ambiente en condiciones míseras y pobres? Nada.

Se fueron las damas americanas, elegantes y perfiladas, y no volvieron.

Para distraerme, repaso el catálogo de un librero de lance, a la caza de algunos libros de carácter histórico y etnográfico. Le pido alguno, pero llego tarde; sin duda, al recibir yo el catálogo, lo había repartido el *bouquiniste* entre sus clientes más importantes. Todavía me han dejado un *Salustio*, en francés y en latín, que puede interesarme, y el *Viaje a España* de Madame d'Aulnoy.

Otro librero me envía una *Historia de los Vascos*, de Chaho, bastante fantástica, y una *Historia de Alejandro VI*, de Gordon, que es un ejemplar bonito, con dos retratos, uno del papa y otro de César Borgia.

La *Fortnightly Review*, publicación inglesa, me pide una novela, que le mando para que la traduzcan y vean si puede interesarles. Si gusta, dicen que publicarán

otras. Habrá, pues, que tomar la pluma y ponerse a trabajar. Pero, como no es fácil inventar así, sobre el vacío, necesitaría hacer que me mandasen de Vera algunos proyectos y apuntes que allí tengo, que podría utilizar. He dejado en el pueblo un borrador de una novela, de la que he hablado a un editor catalán que quisiera publicarla. Hay que ganar algunos cuartos, para seguir viviendo y ver en qué para todo esto. Le vendría a uno bien, porque los franceses no son partidarios de dejar nada a los extranjeros. Son capaces de darles algún honor, o de socorrerles; pero eso de permitirles entrar a ganar dinero en su casa, por el trabajo, tratan siempre de evitarlo.

Esto de la asociación o sindicación de todo el mundo es una miseria que va a terminar por estrangular la vida de los que tienen que trabajar para vivir.

Menos mal que en el Colegio de España hay ahora paz, y podré trabajar, si hay ocasión.

Los pequeños charlatanes del Frente Popular, que, a pesar de ser muy rojos, se han escapado de los suyos y están aquí refugiados y cobrando del Gobierno de Valencia, han aprendido a callarse.

¡Ya era hora!

Estos días al Sena le ha rebosado el agua, y el otro día había bastante público congregado en la orilla, contemplándolo y diciendo que habían visto una nube de ratas, grandes como conejos, que huían por los andamios de las instalaciones de la futura Exposición, escapando del agua. Yo me acordé de los frentepopulistas españoles, que han llegado hasta París con el rabo entre piernas, en su fuga de «sálvese el que pueda». Por cierto que esto de la Exposición tiene un aspecto deleznable, de cosa hecha de cartón y papel. Quizá luego se arregle y tome un aire mejor. Yo celebraría mucho no verla, y poder marcharme antes a cualquier parte.

Estuvo a verme uno que decía ser director de la Liga de los Derechos del Hombre; quería que les diese una conferencia. Le contesté que no era esa mi especialidad, que no tenía costumbre de hablar en público, y que un español no podía meterse a tratar de cuestiones actuales en Francia, porque estaba expuesto a que lo echasen del país. Me replicó que tendría libertad y respeto, y se despidió diciéndome que volvería al cabo de una semana para saber la contestación definitiva. Volvió, efectivamente, y como me mostrase de nuevo reacio, me confesó que, si hubiese ido a dar la conferencia, los de la Embajada española estaban dispuestos a silbarme.

Es algo cómico lo de estas gentes, un maquiavelismo de cocina.

VIII

Fui invitado a cenar en casa de un señor que vive en la isla de San Luis. Salí con una

noche de perros y seguí por el bulevar Jourdan, luchando con la nieve y la lluvia, para coger el Metro, pensando en que iba a pescar el gran catarro. No lo cogí. Este escritor vive en una casa antigua muy hermosa, llena de cuadros y de libros, tiene una cocina excelente, buena despensa; pero, a pesar de esto, se siente el hombre algo comunista. No se explicaba muy bien, ocupado tan solo en comer y descorchar botellas con una gran habilidad. Yo comí poco, pero bebí algo más; sin duda porque encontré que el vino era bueno y quise hacerle los honores.

Después de la cena se planteó una discusión sobre los españoles y las españolas, se dijeron los clásicos lugares comunes de siempre. Según uno, a las españolas les gustaba vivir encerradas en sus casas y no tenían el menor sentido social. Otro de los comensales dijo que él había ido a España creyendo que nuestro país era un volcán de pasiones, y que una vez allí había visto que era todo lo contrario, y las mujeres no tenían simpatía ninguna por los extranjeros.

A mí me preguntaron mi opinión; pero como vi que no les interesaba gran cosa lo que les decía, pronto me callé. El dueño de la casa, muy soñoliento, porque ya era un poco tarde, me invitó a tomar una copa de Benedictine, diciéndome filosóficamente que no hiciera mucho caso de lo que se decía, porque todo eran lugares comunes, pues en realidad los franceses no saben nada, ni les interesa lo que pasa fuera de Francia. Lo mismo creo que les pasa a los demás.

Estuvo en el Colegio de España un jefe de prisiones que, según dijo, había sido director de la cárcel Modelo de Madrid y de otra cárcel establecida en el Colegio de San Antón de la calle de Hortaleza. Tenía aire de chulo y se expresaba cínicamente, hablaba de lo bien que estaban los presos, cuando él regía aquello, de que comían tanto y cuanto. Me dio asco oírle y le dejé con la palabra en la boca, marchando donde no me alcanzara su monserga. Pensar que esa pobre gente, hacinada en una prisión, expuesta a ser sacada de allí para que la fusilen al día siguiente, por una cosa sin importancia, pueda estar bien, es algo que produce repulsión.

Lo mismo ha querido demostrar un falangista de Valladolid, al decir que los presos rojos que tenían allí vivían en buenas condiciones, cuando en el patio del presidio no tenían sitio ni para pasear, y tenían que dormir, en cuartos capaces para tres o cuatro hombres, cuarenta o cincuenta.

IX

Continúo recibiendo catálogos de librerías de viejo, lo cual me da siempre mucha pena, porque los libros están ahora muy caros, y a mí no me sobra el dinero. Es como ofrecerle manjares succulentos al que carece de dientes, o no tiene apetito, o le duele el estómago. Con la devaluación del franco todo ha subido, hasta los libros. ¿Para qué

revisar estos catálogos, si, en el caso de hallar algo que le interese a uno, no va a poderlo comprar? Ciertamente que de libros viejos se va encontrando cada vez menos. También parece síntoma de la época el que los libros desaparezcan.

Dicen que la guerra española se va acabando. Yo me alegraría. La gente cree que ya no puede durar mucho, que todo será cuestión de días o de semanas. Veremos la cuestión europea qué cariz toma. Hay otra vez una tregua. ¿Cuánto durará? Nadie lo sabe. Si esto sigue desarrollándose como hasta aquí, la vida individual y la vida de la cultura se hundirán. Con una inseguridad tan grande en el vivir, el mundo no puede hacer nada serio.

La democracia trae el gobierno de las masas y el régimen absolutista. Manda el pueblo en teoría o una super-alma general, y el individuo se hunde. Se ve que el comienzo del siglo xx, que parecía una iniciación de algo magnífico, era más bien un término de lo mediano y una iniciación de lo miserable.

X

No sé por qué en las cosas políticas han de tener siempre más simpatías los que cambian de criterio que los que tienen siempre el mismo, bueno o malo. Como dice un almeriense, vendedor de fruta, que se escapó de Almería por el mar en un cesto de uvas, todo el mundo anda chaqueteando. Un gran número de alcaldes socialistas de la época republicana y que lo habían sido anteriormente de la Dictadura, y seguramente se sienten capaces de volver a serlo de cualquier cosa que venga después, aunque sea del Canibalismo, están ingresando en el falangismo.

Así se puede asegurar que todas estas multitudes que incendian y matan no van a ser siempre así. Mañana volverán a ir en las procesiones.

He vuelto a dejarme tentar por la distracción de recorrer los cajones de libros, a orillas del Sena; pero aunque he mirado despacio, no he hallado nada que valga la pena. El libro interesante ha desaparecido de esos muelles. Sucede aquí más en grande que lo que pasa en la feria de Atocha, de Madrid, a un lado del Botánico. Tanto cruzar gente, arriba y abajo, produce una miseria en lo que resta, y no queda más que lo que no tiene ningún interés. Viene a ser como la leche pasteurizada que ha perdido sus gérmenes. Para dar con algo interesante, habría que decidirse a pedir, aquí y allí, en las tiendas, porque si no, es imposible encontrar algo que valga la pena. Pero ¿y si lo ofrecen y luego resulta que uno no tiene dinero con qué poder pagarlo?

El horizonte económico mío, por otra parte, no parece aclararse. El editor catalán, que quería imprimir aquí, en París, libros en español, ha desistido de hacerlo, al ver que resultaba imposible por lo caro de la mano de obra. Ha decidido marcharse a la

Argentina. Otro que pone agua por medio.

Dice que las ediciones fraudulentas de los libros españoles se van haciendo cada vez más abundantes en América. Así podemos decir que a perro flaco todo se le vuelven pulgas, y brindar el refrán español a nuestros primos del otro lado del Atlántico. Claro que los más primos, en definitiva, resultaremos nosotros. Es verdaderamente curioso el que no se pueda impedir esa piratería de países ricos contra un país pobre y destrozado como España.

Aún no hace buen tiempo aquí, a pesar de haber llegado la entrada de la primavera. Se ve que esto solo ha ocurrido en el calendario, del cual no se puede uno nunca fiar ni hacerle demasiado caso. Lluve casi todos los días; pero no hace frío. A mí esto no me molesta.

Me han pedido unos cuentos para unos periódicos franceses, y he mandado dos. No sé si los publicarán, o si irán al cesto de los papeles. No me han contestado si les sirven o no, porque aquí todo marcha despacio.

Hemos llegado al 14 de abril. ¡Qué efeméride para los españoles! Para celebrarla, sin duda, se ha empezado a hablar en el Colegio de España, de que quizás en el próximo verano este establecimiento se cierre. Parece que no hay dinero, y que la Embajada española, regida por los Araquistain y compañía, quiere imponerse y ser los amos, aunque en realidad el Colegio, de quien depende, es de la Universidad de París.

SÉPTIMA PARTE

•

Un año o año y medio después de estar en París, me escribieron diciéndome que podía volver a España, donde no me pasaría nada.

Vuelvo a España en el otoño, y me acojo a mi casa junto al Bidasoa. El pueblo estaba triste. El otoño en Vera es admirable, encantador. ¡Qué luz más bonita! ¡Qué colores en el campo, con los árboles amarillos y los helechos del monte rojos!

No se comprende cómo la gente que vive en un país así puede ser tan chismosa y tan intrigante como la que vive en una tierra árida y seca.

En Vera, los alrededores de mi casa, Itzea, están desiertos.

Por la carretera de Francia no pasa nadie. El arroyo que cruza al lado de Itzea está limpio. Los montes van tomando tonos rojos y amarillos. Hay niebla.

De noche el pueblo, sin luz, apenas se ve desde nuestra casa como un misterio. Algunos días de fiesta se oye un sonido de cometa que da al pueblo un carácter de guerra.

Está uno viviendo como en plena guerra carlista. De noche nos sentamos en torno a una mesa camilla. Hay reuniones en las que se habla de las posibilidades de la guerra, de lo que podrá durar. Mi sobrino pequeño, que tiene nueve años y medio, vive alegremente.

Observo que se me va la memoria. No recuerdo el nombre de la mayoría de los libros que he escrito, y ocurre muchas veces que no sé lo que pasa en ellos. Es curioso.

—¿Cómo se llama el último libro que ha publicado usted? —me dicen.

—Pues... no recuerdo.

Y así es, efectivamente. No puedo recordar su título por más esfuerzo que hago. De un libro que publiqué hace tiempo y que titulé *Rapsodias*, he estado cuatro o cinco meses sin poder recordar su nombre. Es cómico.

Desde que estoy aquí y no escribo nada, porque para distraerme me dedico a la huerta, empiezo a soñar con más fuerza. El otro día soñé con que le veía a Manuel Bueno, el periodista que, al parecer, han fusilado en Barcelona. Le hablaba, y le preguntaba si le habían matado en Barcelona o en Madrid, y él no contestaba y sonreía.

En pleno invierno me avisaron para que fuera a Salamanca, porque se iba a reanudar la Academia Española. Yo estaba acatarrado y pensé excusarme. Mi familia me dijo que debía ir y un amigo francés, Paul Gaudin, que vivía en Vera y que tenía automóvil, me dijo que me llevaría en él.

Salimos los dos. Hacía un frío espantoso, que helaba las palabras. En el alto de Echegárate había un metro de nieve y al pasar por Burgos nos dijeron que la temperatura había llegado a cerca de veinte grados bajo cero. Llegamos a Salamanca como pudimos; a mí me indicaron un alojamiento en una casa particular y Gaudin se marchó a una fonda.

Se hablaba mucho de que Unamuno había muerto. Yo no lo sabía, porque en Vera estaba aislado escribiendo y leyendo y me enfrascaba en mi trabajo.

Poco después, quizás al día siguiente de llegar a Salamanca, se celebró la inauguración de la nueva Academia en una sala baja con sótano que era, según nos dijeron, la cátedra donde explicó fray Luis de León. Creo que dirigió el acto el conde Romanones. Se pronunciaron dos discursos, uno de Sainz Rodríguez y otro de D'Ors.

Al día siguiente salimos de Salamanca Gaudin y yo camino de Vera. Muchos se me acercaron, porque querían ir aquí o allá; pero yo les dije, naturalmente, que yo no era dueño del automóvil y que mi amigo francés tenía muchos compromisos.

Por entonces me telefoneó Martínez Baldrich, hijo del general Martínez Anido, que quería publicar una novela mía. Yo la escribí. La novela se llamaba *Susana y los cazadores de moscas*. Días después, con un permiso de Martínez Anido conseguido por su hijo, me fui de nuevo a París, a la ciudad universitaria.

Yo hablé del general Martínez Anido como de un hombre severo e implacable. Así lo pintaban los obreros y los particulares en Barcelona; pero no debía ser cierta esta fama, porque conmigo se mostró muy amable y benévolo.

Sin embargo, corrió la noticia de que desafió varias veces a don Miguel de Unamuno, lo que produjo al catedrático vasco un verdadero terror.

OCTAVA PARTE

PRIMAVERA

La primavera va adelantando, el tiempo está delicioso.

*Le ciel est, par-dessus le toit,
Si bleu, si calme!
Un arbre, par-dessus le toit,
Berce sa palme.*

Verlaine

Ahora, en la primavera, hay días de una gran belleza en París. Hoy, 23 de mayo, el día ha comenzado con una gran nevada. Al principio parecía que iba a formarse una capa de nieve muy espesa, porque los copos eran bastante grandes; pero luego ha salido el sol y la nieve caída no ha llegado a cuajar en la tierra, como temíamos.

Después hemos contado con un día de esos claros, espléndidos, y, al anochecer, por el cielo, pálido, vagaban nubes blancas y rosadas, como de paisajes antiguos. Belleza un tanto melancólica.

Creo que todos los pueblos históricos dan un poco de tristeza y de nostalgia. Se comprende que el mundo estará siempre regido por el egoísmo. Es algo fatal. Es la necesaria consecuencia de todo lo que vive y ha vivido otras épocas más intensas.

—También, sin duda —me replica alguien—, es fatal la protesta contra ello.

Quizás en los pueblos nuevos, como en los de la América del Norte, en donde abunda lo nuevo, no se experimente esa sensación de melancolía que se experimenta en los pueblos con historia.

En Francia, evidentemente, hay mucha gente amable. Sin embargo, la mayoría, como régimen práctico, supone que no hay que entablar conversación con el desconocido de la calle, pues con frecuencia resulta ser persona insolente y provocativa, eso que ellos llaman *goujat*. Puede ser que esto sea consecuencia del miedo a la guerra y también de la división profunda que han producido el comunismo y el fascismo entre las gentes.

Todavía no nos entendemos, los de unos y otros países. El francés puede comprender a Cervantes, y el español a Moliere, y los dos a Shakespeare y a Dante. Pero ninguno de ellos entiende al tipo medio de cualquiera de esos pueblos, el francés, español, inglés o italiano; su manera de comer, de vestirse, de tratar a la familia y a los hijos; su sentido de la moral, de la religión y del dinero lo hacen aislarse y mirarse con recelo.

Yo no sé si los franceses habrán tenido siempre, como tienen ahora, la pretensión de saberlo y de comprenderlo todo. Sea el europeo, el africano, el americano o el asiático, cuando expone sus asuntos, el francés que lo escucha, sonrío como diciendo: «Eso ya sé yo lo que es, y en qué consiste. No me dice nada nuevo. Para eso que me cuenta usted tengo yo ya la explicación y la etiqueta».

A mí me da la impresión de que los franceses no entienden gran cosa de lo de

fuera; es decir, que les sucede como a los demás europeos. Pero, a pesar de ello, creen que están en el secreto de todo.

Esto no quiere decir que no haya personas capaces, entre ellos, de enterarse bien de las cosas, ni que no sepan estudiar lo que les llega del extranjero; pero no tienen la curiosidad generosa que se dice tenían los griegos antiguos, aunque es posible también que no la tuvieran.

Cuando se sienten aficiones literarias y filosóficas es muy difícil encontrar con quien hablar a gusto. Además, en una época de destierro, todo el mundo se encuentra más cogido que de ordinario por las necesidades apremiantes de la vida. Hace tiempo, Ortega y Gasset, que tenía auto, nos invitaba a dos o tres personas a visitar algunos pueblos españoles en una excursión de varios días, y al llegar la noche a las fondas donde descansábamos, hablábamos como las personas a quienes no les produce miedo ni inquietud la vida.

Yo, como muchos, vine a París a fines del siglo XIX con la ilusión de encontrar una vida más intensa de la que llevaba. No la encontré, y después volví de cuando en cuando a visitar la capital francesa, más que nada por cambiar de postura.

Después, hará unos veinte años, estuve en Alemania, en Dinamarca y en Holanda. Antes había estado más de una vez en Italia y en Suiza. A la vuelta, decidí ya no salir de España, y después de haber tomado esta decisión, he tenido otra vez que salir de allí por fuerza mayor. La verdad es que para mí, ya, como hombre viejo, no hay nada que hacer fuera del país.

El problema de la ropa, para un viejo solitario y pobre como yo, es un problema difícil y casi angustioso. No se llega nunca a estar a punto. Todo se rompe y se estropea con más facilidad de lo que se piensa.

Mientras se ha vivido en casa, no se tuvo uno que preocupar de estas cosas para nada. Un señor me dice:

—¿Se aburre usted?

—Sí, un poco.

—Aquí en París hay para todos.

—Para mí hay poco en todas partes.

—¿Cómo puede usted decir eso?

—Porque es la verdad. Aquí hay edificios magníficos, gente elegante, mujeres hermosas, grandes avenidas donde pasearse; pero en lo que yo busco, por un lado lo humano y por otro lo español, no hay nada interesante ni, sobre todo, agradable.

—Debía usted visitar a los escritores franceses.

—¿Para qué? Ya sé que no me harían caso.

—¿Y no va usted a los museos?

—Antes he ido muchas veces.

—Entonces, váyase usted a América.

—¿Con qué medios? Vivir en América, con la hostilidad de aquella gente, no me haría mucha gracia.

En España los hombres han decidido, por lo menos en teoría, que hay que imitar a Numancia, que hay que destruir e incendiar lo que sea. El culto de la barbarie se celebra. Cuando leo las brutalidades que se hacen en España, la lectura me produce un gran pesimismo. Algunos cuentan estas salvajadas como si fueran hazañas dignas de un poema épico; otros se ponen serios y no hacen ningún comentario. A mí todo ello me deja absorto y deprimido.

Hay gentes que creen que yo debía de haber tomado, cuando me prendieron los carlistas en Vera, una actitud heroica. No sé a beneficio de qué, ellos no han hecho ninguna heroicidad. Es muy cómodo recomendar heroísmo a los demás.

El que se sienta héroe, si tiene esa afición, que lo demuestre. Creo que nadie se lo impide. Muchos quieren que la heroicidad empiece por los demás. Ellos, mientras tanto, harán sus negocios y vivirán bien.

Me han prestado un tomo de una Historia del Arte, obra de un crítico, Elie Faure, al que algunos conceden mucha importancia. Pero me ha parecido que no hay en ese libro más que palabrería y retórica. No he encontrado en sus páginas nada auténtico ni explicativo que valga la pena. Tan solo elocuencia, y nada más, que no es ciertamente lo que yo buscaba para distraerme.

II

Un estudiante amigo mío protesta de mi estado de aburrimiento; me ha invitado a ir a un baile que daban en el pabellón sueco de la ciudad universitaria. Lo he acompañado.

En un raso del edificio del pabellón habían encendido una gran hoguera y delante, en una terraza, se veían algunos jóvenes que bailaban una ronda vestidos con trajes populares, al son de una música extraña. La gente, chicos y chicas, cantaba.

El espectáculo tenía cierta gracia, cierta ingenuidad y hasta un aire campesino. Después del baile, en el jardín del pabellón universitario, la gente ha entrado en un salón pequeño y se ha continuado la fiesta poniéndose los estudiantes a bailar bailes modernos, americanos, con música de saxofón.

Recuerdo que antes, aunque nunca fui un conocedor de la música, ni mucho menos, distinguía con facilidad la músicaailable y comprendía fácilmente la diferencia de un vals, de una polca o de una habanera; pero ahora, viejo, oigo música de baile que no sé lo que es y que me parece que siempre se baila lo mismo. Aún con más facilidad en la música de ópera, sabía lo que era el aria, el raconto o el dúo, etcétera.

Comprendo que para ser un hombre completo hay que haber experimentado de todo. Es preciso vivir sus épocas de enamoramiento y de tontería, sentirse humillado

por la situación después de haberse visto encumbrado entre algunas señoras elegantes. Experimentar el desprecio y el odio de alguna gente, y llegar a la vejez, solo y arruinado. Entonces se acerca uno a ser un filósofo.

El señor Repáraz, en un artículo de *Solidaridad Obrera*, periódico que se publica en Barcelona, dice que yo hablaba mal de la República y de los revolucionarios. Este señor, que en la actualidad se presenta como un terrible revolucionario, fue hace tiempo polaviejista, entusiasta del general cristiano.

Después estuvo empleado en la Embajada de España en París, no sé si con León y Castillo o con quién, y entonces los republicanos decían de él que era el que dirigía la policía. Más adelante se leyó en un periódico que había él mismo declarado no ser español, sino portugués.

Pidió luego que le diesen una pensión, no sé si como polaviejista, como policía o como portugués.

Yo no he hablado bien ni mal de la República en sí, porque creo que no vale la pena hablar de una teoría política ni para ensalzarla ni denigrarla. Repúblicas admirables hay, como la de Suiza, y monarquías realmente perfectas, como las de Inglaterra o Suecia.

III

—Yo, lo que tengo es que no cambio —digo.

—Pues mucha gente dice que ha cambiado usted.

—Es la opinión de algunos necios que les conviene decirlo.

—Es mucha presunción.

—No. Es verdad. Como yo no aspiro a la mayoría de las grandezas que aspira la gente, a muchos les gusta decir que cambio. Es falso. Me divierto siguiendo mi línea de conducta. Ni siquiera le doy importancia. Lo considero esto como un deporte. Yo aspiro a escribir con claridad. No pretendo hacerlo como un político español que, al parecer, decía cuando dictaba un decreto:

«Esto creo que está redactado con la debida confusión».

Al final de la guerra del 14, hice yo un artículo titulado «Los mitos de los aliadófilos». Entre otras cosas decía:

La guerra ha demostrado que el depósito de brutalidad que tenía nuestra especie zoológica está intacto.

No somos tan sabios como Marco Aurelio, Epicuro o Solón; pero somos tan brutos como en cualquier otro periodo histórico. Todo hace pensar que no hay progreso moral en el mundo; el hombre de hoy es más técnico que el de ayer y vive en una sociedad algo más elaborada. Lo que no se ve es que el hombre sea mejor. Las

pláticas morales no han servido para nada.

Yo creo que hubiera sido capaz de ceder y transigir; pero ante la insolencia y la pedantería del rico o del político español, no.

En el País Vasco, que a mí me interesa, se ha acabado con todo lo noble, lo ha achabacanado, lo ha podrido, le han quitado todo lo que podía haber en ese rincón pirenaico de sencillo y de humano. Ya no podrá reaccionar nunca.

La burguesía del País Vasco es una burguesía petulante y las familias que se echan de distinguidas aspiran a que su hijo o su hija se case con un descendiente del marqués de casa Pérez.

IV

He conocido a un editor que se cree hombre de un espíritu amplio o intemacionalista; pero, fijándose en él un poco, oyéndole expresarse, al punto se ve que es un patriotero francés como la mayoría. Para él todo está vaciado en el molde francés, y todo lo que es francés tiene una superioridad evidente, solo por el hecho de serlo.

Es mucho más interesante observar los tipos femeninos, la judía americana que, con cierta gracia, le dice a su novio: «Le detesto a usted», o la otra muchacha, de origen inglés, rubia y católica, de un tipo de Ofelia, que habla con una vacilación graciosa.

El editor no dice más que lugares comunes. Su hijo no tiene religión ninguna; la elegirá cuando sea mayor. Son cosas estas que se pensaban a los quince años, y que se han abandonado después, porque se ha comprendido que se puede elegir un reloj o una bicicleta; pero elegir una religión es una cosa un tanto absurda.

La inglesa defiende sus ideas.

—¿Así que es usted papista? —le pregunta el editor.

La verdad es que en estos momentos un español no tiene deseo de presumir. Yo, al menos, no digo que soy escritor en ninguna parte, no doy opiniones sobre nada, y aun así se encuentra uno sorprendido ante la petulancia de estos franceses medios que creen saber de España mucho más que lo que sabemos los españoles.

Nos quieren demostrar que Inglaterra, Alemania y Rusia son países de broma.

—Shakespeare, sí..., claro..., gran dramaturgo, algo ya pasado de moda. El teatro moderno es francés. Cervantes... gran novelista para su tiempo... Kant es incomprensible. Las ciudades de Italia y Alemania son muy típicas y pintorescas; pero es la provincia... El hombre que vive en París necesita otras cosas... Usted dice que Londres, Nueva York, pueblos inmensos... niebla... Evidentemente, no son agradables.

Los compatriotas nos quieren achacar a los escritores españoles que somos

extranjerizados. Es falso. Es siempre el burgués español, el que vive del empleo o de la renta, el que nos viene con esas historias de que las telas que se gastan en España son malas, que en Francia se puede viajar en tercera y en España no, y otra porción de vulgaridades que ya no producen efecto en nadie.

V

Encuentro a un antiguo amigo español, que ha venido a verme para preguntarme cómo me va en estos tiempos de emigración. Nos ha llevado a él y a mí a recordar lances y cosas de la vieja política española, y a establecer una comparación con la de los últimos tiempos que nos han traído a estas aventuras, tan desagradables siempre, pero más ahora, en que pesan los años y viene la pobreza.

Evocando a los que en otra época aparecían en nuestro país como primeros espadas en las temporadas parlamentarias, yo he manifestado, como impresión retrospectiva, que la mayoría de los oradores de aquel tiempo me parecieron siempre bastante vulgares, que nunca me dejé arrastrar por sus soflamas, porque me convencí de que todos ellos llegaban, poco más o menos, a la misma altura, y ninguno alcanzaba una mayor elevación intelectual que lo hiciese destacarse en el grupo.

A mí, si me hubieran dado atribuciones para fijar en un disco las oraciones más características de las diversas épocas en la oratoria escuchada por mí, habría elegido un discurso de Salmerón, otro de Pablo Iglesias, otro de Melquíades Álvarez y otro de Ortega y Gasset.

En los partidos populares había oradores que hablaban con facilidad, hasta muy bien, como un señor Facundo Dorado, profesor, el cual solía obtener grandes triunfos en el auditorio, pero al cual todos los correligionarios que compartían con él la tribuna le hacían el vacío, asegurando: «No dice nada original», como si los que criticaban así dijese algo original por su parte.

No debe sorprender, ciertamente, esa generalización de lo vulgar y anodino. En la política, cuando un partido que busca las masas para atraerse correligionarios tiene hombres mediocres, el partido contrario, que con otras propagandas le disputa sus adeptos, suele tenerlos también de la misma estirpe y del mismo origen. Esto es lógico y natural, a nadie puede extrañar.

En España no ha habido nunca grandes políticos, quizá no podía haberlos. Se ha tenido siempre que echar mano de gente muy insignificante, muy de pacotilla.

En el periódico republicano *El Radical*, donde hace treinta o cuarenta años publicaba artículos y publiqué un folletín, fui con frecuencia en ese tiempo a la redacción, y allí conocí a los redactores y a muchos correligionarios que solían visitarles. Todos eran gentes de poco más o menos, aun empezando por los que tenían

más nombre. Había entre ellos algunos buenos oradores, que solían expresarse en público con facilidad; pero no se descubría ningún escritor, ni periodista, por más que se dedicasen a fabricar artículos.

Los periodistas republicanos han sido, generalmente, muy malos y muy pedantescos. A los otros no los conocí; pero presumo no serían mejores. Seguramente eran tan malos como los republicanos, aunque yo no pueda asegurarlo, porque no me ocupé en leerlos.

Con relación a la política y a los políticos, he oído no pocas veces hablar de la austeridad; pero nunca he creído en tal monserga. Una persona por completo austera no podría vivir en nuestra sociedad, como un cristiano verdadero tampoco podría vivir en ella.

VI

Son ya pocos los partidarios de Spencer, los que defienden la tesis del individuo contra el Estado. Yo no creo que el Estado y la política puedan desaparecer, ni mucho menos, porque existirán siempre en una forma o en otra. Pero creo que, cuanto más limitada resulte su acción, será mejor.

Si ha de haber política, que tenga esta su atarjea; pero que no ensucie ni embrutezca demasiado al mundo con sus chanchullos y sus lugares comunes.

No he visto nunca que el Estado acierte en nada. El hombre de gobierno vive en un ambiente artificial, que no lo permite descubrir lo que pasa a su alrededor. Cree que su pequeño mundo burocrático es trascendentalísimo y que no hay otra cosa.

El elegir el hombre para el cargo tiene que ser difícil, y se comprende que en esto se equivoque el político. Cuando se trata, no ya de adivinar lo que puede hacer un hombre, que es el caso de la política, cosa difícil, sino de juzgar una obra ya hecha, como sucede a veces en cuestiones de arte y de literatura, los representantes del Estado se equivocan casi siempre.

Si se examina la lista de los artistas pensionados por el Estado durante años, por ejemplo, en Francia y en España, se advierte entre ellos que no hay gente entre la premiada que después se haya distinguido. Se ven los premios otorgados por las Academias y reina la misma mediocridad.

En cambio, escritores y artistas rechazados en su época por los organismos del Estado, al cabo del tiempo resultan los consagrados; ahí están los casos de Stendhal, de Baudelaire y de Flaubert, en Francia, perseguidos algunos en su tiempo por la justicia como inmorales.

Se puede tener la seguridad de que, si ahora hubiese concursos artísticos patrocinados por el Estado y vivieran Beethoven, Dostoyevski o Goya, no serían

estos los que obtendrían los premios.

Y si esto es así, como probablemente lo es, en una materia como el arte, ostensible y clara, ¿qué será en una cosa oscura como la política, en la que intervienen otros elementos de confianza y de moralidad?

Yo creo que el Estado nunca sabrá ni querrá elegir hombres aptos para ocupar un cargo, sea en el régimen que sea, y que siempre dará su preferencia a los inútiles y mediocres, más aptos para no desentonar. El político, charlatán y poco comprensivo por naturaleza, buscará como auxiliares servidores ciegos, fieles y anodinos, no capaces que puedan rivalizar con él.

No hemos visto nunca que el Estado haya elegido algo con buen sentido, ni que haya descubierto con talento para dar con el hombre adecuado para un cargo. Siempre se ha elegido con arbitrariedad y, cuando se ha encontrado el hombre, se le ha hecho al momento la guerra.

Luis XIII y María de Médicis trabajan contra la influencia del cardenal Richelieu. No tienen más remedio que comprender que la política del cardenal agranda la influencia de Francia. No importa. En tiempo del cardenal Mazarino pasa lo mismo y solo Ana de Austria, que está enredada con él, le ayuda.

Napoleón es enemigo terrible de Talleyrand y de Fouché, porque sabe que son hombres de gran talento. Guillermo II de Alemania no para hasta inutilizar a Bismarck, que había constituido la gran Alemania.

Después de haber dado vueltas a todas estas viejas consideraciones, este amigo que ha venido a verme me cuenta que el señor don Salvador Madariaga ha dicho, en alguna parte, ignoro si en un artículo de periódico, en algún libro o en charla por la radio, que yo hui de la España rebelde, después de haber huido de la España revolucionaria.

Esto no es exacto del todo. Yo fui a Vera del Bidasoa en 1936, como solía ir todos los años, al comienzo del verano, cuando la revolución no había estallado aún. Cerca de Vera me sorprendió el movimiento carlista, me prendieron, me soltaron por orden del general Martínez Campo, duque de la Torre, que entonces quizá no era aún general, y me marché a Francia. No quiere esto indicar que yo no hubiera huido de Madrid, caso de poder hacerlo; pero lo cierto es que no lo hice.

Don Salvador de Madariaga publicó un libro titulado *España*, que está escrito con claridad y con elegancia; pero en él no dice nada que valga la pena sobre la guerra y la revolución de España. Si a esta guerra y a esta revolución se les quitan las crueldades, los fusilamientos, las barbaridades, los crímenes, ¿qué queda de ella? Palabras, vulgaridades, nada.

Alguno me ha dicho:

—Usted ha cambiado.

—No, yo no he cambiado nada. Si he evolucionado o he decaído, ha sido en el sentido de la energía por los años. Nadie puede hacer nada contra el tiempo. Yo he sido siempre individualista y liberal. No he tenido nunca simpatía por la democracia,

y mucho menos por el socialismo o el comunismo. En 1901 escribía en *El Globo* un artículo sobre los procedimientos de la democracia y sobre el predominio socialista. Meses antes de la caída de la Monarquía, yo era de los pocos escritores liberales, quizás el único, que no creía que la República fuera la salvación de España. Más bien creía lo contrario.

—¿Y no piensa haberse equivocado usted en sus previsiones?

—No creo que mucho.

VII

De estas señoras que vienen a la ciudad universitaria de París, hay pocas que tengan serenidad. Sin duda, los acontecimientos las han desquiciado y no tienen manera de detener la fuga de la imaginación, ni la de evitar en pensar en fantasías que pueden ocurrir.

Hay aquí un hombre triste al que le molesta que no se hable en serio. Se comprende que no entiende la broma. Tiene una cara agriada por la tontería o entristecida por la acritud.

La institutriz francesa a quien conozco habla de una amiga suya, dice que lleva una vida triste y sola.

—Que se entienda con alguno —le digo yo—. En las circunstancias actuales, a mí me parece algo muy legitimado.

—Sí, puede ser; pero ella no quiere andar hoy con uno y mañana con otro.

—Es natural esa prudencia; pero si no ensaya, no llegará nunca a salir de su atranco. Habla entonces de su propio caso, y le digo:

—El caso de usted no es el mismo. Una mujer soltera es lógico que quiera casarse; pero una mujer divorciada es también lógico que no quiera vivir sola y haga los ensayos necesarios para salir de su situación.

Esta señora no acepta el que, en cuestiones sentimentales, se intente discurrir en frío.

—Yo no veo otra posibilidad —le digo— más que esa. O entregarse a los acontecimientos, o discurrir de una manera serena.

—Es usted animal de sangre fría —dice ella.

—No crea usted, también tiene uno su pequeña zona tropical, con monos y con cocoteros. Otra me dice:

—Veo que usted se defiende en la conversación.

—Cada uno se defiende y ataca con el arma que tiene más a su alcance. El elefante, con la trompa; el caballo, con las patas; el gato, con las uñas, y la gallina, con el pico.

A la mujer del doctor, que a toda costa quiere encontrar una colocación para ganar algún dinero, le han ofrecido una plaza de figurante en el Casino de París.

—Supongo, naturalmente, que no la aceptará usted.

—A veces me dan ganas de aceptarla.

Al último, a esta señora la han ofrecido una colocación de guardiana de niños en una casa de la Rue de la Pompe. Los chicos, al parecer españoles pobres, son completamente salvajes. Es muy difícil hacerles obedecer y dominarlos. Parece que todos estos chicos son como gatos monteses que están enseñando constantemente las uñas.

Está señora me ha contado que, volviendo un sábado en el Metro, de una visita que había tenido que hacer, coincidió en el mismo coche con dos hermanas; una, de más de veinticinco años, y otra, de diecisiete o dieciocho, al parecer estudiante, que iba con su novio, coqueteando de una manera verdaderamente excesiva. La chica tenía un aire burlón. El novio parecía un poco azorado.

Tuvo la señora que cambiar de línea en una estación. Había que subir unas escaleras, y, al subir, tropezó, cayendo para adelante, pero sin hacerse ningún daño. La chica que iba con el novio, que también cambiaba de tren, se rio.

La señora no se molestó, porque no había demasiado motivo, pero dio la casualidad de que, al tomar de nuevo el tren, coincidieron en el mismo vagón. Otra vez allí la muchacha comenzó con sus coqueterías excesivas.

Entonces la señora, en un momento en que aquella la estaba mirando, dijo con cierta sorna:

—Esto debería estar prohibido por la policía.

La chica se rio al oírla y salió del vagón en actitud muy provocativa.

Hay gentes españolas que han llegado aquí, huyendo de algún pueblo de Cataluña o de Valencia, y han venido a París y creen que son turistas, y aunque no tengan un cuarto, van a los museos y a los teatros, y no les espanta la idea de que muy pronto se van a quedar sin un céntimo.

Noto que en el sitio donde estoy, la mayoría de los rojos que vienen de España cierran al salir su cuarto con llave. Ignoro si tendrán algunos papeles importantes que guardar o algún dinero. Yo dejo mi cuarto abierto, no sé si porque no soy comunista o porque no tengo nada que puedan robarme.

Una de las preocupaciones muy naturales de los jóvenes emigrados es el pensar cómo resolverán su vida, qué harán, en qué trabajarán. Algunos tienen actividad y acometividad, otros se dejan llevar por los acontecimientos del momento, otros no se preocupan de nada.

Aquí es muy difícil encontrar un modo de vivir. Sin carta de trabajo no se da colocación alguna, y sin tener ya trabajo, no se da esa carta. Es un círculo vicioso del cual es muy difícil salir.

El ambiente es contrario para todos. Una señora que vive en la ciudad universitaria salió al anochecer a comprar el periódico *Le Jour*. Sin duda, la vendedora era socialista y llamó a la señora fascista y partidaria de la esclavitud. La señora tuvo que meterse en un portal, porque la gente se le acercaba con actitud de amenaza. Esta señora es la mujer de un profesor escapado por rojo.

Son muchos los que se aprovechan de este ambiente para echar leña al fuego contra nosotros. En un artículo de Duhamel he leído: «Los españoles, antes, con la ayuda de la enfermedad, quiero así reconocerlo, han suprimido totalmente la población de ciertas islas».

No comprendo para qué se inventan estas estupideces. Cada pueblo europeo ha hecho bastantes brutalidades para no tener que inventar nuevas y achacárselas a los demás. Esto me parece una estupidez y una falsedad. Bastantes condiciones malas tiene el español para inventarle otras nuevas.

¿En qué islas españolas han producido esas enfermedades para suprimir la población?

Este escritor Duhamel es un lacrimoso, de una vulgaridad y de una imprecisión verdaderamente extraordinarias. Este señor, que escribe un libro tan malo sobre Moscú y otro tan malo y tan pedante como el primero sobre los Estados Unidos, no puede decir más que tonterías. Es curioso cómo los franceses, que pretenden muchas veces tener un punto de vista internacional, son los más patrioterros de Europa.

A mí me da la impresión de que los periódicos franceses no tienen interés por nosotros, no quieren aclarar lo que ha ocurrido ni lo que ocurre en España. Quizás a su público le pase lo mismo. Lo lógico parece que sería preguntar a los españoles que tienen preocupación por esto y decirles:

«¿Qué es lo que ha pasado en España? ¿Cuál es su opinión? ¿Qué es lo que ha visto usted con sus propios ojos? ¿Qué es lo que legitima la violencia y el horror de los acontecimientos?».

Esto, que parecería lógico, es lo que no se hace, y se prefiere hablar de la opinión del periodista francés que no sabe español, que no ha estado en España y que no tiene idea de lo que ocurre en ella.

Es raro. Creo que nosotros, por torpes que seamos, no haríamos esto. Si hubiera una revolución en Polonia y vinieran a Madrid polacos, les preguntaríamos a ellos qué carácter tenía su revolución y qué causa. Si tuviéramos dinero y medios, creo que cualquier periódico nuestro enviaría corresponsales para enterarse *de visu* de lo que ocurriera en Polonia.

La indecisión y la falta de objeto es la que da a los escritores españoles el aire pesimista que han tomado en esta época. Somos como las ratas que ocupan una casa que se está desmoronando, por entre las rejas y las bocas de las alcantarillas.

Si tuviéramos la idea de una misión, de intentar hacer algo dentro o fuera de

España, nos encontraríamos fortalecidos; pero sentimos la convicción de que no tenemos papel ninguno que representar, y de un lado y de otro nos gritan que sobramos, que estorbamos, y después de decir esto, nos acusan de no ir a un lado o al otro.

Leo en un artículo francés que en España hay dos místicas que se han puesto frente a frente: una, la mística anarquista-comunista, de tendencia internacional; la otra, la mística patriótica y nacional. La una pretende una justicia distributiva entre los hombres, y la otra, el engrandecimiento de la patria.

Todo eso me parece a mí palabrería. No sé por qué hay que llamar mística a lo que se llamaba antes opinión; son ganas de echárselas de original empleando palabras distintas de las corrientes.

Francia tiene un poco, o por lo menos lo tenía antes, el carácter de ser la academia de Europa. Por esto es un poco lenta y retardataria, como todas las academias. No es impresionista, ni histórica, sino solemne y suntuosa. Los prestigios de otros países han tardado mucho en reconocerlos. Shakespeare, Dickens, Velázquez, Dostoyevski han tenido que esperar mucho tiempo a ser reconocidos en Francia. Al principio, no les opusieron más que reparos.

Los americanos han creído que París y Francia no eran la academia, sino un centro comprensivo y moderno. En eso creo que se han engañado.

París y Francia hacen una campaña de atracción muy natural en relación a la América española. Les conviene que la capital espiritual de lo que llaman ellos la América latina sea París, y así es, en realidad.

Mayor derecho, si para estas cosas hubiera derechos, sería el que hubieran elegido Madrid o Roma; pero estas dos ciudades no han tenido posibilidad de ejercer atractivo en pueblos nuevos.

Como París, más o menos oscuramente, ha buscado ser la capitalidad del mundo latino, acoge benévolamente a los hispanoamericanos, con mucha más cordialidad que a los italianos, españoles o portugueses. También influye el que estos americanos son ricos y nosotros no.

IX

Mi querido amigo Azorín, a quien conozco hace más de cincuenta años y me vio un día en el salón de la Casa de España rodeado de damas muy elegantes y muy decorativas, la mayoría inglesas y norteamericanas, escribió un capítulo en su obra *París*, acerca de mí, que yo reproduzco:

BAROJA, EN EL COLEGIO

«Baroja está en el Colegio Español de la ciudad universitaria. Baroja ocupa, en el tercer piso, un cuartito con una cama turca, un lavabo, una mesa y un estante con libros. Se levanta Baroja antes del amanecer, se pone a escribir, está escribiendo hasta media mañana, baja entonces al vestíbulo del Colegio y charla con las personas que encuentra. Habla Baroja de coetáneos suyos como un naturalista habla de los ejemplares que describe. No creemos que el naturalista le tenga hinchado al tigre, al oso o al caimán. No tenemos los españoles hábito de la crítica: no sufrimos, por ejemplo, que se entretaja la censura con el elogio, cuando se habla de una gran figura de los tiempos clásicos o de los modernos. Todo ha de ser elogio exaltado. La censura, sin embargo, beneficia al censurado, si el censurado tiene personalidad; del examen crítico, por áspero que sea, sale el examinado más fuerte que antes. Vemos al escritor en más varios aspectos; si antes lo veíamos por un lado tan solo, ahora lo vemos por los cuatro. Y si el personaje examinado no tiene robusta y auténtica personalidad, entonces de nada sirve el elogio encendido; acabará de todos modos por hundirse total o parcialmente. En Francia, aun los literatos más prestigiosos sufren la crítica de los examinadores rigurosos. Libros como el que forman los apuntes para un libro sobre Miguel de Montaigne, que pensaba escribir Guillermo Guizot, no se tolerarían en España con relación a Cervantes, a Lope de Vega o a Calderón. Clamaríamos contra la irreverencia. No sabemos perdonarle a un erudito del siglo XVIII el que prefiera el *Quijote* de Avellaneda al de Cervantes. Ha sido curioso el modo de recibir las Memorias de Baroja por parte de ciertos lectores; al publicarse el libro, la actitud aludida ya se ha modificado. Pasará el tiempo y este libro se considerará como clásico. Con toda serenidad se examinarán sus juicios y se decidirá de su exactitud o inexactitud. Adviértase que no hay que confundir en el caso de Baroja lo literario o iliterario con lo moral o inmoral. El caso de Baroja no es el de Moratín respecto a Cornelia, o el de Lomaitre respecto a Ohnet. Todavía Baroja no ha dejado sin comer, o poco menos, con sus censuras a un compañero de letras.

»A las once come Baroja; lo hace sumariamente, en el comedor de la ciudad universitaria, no famoso por su abundancia y variedad. Ha pasado Baroja la mañana trabajando; ha dado su opinión sobre los asuntos del día en el pórtico del Colegio, y ahora, a primera hora de la tarde, se dispone a ser el caballero cumplido; ha de visitar a una dama que tiene gusto en conocerle. Pío Baroja, en su etapa de París, es muy requerido por las señoras; las atiende Baroja solícitamente; conversa con sus admiradoras en el mismo tono libre con que habla por las mañanas en el Colegio Español. Siempre en torno a un literato célebre giran y tornan a girar señoras o señoritas curiosas; ansían ver cómo es el monstruo: el monstruo de la barraca de la feria, la mujer barbuda o el carnero bifronte. Entre todas estas admiradoras las hay adventicias y las hay estadizas. De todos modos —y esta es nuestra experiencia—,

admiración fervorosa en dama es como amor de niño o agua en cesto: acabará siempre por ir extinguiéndose paulatinamente. Baroja sonrío amable a sus admiradoras de París o Madrid. En París es más fácil tratar con las admiradoras: los prejuicios de estas letradas son flojos. En estas conversaciones con las admiradoras solemos asentir a los prejuicios que se nos manifiestan; lo hacemos por condescendencia, aunque tales juicios o prejuicios nos parezcan absurdos. Baroja no tiene esos escrúpulos; en sus charlas con las damas tiene Baroja el atractivo de lo imprevisible. ¿Qué es lo que Baroja va a decir, en una tertulia femenina, de tal o cual escritor?

¿De qué modo va a escandalizar Baroja a esta o la otra señora que admira a tal o cual poeta o novelista? Entre caballeros, la cosa no es tan arriesgada; todos, poco más o menos, pensamos lo que dice en alta voz Baroja; lo pensamos, pero no nos atrevemos a decirlo. Y si lo dijéramos, sería con restricciones respetuosas, que Baroja escucharía encogiendo los hombros. No será descaminado el pensar que, si Baroja tiene tanto partido con las señoras, es por el incentivo del insólito producirse.

»Baroja vive en el Colegio; no es este su sitio, de un conoedor de París, como Baroja. Conoce Baroja París en todos sus recovecos. El sitio de Baroja sería un sitio a lo Balzac y del tiempo de Balzac. Vamos a ver si lo encontramos. Viene Baroja con el autor de estas líneas; nos acompaña en la perquisición Miguel Pérez Ferrero, secretario ocasional, aquí, en París, de Baroja. Estamos ante la iglesia de San Germán de los Prados; nos sentamos un momento en la glorieta de la izquierda del templo, entre frondas y piedras viejas. Cuando hemos descansado, comenzamos a caminar por la calle de la Abadía, la calle que está junto al jardincito. Al final —son cuatro pasos— doblamos la esquina y entramos en la callejita de Furstemberg; se hace aquí como una reducida plaza; hay un entrante en la manzana de casas que forma el frente de la calle. Esta manzana se encuentra entre la calle de la Abadía, por donde hemos venido, y la de Jacob. Entramos en una vieja casa, en el grupo del frente; pasamos por un corredor; para trasponer una puertecita, debajo de una escalera, casi hemos tenido que agachar la cabeza. Caminamos un corto trecho y nos encontramos en un patizuelo sin carácter ninguno; el solo carácter que podríamos atribuirle sería el ser vetusto, como toda esta vivienda. Cuando hemos perdido ya la orientación, nos hallamos, de pronto, en otro patio; cuatro o seis altos árboles ponen en verano su verdura sobre el fondo de paredes desconchadas y viejas. A la derecha vemos un edificio, un solo piso con anchas ventanas acristaladas; subimos por unas escaleras laterales y estamos en un vasto ámbito desnudo. Podría haber vivido en esta anchurosa pieza el propio Balzac. En las paredes cuelgan cuadros con dibujos: escenas de Hamlet. Y se ve una puertecita por donde se pasa a unas habitaciones vivideras. El pintor que pintaba aquí era Eugenio Delacroix. Tenía aquí, en medio de París, silencio y soledad. El lugar era grato. No podía Delacroix morar en ningún sitio más a su placer. No podría Baroja, balzaquiano, encontrar vivienda más adecuada a sus gustos que este estudio de Eugenio Delacroix, en el profundo e ignorado patio,

con unos árboles solitarios y unas casas decrepitas enfrente. ¿Dejaría, acaso, Baroja los dibujos de Delacroix en donde están? Decimos acaso, porque no estamos seguros de ello; con Baroja, queridas señoras, no se está nunca seguro de algo. Pondría Baroja en este estudio algunos muebles viejos, comprados probablemente en el Mercado de las Pulgas; no se olvidaría de una buena estufa para el invierno, ¡y a vivir!».

X

Como era verdad que venían algunas señoras a hablar conmigo, una de ellas, polaca, me preguntó:

—¿Y usted de dónde es?

—Yo soy español.

—Pero no del Mediodía.

—No, soy vasco.

—¿Puro?

—No, tengo una mezcla de italiano.

—Eso le da el aire de un abate del siglo XVIII en sus conversaciones.

—Es posible; pero siempre será de un abate viejo, pobre y mal vestido.

XI

La poca fe que yo tuve siempre en que la República sirviera para mejorar la situación española no la oculté nunca. Cuando me preguntaban, antes de su triunfo efímero, cuál era mi posición con respecto a lo que se avecinaba, yo decía:

—Yo creo poco en la República.

En los momentos en que me ocupaba en redactar las impresiones autobiográficas que elegí para salir adelante del compromiso de leer un discurso a los académicos que me habían elegido para sentarme entre ellos, fui visitado por un periodista, Francisco Lucientes, al que, a la pregunta de si me agradaba la función de académico, le respondí:

—¡Hombre! Depende... Ignoro si serviré. No hay duda de que en llegando a viejo, los hombres se complacen con los honores, porque la vejez es pueril. Por otro lado, la Academia, según me dicen, tiene un edificio de mucho *confort*, las cuestiones que estudia parecen tranquilas, y los académicos, aunque gente un poco apolillada,

son personas amables.

Con relación al tema escogido para mi presentación, no siendo yo un escritor entusiasta del estilo alambicado, ni una lumbrera de la palabra, pensé que contarles algo de mi vida a aquellos señores de la Academia podría resultarles más entretenido que disertar, académicamente, en torno a un tema de estética, conceptuoso y pedante.

Si alguno se dolía de no escucharlo, podría consolarse con una doble compensación, pues estaban para ingresar Unamuno y Maeztu, que seguramente harían discursos de más tono que el mío. A Maeztu le iban a oír una especie de sermón sobre algo así como la poesía lírica, y Unamuno era de esperar volviera a decirnos que una palabra venía de aquí, y la otra de allá, monsergas a las que nuestro paisano era muy aficionado.

El periodista, por entonces poco amigo de hablar de letras, me llevó muy pronto a la zona de confidencias de carácter político y tratamos de la situación española del momento, y yo le dije:

—Yo, esto no lo veo ni bien ni mal; sencillamente, no lo veo. Si no hubiera extremistas rojos y extremistas blancos, no habría ya República. Parece que el régimen perfecto de España, por lo menos el de más uso, podría llamarse «compás de espera». Esto de «compás de espera», que lo han inventado los periódicos, es en política lo más español que conozco. Respecto a hombres, ¿qué voy a decirle? Les quitamos la retórica, ¿y qué queda? Nada. Gil Robles, que ahora suena mucho, es un hermano espiritual de Azaña. El uno es de Alcalá de Henares, con todas sus consecuencias, y el otro de Salamanca... Algunos amigos me dijeron que Calvo Sotelo valía poco, y, sin embargo, el otro día leí un discurso de este y me pareció un hombre muy inteligente. La solución, a mi juicio, se encuentra en una especie de dictadura técnica. Este régimen, en serio, a salvo de vaivenes políticos, organizaría el país para que todos comieran. ¿Por qué se agotan generaciones y generaciones intentando sacar trigo de un terruño estepario? Que se roture España a fondo; sepamos cuántos somos a comer, de dónde se ha de comer y la forma más práctica de conseguirlo. No añadiré que el Estado debe dejarse de fantasías. ¡Porque hay que ver las cosas cómicas que ocurren en España! Por ejemplo: ahora Villalobos se empeña en que todo el mundo estudie griego. ¿Y qué? Claro que no está mal aprender, aunque sea el griego. Pero supongamos que España consigue, tras de un dispendio horroroso, poseer cincuenta helenistas; cincuenta señores que nos explicaran los mil motivos por los que calca se escribe con dos *c* y no con dos *k*, o viceversa. ¿Y qué?, repito. ¿Van a mejorar los helenistas españoles la obra de Leconte de Lisle? ¡Y aunque la mejoraran!... ¡Eso no vale nada!... A los griegos, se les quita Sófocles, Eurípides y Aristófanes, que son magníficos, y son tan lugares comunes como los latinos. Estamos viviendo en España actualmente la moda que impuso el reaccionarismo francés: «Las humanidades no enseñan datos; enseñan a ser hombre». Un tópico que hoy, intelectualmente, como preocupación estatal, no rige en ningún sitio. Esto del griego a todo trapo es tan divertido como si desde *La Gaceta* se ordenara la

protección a la industria de fuegos artificiales.

XII

—¿Cómo vive usted? ¿Qué hacía usted en Madrid?

—Lo mismo que aquí —contesto yo.

«Uno escribe, porque en España el tiempo hay que pasarlo de algún modo. Escribir no tiene mayor importancia que otro menester cualquiera. Lo único importante que yo le veo es que no se gana para vivir. Yo, con la pluma conseguía, el año que más, unas cuatro o cinco mil pesetas. Y cuente que, según los editores, soy de los que venden más. Aquí, desde el duque al chófer y desde la cocinera a la gran dama, nadie se preocupa del libro. La vida actual tiene muchas exigencias inmediatas: el naturismo, el sol, el automóvil, la buena mesa, el baile, las piscinas, el cine, la aventura... ¿Y dónde está quien, por recreo, se encierre a solas con un volumen para pasar la tarde? Esto ya no lo concibe la gente.

»Se escribe poco y malo; decae la novela... ¿Y qué? ¿Quién que no sea un loco o un descentrado va a ponerse a escribir novelas en el mejor de los casos, por menos de trescientas pesetas mensuales?

»El espectáculo es muy sencillo de resumir: no hay literatura buena, porque no hay un céntimo para quienes la producen, los viejos están mandados retirar, y los jóvenes con talento persiguen la gloria y la fortuna en actividades más fáciles. Y, claro, los pocos jóvenes que se arriesgan en literatura son unos pelmazos que no hay quien los soporte. Lector que atrapan, lector que curan de la funesta manía de leer. El público, en cambio, lo que sí compra es el libro-mueble. Yo conozco a pobres diablos que no gastan dos pesetas en un libro razonable y se suscriben a la *Historia de la Arquitectura Universal*, en treinta tomos, por cuatrocientas pesetas, y conozco clase media provinciana que sueña con poseer el Espasa..., como me decía una señora, “¡porque hay que ver lo bien que decora una habitación!”.

»No estoy quejoso de mi profesión. ¡Para qué! Escribo, materialmente, sin esfuerzo. Miro al reloj y me digo: “Falta un cuarto de hora para cenar; voy a entretenerme haciendo unas cuartillas”. Y las hago. Por lo común, trabajo por la mañana y algún ratillo de noche. No necesito ningún estímulo artificial; no bebo; fumar, poco: un pitillo después de las comidas, y estas muy breves.

¡Hay que cuidar las articulaciones! Las novelas las escribo divirtiéndome, sin preocuparme mucho de la acción. Luego corrijo y pulo, en lo posible, la prosa.

«Paseo mucho. En invierno, las tardecitas de sol soy feliz. La vejez sin enfermedades es una edad deliciosa. Ya no hay prisas, ya no hay apetitos urgentes de ningún género, ya no hay problemas. Todo me distrae. Veo por ahí a la juventud,

chicas y chicos juntos, muy moderna aparentemente y, en el fondo, igual a la nuestra. Oigo sin que me adviertan. Y es lo mismo, exactamente lo mismo: sigue la gente sin sentir afición a nada. Les gusta el teatro, el deporte y sobre todo el cine. Ellos concluyen ganando unas oposiciones, y ellas, si consiguen casarse, son tan felices como sus abuelas.

»Paseo calles, muchas calles.

»Soy un curioso de Madrid. El antiguo, achaque de viejo, me gustaba más. ¡Aquella Castellana inolvidable, limitada por la verja del Hipódromo y la estatua de Isabel la Católica! ¡Aquel Madrid hecho para el carro y, como todo lujo, para el coche de dos caballos! ¡Aquella Carrera de San Jerónimo! Atardecido, parecía un ascua. Luces, gentío, risas... En la librería de Fe se formaban grupos exhibiendo su inmortalidad, Campoamor, Silvela, Galdós... En Lhardy, los petimetres y gomosos, con Benlliure y Saint-Aubin a la cabeza. Las señoras, como ídolos fabulosos, cargadas de sedas, plumas y alhajas, pasaban y repasaban por su fielato: “Allí va la Laguna. Allí va la tal. Allí va la cual”. ¡Aquel Madrid!

»¿Quién me había de decir, cuando me daba por feliz con una vejez oscura, sin prisas y sin inquietudes, que me aguardaban tantas preocupaciones e inquietudes, contra mi deseo de vivir tranquilo y fuera de la política y del tiempo?

—Y usted ha debido llevar vida casi heroica para satisfacer su manía.

—Sí, es verdad, casi heroica.

—¿Y en qué pensaba usted al hacer ese sacrificio? ¿En la fama? ¿En la inmortalidad?

—No, la verdad, no pensaba en nada.

—Ve usted, eso es lo nefando, el público que tiene cierta idea moral en la cabeza no puede comprender que se haga algo sin objeto ni próximo, ni lejano.

XIII

Creo que nos encontramos en un periodo histórico en que todo está en crisis: religiones, democracia, parlamentarismo y libertad. La democracia y el parlamentarismo no van a ningún lado. En cuanto al marxismo, lo creo irrealizable. El hombre no cambia. El Estado, ocupándose de todo, lo hará muy mal.

No creo que se pueda llegar a gran cosa con esta naturaleza satánica de los pueblos mediterráneos. Somos los eternos disconformes. Por otra parte, ese evangelio de Marx es bastante ridículo y viejo. Tiene ya un siglo. Sus predicaciones fundamentales se han visto fallidas, como lo de que la revolución social vendría de Inglaterra, que es el país donde más resistencia se opone al socialismo.

En cuanto a España, hay vastas regiones de una pobreza horrenda, que para

modificarla se necesitaría mucha energía y mucho dinero. Naturalmente toda la población tiende a acercarse a regiones ricas y feraces.

La vida de antes era más dulce. La de hoy es poco espiritual. Solo ofrece el deporte, y el deporte no puede hacerlo uno, por estar ya viejo. El deporte es casi todo en la vida de hoy. Por eso la vida actual es muy seca, muy dura, muy mediocre. Los escritores no conformistas quisiéramos que se pusieran en claro las bases de la vida y de la política, y tal vez, al ponerse en claro, fueran perdiendo su encanto. Al final de todo no sabe uno nada.

Yo, por ejemplo, de mis libros prefiero las cosas vascas. También *El árbol de la ciencia*, que es un libro tétrico, me gusta. Pero no sé qué pensaría al cabo de cien años, si los viese. No creo que haya aprendido gran cosa desde los treinta acá. Únicamente se ha debilitado uno, ha perdido la rigidez. Se vive en una nebulosa hasta cumplir esa edad. Luego se aclara el horizonte. Después entra la duda, y se queda sin saber qué afirmar.

Una señora venida de Bilbao me decía hace poco:

—Allá se sigue diciendo que ustedes tienen mucha culpa de lo que ha pasado y de lo que pasa en España.

—¿Quiénes?

—Los escritores.

—Pero... ¿es verdad?

—Sí, sí, tanto las señoras como las cocineras hablan de las muchas cosas malas que han traído al país los escritores y los intelectuales.

—¡Qué ridiculez! Si en Bilbao no ha leído nunca nadie. Es el mito más estrambótico que se ha podido imaginar, yo no comprendo cómo se puede creer una tontería semejante. La mayoría de los escritores españoles hemos tenido una influencia escasísima en la mentalidad del país, no nos hemos ocupado de política.

¿Cómo se va a influir en un país de veintisiete millones como España que, unido a Hispanoamérica, llegará a setenta u ochenta con las ediciones que se hacen de nuestros libros, de mil o dos mil ejemplares a lo más? Galdós haría de los *Episodios* dos mil ejemplares. Saque usted la proporción, y verá qué cosa más risible resulta.

—Será así; pero la gente lo dice.

—La gente dice vaciedades. Es una herencia de estupidez que viene de lejos. La actitud indiferente de los escritores por la Monarquía era de frialdad, con los republicanos se hizo de antipatía y con los comunistas y falangistas se ha convertido en hostilidad. Se ve que en estas cuestiones los españoles viven con ideas míticas y perfectamente ilusorias.

Yo hablé hace tiempo de un periodista, Luis Morote, que se ocupó en un artículo, hace muchos años, de la generación del 98. Morote, al principio de su artículo, decía que los escritores de esa generación fantasma no habían sabido escribir libros populares que penetrasen en la sociedad y llegaran a las masas, y después añadía que la influencia de la generación del 98 era nefasta. Ahora, cómo una literatura que no

llega a la masa puede influir en ella y ser nefasta, eso no lo entienden más que los metapsíquicos y los articulistas de fondo. La presunta generación del 98 debió de tener, según Morote, una acción catalítica.

—Búrlese usted; pero es lo que dice todo el mundo.

—No, si no me burlo. Yo soy de los que creen que, si a uno lo acusan de que ha robado las torres de Nuestra Señora de París, lo más prudente es echar a correr. Ya hemos visto en periódicos reaccionarios, donde la pedantería tiene la máxima eficiencia, asegurar que a España la ha perdido la filosofía de Kant. Lo mismo se podría decir que la ha perdido la teoría de Einstein o la proximidad del planeta Marte.

—Usted haga chistes; pero esa es la opinión, y yo se lo advierto.

—Yo le doy a usted las gracias, pero me río de ello.

Siempre pensé que el advenimiento al poder de las masas, fueran rojos o blancos, traería enseguida consigo la hostilidad contra todo el que quisiera ser independiente y tener un espíritu liberal. Por eso miré con la misma suspicacia a unos que a otros.

XIV

Bastantes años antes del movimiento revolucionario, un amigo mío encontró en el tren a José Antonio Primo de Rivera. Por lo que me dijo, hablaron los dos extensamente de política y de la actitud de los escritores. Primo de Rivera era, al parecer, muy lector de Ortega y Gasset y muy partidario suyo. Por lo que me dijo el amigo, tenía datos sobre la actitud que podrían tomar escritores como Ortega, Azorín, Unamuno, Pérez de Ayala y otros varios.

—¿Usted conoce a Baroja? —le preguntó después.

—Sí.

—¿Y qué actitud tomará?

—A ese ya no le interesa la política. Se siente viejo y aislado. Es un individualista, un solitario y un bibliófilo, y no querrá colaborar en nada. Él cree que ha pasado su tiempo.

Un año antes de la revolución o no sé si más, en un viaje que hice por Andalucía, al llegar a Sevilla me dijeron que el anarquista Durruti, a quien había conocido en Barcelona, estaba en la cárcel del Populo. Fui a verle y estuve hablando con él. Me salió con la pregunta estólida de que por qué los escritores nos llamábamos intelectuales.

—Veo que tiene usted la misma preocupación que el general Primo de Rivera, que hablaba de los autointelectuales —le dije.

Mi observación no le hizo ninguna gracia.

Yo aseguré que no había oído a nadie llamarse intelectual; pero que si alguien así

lo hacía, no indicaría mayor petulancia que llamarse médico, diplomático o artista.

Porque si intelectual quisiera decir hombre de genio, algo como un Spinoza o un Kant, lo mismo médico, diplomático o artista querría decir ser un Virchow, un Talleyrand o un Goya; pero no quiere decir eso, y dentro de cada especialidad y aceptando los nombres, podría haber un intelectual modesto, como podría haber un médico, un diplomático o un artista de poca categoría.

Al final de nuestra conversación, que a veces tuvo notas violentas, me dijo Durruti, según ya lo he indicado en otra ocasión:

—Si nosotros, los revolucionarios, ganáramos la partida, a ustedes los escritores les dejaremos en libertad de seguir escribiendo.

—¡Hum! No sé, no lo creo —le dije yo—. Si ustedes ganaran la partida, yo me contentaría con que me dejaran irme a Vera, a cultivar las coles. Pero esto lo considero como una fortuna muy poco probable. Sería más seguro que tuviera que escaparme de España, si pretendía conservar la piel.

Algo parecido a lo de Durruti me dijo tres o cuatro meses antes del movimiento revolucionario un joven falangista en una librería de viejo de la calle de Jacometrezo, y yo repliqué lo mismo, que no creía que ellos nos dejaran a los escritores escribir en libertad, si triunfaban.

En todos los regímenes totalitarios donde hay el dominio de la masa no puede haber libertad, no la había ya ni en Alemania, ni en Italia, ni en Rusia, ni puede haberla tampoco en España. En España hay la herencia escolástica, que es una herencia semítico-romana. El que es hostil a una teoría o a un sistema no se contenta con rechazarlo, sino que necesita aplastarlo, exterminarlo, por lo menos con la palabra. Es la misma mentalidad del periodista Morote a que me refería antes. Hay que decir del enemigo que es malo, que nadie le oye, que todo el mundo lo desprecia, que nadie lo lee; pero al mismo tiempo hay que añadir que su influencia es nefasta.

Yo, como digo, creo que la literatura de los escritores de mi tiempo no ha ejercido influencia alguna en la masa española. En los cuatro años ya próximos que llevo aquí en París, he visto algunos españoles rojos, que escaparon antes o al final de su desastre. No he encontrado a ninguno que haya leído los libros de la gente de mi tiempo. Ni los míos ni los de los demás. Al revés, tenían todos ellos una gran hostilidad por nosotros. Estaban nutridos por artículos de Azaña, Albornoz, Marcelino Domingo, Jiménez de Asúa, etcétera.

En estas épocas, la pedantería del español se lanza a hablar del estilo. La mayoría de la gente no tiene la más remota idea de lo que es el estilo. Para ellos es esa pobre estupidez de los que creen que repetir frases antiguas es tener estilo, cuando precisamente eso es la negación del estilo; pero para muchos, si ven en un escrito algo ornamentado con frases de esas de cajón, como «holgárame yo muy mucho», «a mayor abundamiento», «por ende», «al filo de las nueve», «señores», etcétera, creen que eso es el gran estilo.

Yo supongo que esta es una inclinación étnica, semítica y mediterránea, que lleva

fatalmente a una retórica aparatosa. Todas las políticas terminan en una estilística amanerada y vulgar. Es el espíritu escolástico de los seminarios, que llega por incompreensión al desprecio de lo más auténtico y verdadero. El español político rara vez tiene el sentido de la verdad pura, y cuando el interés le impulsa a ello, mucho menos todavía. Yo no creo que dentro de la política que puede haber en lo escrito por mí se pudiera encontrar nada favorable al despotismo de masas. De encontrarse algo que pudiera tener carácter antidemocrático, sería más bien la defensa de una dictadura de gente inteligente, es decir, el predominio de los que saben y no el de los fanáticos de una idea absurda.

—Así que usted cree que los libros no influyen...

—Muy poco, pensando solo en las ciudades en las que de mis libros yo venderé un ejemplar por cada cincuenta mil personas al año. ¡Qué intoxicación! A un pueblo como San Sebastián, de cien mil habitantes, le corresponderían tres ejemplares de un libro mío en un año. ¡Un peligro terrible!

—Si se ríe usted...

—¿Qué otra cosa quiere usted que haga? Resulta verdaderamente grotesco. Es como la imputación a la filosofía de Kant. ¿Habrá tres personas que hayan leído y entendido a Kant en España? Creo que no. Es la pedantería la que quiere creer esas pobres entelequias. Que Kant ha influido, etcétera, etcétera, cuando no ha conocido uno a nadie que lo entienda. Lo mismo pasa con las teorías de Einstein.

XV

El pintor joven tiene un estudio bonito, con un ventanal que da al Parque de Montsouris.

Yo hablo del impresionismo y de la pintura impresionista, como de la única pintura moderna que tiene importancia. La obra del pintor no debe dar más ni menos que lo que da la propia naturaleza. Puede buscar lo que es eterno y duradero, como los pintores clásicos, y lo que es pasajero y que ellos convierten en eterno, como los impresionistas.

He oído decir que Cassou, en un discurso, ha asegurado que los artistas actuales no pueden pintar nada bueno, porque tienen como modelos personas de tipo insignificante, de pequeños burgueses. No sé si las cabezas de los comunistas serán más interesantes que las de los burgueses. No lo creo; pero con cabezas mejores o peores, si hubiera grandes pintores, habría posibilidad de grandes retratos. Creo que la política tiene que ver muy poco con todo eso. Lo que pasa es que la pintura está agonizando y después de los impresionistas no hay nada.

Estos pintores actuales que dan muchas explicaciones generalmente no pintan

muy bien. Tanta filosofía, tanto hablar de nuevas dimensiones, de que hay que construir, de dar la impresión del volumen, y luego hacen obras bastante vulgares y ridículas. Todo es jerigonza.

La verdad es que, en general, los artistas verdaderos son mudos y no tienen nada que decir de la filosofía de su arte, al menos con la pluma. Actualmente, el éxito de un escritor es señal de su mediocridad más que de otra cosa. En general, el éxito va en busca de los mediocres. Una obra de teatro tiene que seducir al público medio y vulgar. La obra interesante que, como es lógico, no se sabe al principio qué valor absoluto tiene, va conquistando poco a poco al público selecto y después se extiende entre el vulgo. En nuestro tiempo el genio es raro.

En lo del cubismo yo repetiría aquella frase de Chamfort, de un joven que decía: «Yo no tengo la culpa de que me gusten más las mujeres que me gustan, que las que no me gustan». Esto es lo que me pasa con el cubismo, que no me gusta; pero creo que es indudable que, si viera algo en él que me pareciese interesante, me gustaría y lo diría.

Un joven que me oye dar estas explicaciones me contesta que el estilo cubista es tan importante en el arte y en la industria como el estilo del Renacimiento o el Barroco. Es difícil pensar cómo se pueden creer tales tonterías.

Empiezo a sospechar que el pintor amigo mío bebe más de lo regular, y creo que su hija se está acostumbrando también a beber. Es una lástima que esta chica, tan inteligente y con tan buenas condiciones, vaya por ese camino; pero me parece que, impulsada por las circunstancias, ese es el que sigue. La veo que bebe cerveza y vino con cierta delectación, y después de comer toma, como su padre, una o dos copas de licor. De esto me figuro que proceden las manchas rojas que a veces se le descubre en la cara.

¡Qué sino! Una mujer así, inteligente, bondadosa y amable, que va a convertirse en una solterona borracha. Es cosa triste, pero casi fatal. El egoísmo del padre la ha aislado por completo. La hija de este padre egoísta no vive como se vive en París, sino como si viviera en una aldea.

La chica del escultor tiene un tipo muy parisiense, la cara pálida, los ojos azules, los labios descoloridos, el pelo rubio. A primera vista, no hay en ella nada saliente; pero al cabo de algún tiempo de conocerla, se ve que es una mujer de una inteligencia clara. Por su aspecto parece decir:

«Yo no pretendo nada, ya sé que no tengo nada de particular». Y esa sencillez nos la hace simpática.

—Yo siempre estaré contra la moda —dice el escritor.

—¿Por qué siempre? A veces la moda puede tener razón.

—Yo creo que nunca.

—Eso parece como tener un doctrinarismo al revés.

—Acepta uno —me dice— esta vida pobre y mísera; pero a veces se siente un momento de depresión.

—¿Y por qué se ha de aceptar esa miseria? Yo creo que no ha hecho usted nada para merecer esa mala suerte.

—La justicia no reina en la vida y se siente una profunda desgana por todo.

—No se sabe si es mejor ser perseguido con motivo o sin él, porque si hay motivo, no tiene uno derecho a protestar; en cambio, si no lo hay, toma la persecución un aire de injusticia que irrita más.

El mundo siempre estará regido por el egoísmo. No se comprende cómo esto lo puede extrañar a una persona inteligente. Es algo fatal. También, sin duda, es fatal la protesta contra ello. Casi todo el mundo piensa que desperdicia la vida al recordar lo que ha hecho y sigue haciendo; pero si hubiera hecho lo contrario, tendría la misma sensación de haberla desperdiciado.

XVI

Este señor me dice que los españoles tenemos algo de gente desencantada. Para él, Séneca, Cervantes, Loyola, los conquistadores, Gracián, son por el estilo. No tienen idea más que de la fuerza. En los demás países hay más optimismo. Entre nosotros, según él, no lo hay.

Dando por cierto que esta desilusión fundamental del español inteligente sea cierta, yo creo que en algunos casos resulta perjudicial pero en otros no.

Yo no entiendo nada de economía, y me figuro que parte de la descomposición actual de los países viene principalmente de la falta de crédito. No hay nada que tenga crédito actualmente, ni material, ni espiritual, y faltando como falta el crédito, lo único que se impone es la fuerza bruta.

El escritor está descontento de su vida y de sus obras. Seguramente piensa que debía haber tenido más éxito con ellas y mejor suerte, aunque después asegura que el éxito es patrimonio de los cucos y la suerte, de los tontos.

Yo no soy muy optimista; no me veo a mí mismo lleno de cualidades y a los demás tampoco. Sin embargo, yo noto que para defender mis malos instintos de cólera, de venganza o de egoísmo, tendría que legitimarlos con argumentos, y la mayoría de la gente no necesita legitimarlos con nada, los siente y los acepta sin tener que otorgarse un motivo con un silogismo.

Hablo con un joven que parece ha oído una conferencia en la que, cuenta, se preconizaba el verso sobre la prosa, y me dice:

—No cabe duda de que debe ser más difícil, porque tiene más reglas.

—Por el mismo motivo —le digo yo— se podría creer que es más fácil, porque cuantas más fórmulas claras haya para hacer algo, hay más seguridad para ello. Pensar si el verso o la prosa es más fácil, en bloque, es una cuestión completamente

bizantina y sin valor.

También dice que la novela tiene que tener una construcción y una moral. Tampoco lo creo. La novela terminaría siendo un arte pedagógico y docente. El gran arte no ha sido nunca así. ¿Qué se desprende de la lectura de los dramas de Shakespeare, de las comedias de Moliere o de Don Quijote? Nadie lo sabe.

He conocido a un joven asturiano muy activo y muy emprendedor. Tiene diecinueve años y se busca la vida como puede. Ha leído *El rojo y el negro*, de Stendhal, creyendo que esto le serviría como un tratado práctico para la vida, sin duda escrito en artículos, como un código. Cuando ha visto que no es así, es cuando, sin duda, se ha desengañado.

En cambio, le gusta *Graziella*, de Lamartine. A pesar de ese gusto, recuerda lejanamente a Julián Sorel, el protagonista de la novela de Stendhal.

Me acude su recuerdo a la memoria, porque ese joven asturiano ha ido a una recepción que ha dado el arzobispo de París a los estudiantes. Estos jóvenes de la ciudad universitaria son católicos, y no sé por qué motivo han ido a ver al cardenal Verdier, al que, por cierto, han encontrado muy feo. Les ha echado un discurso, más que un sermón, muy lleno de reflexiones prácticas. El cardenal Verdier vive en una calle próxima a la de Babilonia.

Es terrible pensar que los hombres se matan no por ideas, ni por doctrinas, que ya sería un motivo bastante mísero de matarse, sino por palabras cuyo significado, en general, no conocen. Entre esta gente que se las echa de revolucionaria hay un asturiano a quien he citado antes. Siempre está hablando de la situación mísera de los obreros; pero él se las ha arreglado para vivir cómodamente. Su chico, que es un gandul y que no hace nada, busca divertirse. El otro día estuvo en una comida que dio el niño del embajador de España en París a cinco o seis personas, y gastaron más de seis mil francos. Este asturiano ha regalado a su hijo una máquina fotográfica que le ha costado cinco mil francos.

XVII

Desde el ventanal del estudio del pintor veo el Parque de Montsouris: los árboles sin hojas componen como un arabesco sobre el cielo, de un color gris. Pasan las nubes pesadas y luego se ven las rayas que trazan en el horizonte las gotas de la lluvia primaveral. Se descubre enfrente el tejado de una casita de color verdoso. Entre las ramas, dos cúpulas se entrevén azules. Bandadas de pájaros pasan y desaparecen. Después, entre el follaje, brillan algunas luces blancas y rojas.

Desde el ventanal del estudio con sol, entre las ramas de los árboles, vuelan las palomas. A lo lejos, a la izquierda, se destaca la torre Eiffel entre el ambiente

brumoso.

En la ciudad universitaria hay una iglesia, y esta iglesia tiene una campana muy bien timbrada, una campana que suena como si fuera de aldea, que oigo siempre con mucho gusto.

Al anochecer toca otra campana en el Parque de Montsouris, que parece como el esquilón de una ermita perdida en el campo. Entonces todo el mundo se apresura a salir por las puertas del parque.

Para salir de Francia no había sin duda representación diplomática de España en París y había que pedir un pasaporte Nansen de apátrida, casi de mendigo. No había otro para un español. Voy a la Legación de Suiza para pedir la entrada en este país. Está en la avenida Hoche, 51 y 53. Me dan una hoja azul, que dice: «Petición de entrada en Suiza para extranjeros sin nacionalidad, refugiados, rusos», etcétera.

Hay que llenar el impreso con una porción de datos, personas que uno conoce en París y en Suiza, medios con que cuenta para vivir y otra serie de cosas. Viene a ser, lo que a uno se le pide, como una confesión laica.

Hablo con el conserje de la legación y le digo que tengo pasaporte, y se lo presento. Sale un señor y me pregunta en castellano:

—¿Piensa usted ir a Suiza?

—Sí.

—Allí se está bien. Es un país tranquilo.

Luego viene otro caballero alto y una señora pálida, los dos españoles, con una suiza casi enana.

—Parece que aquí todos somos españoles —digo yo.

—No conviene hablar —me dice el señor, que ha hablado antes en francés.

—Pues ¿por qué?

—Es comprometido.

Me dan ganas de preguntarle:

—Entonces, ¿para qué me ha hablado usted?

La señora pálida carece de pasaporte y, por lo que cuenta, ha escapado de Barcelona.

Vamos a la oficina del cónsul, tengo que llenar dos hojas azules que deben servir para la burocracia internacional. Hay que contestar a una serie larguísima de cuestiones. Ya provisto de este documento, me dan el billete del tren y voy a Basilea.

NOVENA PARTE

EN SUIZA

Al salir de París, vinieron algunos amigos españoles para despedirme, y Marcela y su hija, que me trajeron algunas golosinas para el camino.

Llegué a Basilea de noche. Después de presentar el pasaporte, encontré en la estación a mi amigo Paul Schmitz. Fuimos en auto hasta su casa, situada fuera del recinto de la ciudad, cerca de la Batería.

La casa se encontraba en un altozano, a una media hora o cosa así de la población. Por una ventana de la escalera que daba hacia el norte se veía entre los árboles una línea de montes bajos y una cinta ancha azulada, que era el Rin.

Me mostraron un cuarto grande, bastante bajo de techo, con una gran ventana que daba al sur. Había allí un gran silencio. A veces, los alambres del teléfono o los del telégrafo se dedicaban a murmurar. Parece que no es el viento el que produce ese murmullo, sino los cambios de temperatura. Desde esta casa se veían pasar no solo muchos cuervos, sino también aeroplanos. Las urracas solían cruzar el campo y reposar en los árboles.

Desde la ventana se contemplaban campos de trigo y de avena rectangulares, entonces amarillos y rojizos, en donde el viento producía oleadas. Se veían también cuadros verdes, de remolachas y de patatas; más lejos bosques, y, en el fondo, los montes del Jura, azules bajo un cielo con frecuencia nublado.

Muchos de los árboles estaban en flor y el canto del cuco anunciaba la primavera.

Había en la habitación que me cedieron una cama pequeña, muchos libros, algunas estampas, varios cuadros y un globo terráqueo escolar construido en París. En Francia, me sentía ya un poco irritado por las conversaciones y la lectura de los periódicos. Allí, en Basilea, todo estaba tranquilo, rodeado de una calma extraordinaria.

Sin embargo, a los suizos, como a los franceses, les preocupaba la guerra internacional, como muy posible. Se les oía decir: «De la guerra mundial pasada nos pudimos escapar; pero de esta va a ser difícil. Hay que prepararse para lo que venga».

Todos los países estaban excitados con el conflicto europeo. Hay que pensar que la guerra es inevitable, o creer que el camino que ha tomado la civilización es malo, porque vivir cada veinte o treinta años con una matanza general, evidentemente no resulta una perspectiva halagüeña.

Se piensa que la guerra no tiene relación ninguna ni con la verdad ni con la razón, ni con la piedad ni con ninguno de los sentimientos generosos que tantos siglos han tardado en dominar al hombre. Es un residuo ancestral y malvado.

Leí por entonces en un periódico algunos trozos traducidos al francés de una obra de Ludendorff sobre la guerra total. Me parecían las opiniones del jefe germánico una manifestación de brutalidad y de cinismo.

Antiguamente, el caballero tenía los máximos prejuicios y los mayores deberes. Esto es lo noble. Hasta en los oficios no caballerescos el hombre que se exponía a la muerte por ganarse la vida, el gimnasta o el torero, iban solos. El militar, según Ludendorff, debía emplear todos los procedimientos más innobles e indecorosos. Le citaría amistosamente al enemigo y, si podía, le cortaría la cabeza cuando estuviera durmiendo.

Los ayudantes suyos lo robarían, si les era posible, lo mismo al que luchara contra ellos que al pobre diablo que trabajaba en el campo. No se respetaría ni a la mujer ni al niño.

Verdaderamente, la invención de la guerra total no es ninguna maravilla; la hacían los hombres prehistóricos sin necesidad de calentarse la cabeza ni hacer programas ni silogismos. Fue más difícil llegar a la cortesía antigua y a decir, como en la batalla de Fontenoy entre ingleses y franceses: «Ustedes primero, señores franceses».

La guerra, según Ludendorff, tenía que ser ya una guerra como de animales o de insectos. Una guerra parecida a la que hace el pómpilo a la araña, o la araña a la mosca, valiéndose de todos los medios.

Es evidente que las guerras y las revoluciones se están haciendo más duras y más brutales que antes. El caso de Rusia y el de España lo atestiguan. ¿Adónde va a llegar el hombre? ¿Va abdicar de toda su personalidad racional? Es incomprensible celebrar la vuelta hacia la barbarie de la humanidad. Y luego venga hablar del sentimiento religioso, que ya en muchos no es más que puramente protocolo.

La lucha de las razas enemigas va a tener un carácter brutal y salvaje. Así ha sido la de Alemania y Francia, y puede que sea con el tiempo la de Europa occidental y Rusia.

II

SOLEDAD

En Suiza se oía la emisora negra (*Der schwartz Sender*). Esta emisora daba grandes preocupaciones al Gobierno alemán. Parece que, cuando se comenzaba a hablar del gobierno, las emisoras interferían aquella emisión, para que no se oyera. Lo mismo hacían los alemanes con las emisoras de otros países.

Naturalmente, era más tranquila y más agradable la audición musical que la política. Una noche oímos por la radio un concierto dado en Cremona, con motivo del aniversario de Stradivarius. Se oyeron tan solo obras de Bach y de Boccherini. La orquesta interpretaba muy bien lo que el público aplaudía calurosamente. Parece ser que entre los ejecutantes de ese concierto de Cremona intervenía un violinista de

Basilea llamado Busch.

Con motivo de este aniversario de Stradivarius, el famoso fabricante de violines, hablamos en casa de los Guarneri, fabricantes de laúdes de Cremona, y, sobre todo, de Giuseppe Antonio, nacido en esta ciudad, a quien llamaban Guarnerio del Gesù, que era discípulo de Antonio Stradivarius, y que tuvo una vida borrascosa, pues era un perdido y borracho, que estuvo en presidio, donde la hija del carcelero le proporcionaba madera y unas toscas herramientas, para que pudiera entretenerse fabricando instrumentos de música, laúdes o guitarras, que se vendían después a bajo precio.

En estos días el pueblo de Basilea estaba en vacaciones y, al parecer, también la gente de los campos de alrededor. Desde mi ventana no se advertía a nadie ni se veía un alma. A mano izquierda se veía un camino con casas modernas. Habitualmente pasaban por él autos y gente. En estos días, nadie. Hasta los cuervos, las urracas, las palomas, los tordos parecía que se habían retirado. En cambio, los gorriones habían aumentado de tal manera que formaban verdaderas nubes.

El amigo en cuya casa estaba se marchó también de vacaciones. Vivía yo dentro de la más completa soledad. No venían a casa periódicos franceses, solo alguno suizo en alemán, de los que entendía poco, casi nada.

Cuando no era con la radio, podía distraerme haciendo funcionar un gramófono que había en la casa, y varios discos. Separé entre estos un concierto de Brandeburgo, de Juan Sebastián Bach, una sinfonía de Juan Cristian, de la misma familia, la octava sinfonía de Beethoven y varios trozos del *Don Juan*, de Mozart, entre ellos «Batti, Batti o bel Masetto!» y el dúo de barítono y de soprano «La ci darem la mano!», que en alemán es «Reich mir die Hand, mein Leben!».

Hay gente que supone que Mozart es débil, afeminado. Nada de eso. Es fuerte, vigoroso, y al mismo tiempo de una gracia exquisita. Es la quinta esencia del siglo XVIII, la flor más delicada de la época de los minués y de las pавanas.

Con esta música alternaba la lectura de *El rojo y el negro*, de Stendhal, con la del *Quijote*, en una edición publicada en París, en 1814, en la calle de Tournon, en un formato pequeño.

Yo en casa leo poco, parece natural que el viejo se dedique a releer más que a leer. Pero fuera de mi casa, donde no tengo a mano libros antiguos y ya leídos, leo los libros modernos y que no conozco. Todo lo que he leído de fama en esta temporada me ha parecido poca cosa, como por ejemplo, *Los falsos monederos*, de André Gide. A la mitad del libro ya no me interesó lo bastante para seguir adelante. Lo mismo me ha pasado con Proust, y ahora con Romain Rolland, del cual leo la mitad de un tomo y me parece obra pesada y pedantesca.

También he leído un libro de Duhamel sobre los Estados Unidos, que he encontrado petulante. Los franceses, como viajeros, creo que son bastante malos. Tienen una idea tan exagerada de sí mismos, y creen que fuera de su país todo es una infrahumanidad de poca importancia.

Lo de Romain Rolland son frases más o menos elegantes; pero algo así como una representación de la vida no la hay. Aquí, como en París, hay muchas personas que consideran la novela *Contrapunto*, de Aldous Huxley, como el libro más importante y más duradero de nuestra época. Yo pienso que hay demasiados conocimientos en esa obra, y que el autor quizá sea un buen ensayista; pero no creo que tenga mucha vida como escritor de novelas.

La soledad mía la ha venido a interrumpir hoy un comerciante catalán de aquí, el cual quiere que le ponga una dedicatoria en un libro mío: *Las horas solitarias*.

Viene con él un viejo andaluz que tiene una frutería y que sabe tocar la guitarra. Me ha dicho que, si quiero ir una tarde a su casa a oírle, que le avise por teléfono. Voy. Su tienda es bonita, muy bien presentada y muy limpia. En el mostrador están sus hijas, que hablan muy poco el castellano. Me he divertido bastante escuchando canciones de hace cincuenta o sesenta años, oídas en la infancia, todas grotescas y un poco cónicas. Una es una especie de galería de toreros que comienza diciendo:

*Yo tengo un álbum formado:
por los del arte taurino
y en él tengo retratados
a los toreros más finos.*

Después se especifica cómo estaba Frascuelo en un volapié, Hermosilla galleando, Lagartijo en no sé qué faena y Pepe Calderón picando.

Luego cantó el viejo una retahíla antifemenina:

*Con pañuelos de Manila
todas van,
la camisa muy cochina
y sin lavar,
con el cuello muy planchado
y se las ve
que van a su casa
y no tienen qué comer.
El padre les dice,
con razón,
todo lo gastan
en polvitos y en jabón.
Y ellas contestan
con mucho aquel,
que es para pescar,
que es para pescar
un buen doncel.*

Me he reído bastante y he conocido a sus dos hijas, que tienen el aire de suizas y

apenas entienden el castellano. ¡Qué transformación tan rápida!

Los suizos, naturalmente, no tienen ninguna curiosidad por los españoles. Es lógico que no la tengan. Ellos dan la nota sensata y tranquila y nosotros damos la nota petulante y teatral. Comprendo que ellos no tengan ninguna simpatía por nosotros.

En Suiza no se podía hacer nada ni encontrar un pequeño trabajo. Todo está tan repartido, tan escatimado que es imposible vivir para un extranjero.

Siempre que voy a Basilea me acerco al Rin.

Conocí bastante gente en Suiza. Estuve en casi todas las ciudades importantes del país, en Ginebra, Basilea, Berna, Zúrich, Lucerna, Lausana, Neuchatel, Constanza y el cantón de los Grisones y vimos el extraño edificio del Goetheanum, en Arlesheim, cerca de Dornach, y pudo uno comprobar cómo en un país civilizado, todavía a base de una mixtificación ridícula, se podía hacer un monumento más grande y más ostentoso.

Hablamos Schmitz y yo de varias cosas y entre ellas de política.

Schmitz indicaba que Goethe decía: «Nada más ridículo que un radical con el pelo blanco». Estoy de acuerdo. El hombre, a medida que se hace viejo, si es inteligente, se hace moderado, primero porque comprende que todo está ensayado y que no hay nada nuevo bajo el Sol, y después porque ha perdido el ímpetu de la juventud; pero ello no quiere decir que esto le suceda solo al revolucionario, sino también al reaccionario. Los dos, si son inteligentes, se calman con el tiempo, y así se ha visto hombres políticos, que en la juventud fueron anárquicos y violentos, convertirse en la vejez en gobernantes comprensivos, y tipos reaccionarios en los primeros años de su vida terminar su existencia dando una nota de libertad y de comprensión.

III

EN LA CASA DE LA BATERÍA

Aquí, en la casa de mi amigo de Basilea, cerca de la Batería, hay una criada gigantesca, alemana, a la que yo llamo la Valkyria. A veces, esta muchacha alemana se marcha de casa sin decir a nadie nada, y cuando la dueña le pregunta:

—¿Por qué se ha marchado usted sin avisarme?

—Porque soy libre —contesta ella.

Esta mujer se llama Ana Wurger (*Wurger* quiere decir estrangulador) y dice que sueña con frecuencia con lobos furiosos.

Una de estas últimas noches ha servido un plato de arroz adornado con una cruz esvástica, de perejil, en medio. Ana es hitleriana y nazi.

En el campo se oye con frecuencia el tableteo de las ametralladoras. Claro está que esto no significa que Suiza esté en guerra con nadie ni que se prepare para estarlo, sino, simplemente, que cerca de la casa donde vivo hay una fábrica de armas y ensayan los aparatos que fabrican para que otros se maten.

De todos modos, no falta aquí quien piense en guerras; pero siempre para que las hagan los demás. Un joven suizo, amigo mío, me dice que durante varios meses ha visto partir voluntarios para España, gentes de la gran guerra, de cuarenta años, fuertes y decididos. Él mismo estuvo una vez en cierta exposición de turismo español, en Basilea o en Zúrich, donde le salió al paso un desconocido que le dijo si no quería alistarse para España.

Aquí, en Basilea, hay una porción de religiones diversas: católica, protestante, judía, budista, espiritista, teosófica y antroposófica. Para una ciudad de ciento cincuenta mil habitantes me parece que es suficiente. Hay además, dos o tres sectas del protestantismo, calvinista, zuinglista, luterana, anabaptista, ciencia cristiana, Salvation Army y un grupo de Oxford.

Hasta hay un joven de buena familia, pariente del historiador Burckhardt, el cual, después de haber pasado mucho tiempo en Marruecos, se ha hecho musulmán y practica aquí, a la orilla del Rin, todos los ritos del mahometismo.

Viviendo donde se habla alemán, se comprende que este es un idioma muy expresivo y que hay gente muy aguda entre los que lo utilizan.

Sobre el francés y el inglés tiene la ventaja para el extranjero de que, al poco tiempo de oírlo, se pueden repetir las palabras, aunque no se entiendan bien. En francés y en inglés, la pronunciación es muy difícil, porque además de los sonidos oscuros hay el acento que no se coge más que oyéndolo mucho.

El francés es el idioma más cargado de lugares comunes. Son lugares comunes pegajosos, que es imposible desprenderse de ellos. Aunque uno hable el idioma mal y no quiera aceptar la imitación de lo populachero, enseguida se le pega el decir: «*N'estpas!, alors, par conséquence, c'est formidable*». En Madrid pasa lo mismo, y se ponen en circulación estupideces que encantan a la gente. La verdad es que el ingenio tan decantado de las grandes ciudades es bastante pobre, por lo menos en nuestra época.

Yo, cuando hablo español, me parece que hablo con sencillez; pero cuando hablo en francés, si me salen las frases medianamente, se me figura que estoy representando una comedia, y no se me quita esta idea de la imaginación. Huyo todo lo que puedo de las frases hechas y hablo el francés más esquemático posible. He conversado con dos alemanas, una escritora y la otra aficionada a las artes. El preguntarles si no hay disidentes del nazismo en Alemania les choca. Dicen que allí se trabaja y se vive bien. Creen que este régimen será eterno. Yo les digo que no creo que haya ningún régimen eterno.

Una señora me ha dicho que se ve que me finjo más viejo de lo que soy. ¿Para qué? Esto no es cierto. También se ha dicho que soy como el caracol, que gusta de

escondese en la sombra. Siempre le atribuyen a uno intenciones que no tiene.

He estado en Liestal, pueblo próximo a Basilea, y he visto en un jardín un monumento dedicado al poeta suizo Carlos Spitteler, monumento que resulta bastante mediano. Se trata de un hombre desnudo, a quien le habla una mujer, también desnuda, que viene por el aire y, sin duda, debe representar la inspiración.

Por estos magníficos campos que hay delante del hotel en que vivo pasan constantemente grandes cuervos negros y urracas. Andan también por allí algunos carros, arrastrados por caballos grandes y pesados, y se ve en los árboles que empiezan ya a madurar las cerezas.

Salgo un poco hacia la parte de la Batería, por donde hay casas pequeñas y hoteles, algunos del estilo de Le Corbusier. En la hondonada próxima aparece Basilea entre la neblina con las torres rojizas de la catedral. En una de las huertas próximas una chica trabaja la tierra vestida con un mono. Como es una muchacha alta y delgada, está muy bien.

En casa, la señora rusa, mujer de mi amigo, y la criada alemana están clavando unas cortinas de papel en las ventanas, para que no se vea de noche y desde fuera la luz. Piensan algunos que, si viene la guerra, Suiza no podrá salvarse ni conservar, como otras veces, su neutralidad. ¿Eso quién lo sabe?

Ayer estaba Ana Wurger, la muchacha, trabajando, y la llamó su ama. Dejó la azada, se acercó a la ventana de la cocina, y, dando un salto, entró en la casa por ella. Yo contemplo a esta mujer con la sorpresa que miraría un gato viejo a un elefante de circo.

La Batería es un polígono militar con murallas y altos árboles a su alrededor. En la entrada se destaca un relieve que presenta tres figuras desnudas. La Batería no es una fortificación antigua, sino del tiempo de la guerra europea de 1914, y el monumento tampoco conmemora muertos en campaña, sino las víctimas causadas por una epidemia.

Para llegar hasta la casa, se sigue desde el pueblo una avenida que bordea un parque, se toma luego por una carretera estrecha, y al lado izquierdo se descubre un camino y un pabellón con una puerta en arco y una ventana de aire antiguo.

Al edificio se lo ve aislado en lo alto. Lo rodea un terreno de ochenta o cien metros en cuadro, limitado por un seto vivo. Por un lado tiene una terraza de piedra que da hacia el Jura, muralla sombría precedida de bosques de robles. Por el otro mira a la ciudad, viéndose vagamente las torres del Münster, las casas, y a ciertas horas el Rin, que brilla dorado al reflejar en sus aguas las luces del crepúsculo.

Se ha hablado de hacer alguna excursión por los alrededores; pero yo al menos no muestro muchas ganas de moverme. Me basta con la distracción del paisaje que descubro desde la ventana de mi cuarto, con las audiciones de gramófono y con alguna que otra lectura. Hasta la radio llega a molestarme, cuando me trae ecos de la tormenta que truena allá lejos.

Veo a veces en el campo a alguna muchacha joven y bien vestida hablando mano a mano con un obrero que trabaja en la tierra.

Como esto es algo desusado, pregunté a dos o tres personas conocidas quiénes son estas muchachas.

—Estas chicas hacen propaganda comunista —contestan.

—¿Y no se lo prohíben?

—No.

—¿Y qué son ellas?

—Dicen que unas son alemanas y otras rusas. Yo no sé.

Debían de hacer mucha propaganda; pero a los suizos, individualistas sempiternos, las jaculatorias marxistas no les causan al parecer gran afecto.

A mí mismo, que no estoy en edad de cambiar de ideas, me interpeló un señor de aire corriente.

Un día, antes de la hora de comer, estaba contemplando la corriente del Rin sentado en un banco. Un hombre de buena presencia se sentó cerca de mí e inició una conversación sobre el río. Yo le dije que era raro que un río que nacía tan cerca de Basilea fuera ya en esta ciudad tan caudaloso.

El desconocido habla de unos lagos que alimentan el Rin. Se ve que es un hombre culto. Después de esta explicación geográfica me pregunta directamente:

—Usted no es suizo...

—No.

—¿Italiano quizás?

—Tampoco. Soy español.

—¿Está usted desterrado?

—No.

—¿Se ocupa usted de política?

—No. La política no me interesa.

—Creo que está usted en un error.

—Es posible.

—¿No siente usted simpatía por el comunismo?

—¿Yo?, ninguna.

—¿Ha leído usted a Karl Marx?

—No, la verdad.

—Pues ha cometido usted una falta.

—Tantas faltas habrá cometido uno que una más no significa nada.

El hombre se levantó, saludó quitándose el sombrero y se fue. Parecía un hombre fanático y convencido de la verdad absoluta de sus ideas. He oído decir que en Suiza

hay muchos casos de histeria y de melancolía, producidos en parte por la vida ordenada y metódica. Es verdaderamente curioso, porque puede suceder que un país de mentecatos alocados, que no hagan más que estupideces y barbaridades, estén a la larga más sanos que un país lleno de hombres juiciosos y prudentes.

V

UN CATALÁN FANTÁSTICO

Una semana después había sido invitado por una señora suiza a pasar dos días en Saint-Moritz. Al volver tomé el tren.

Al poco entró en el vagón un señor de aire orgulloso que parecía querer demostrarse a sí mismo su importancia. Yo llevaba un periódico y me puse a leerlo.

Yo no sentía ninguna necesidad de conversar con aquel señor aparatoso y aficionado a la charla. Me preguntó si era ruso y le dije que no, que era español.

—Hombre, también yo soy español.

Desde el principio me dio la impresión de que aquel ciudadano era un farsante. Me dijo que había estado en Nueva York, en una casa industrial importantísima a la que proporcionaba y para la que hacía proyectos industriales y técnicos. Era amigo de Clemenceau, de Briand, de Churchill, de Lloyd Georges. Yo no creí en nada de todo aquello.

Al llegar a Basilea me dijo:

—Venga usted a verme. Y me dio una tarjeta que decía: «El Canciller Mayor de Castilla. Hotel Euler».

Fui yo a verle porque me interesaba el tipo, que me parecía un farsante y un estafador.

Vivía en uno de los grandes hoteles de la plaza de la Estación, en compañía de una muchacha austríaca de aire estupefacto, que parecía cazada a lazo.

El señor del tren se mostró enemigo de los suizos, que eran, según él, unos miserables y mezquinos, y después tanteó para averiguar si yo era un hombre de algún dinero o era un pobretón. Cuando se convenció de esto último, no insistió más y me dijo que me presentaría al político catalán Cambó, que era muy amigo suyo y un hombre que debía ser por su talento el dictador de España.

El régimen del despotismo ilustrado a mí no me parece del todo mal; pero esto dependería siempre del déspota, del tirano, y no creo yo que Cambó tuviera las condiciones del gran Federico de Prusia.

Me despedí de aquel señor que me daba la impresión de un farsante y de la austríaca de aire alelado que le acompañaba.

Al pasar por la oficina del hotel, el encargado me preguntó si conocía al huésped con quien acababa de hablar. Le dije que no, que le había hablado por primera vez en el tranvía de Saint-Moritz y que me había escrito que fuera a verle y que no le conocía de otra cosa.

El encargado me enseñó la tarjeta del individuo aquel, igual a la que me había enviado, donde no ponía su nombre, sino que firmaba: «El Canciller Mayor de Castilla».

El oficinista del hotel me preguntó qué clase de cargo era ese. Yo le contesté que no lo sabía. El hombre debió de quedar muy escamado, pensando que le había dado el pego.

Luego, el supuesto canciller me mandó una tarjeta llena de títulos sonoros y yo le contesté con otra que no ponía más que mi nombre y apellido.

Después alguien me dijo que este señor debía de ser un tal Saturnino Ximénez, catalán, que escribió en el periódico *El Mundo* de Santiago Mataix hace más de cuarenta años, desde Constantinopla y luego sobre Oriente.

VI

Los paisajes de la Alta Suiza son indudablemente magníficos; pero tienen, para el que no esté acostumbrado a ellos, algo de inhumano o de extrahumano. Es la suya demasiada decoración, demasiada teatralidad.

Parece que contemplando estas montañas ya no tiene importancia el hombre; que lo importante es la cima nevada, que brilla con los resplandores del anochecer, el lago de aguas azules, el murmullo del viento entre los árboles, el esplendor de la naturaleza:

Esta ilusión del hombre actual que, por un momento, puede libertarse de los afanes cotidianos, dura poco tiempo, porque pronto las preocupaciones habituales vuelven al espíritu. He estado unos días en una aldea del lago de Thun, he visto salir el sol, dominar el Niessen negruzco y la Jungfrau blanca, y ponerse las tardes entre las ramas de un bosque de abetos todavía con manchones de nieve.

Ya el olvidarse de las preocupaciones corrientes del ciudadano para ir al campo, es cosa que se acabó. La presión social es demasiado fuerte para librarse de ella. Eso de perderse silencioso a través de los bosques salubres, ocupándose solo de lo que es digno del sabio y del hombre de bien, como dice Horacio en una de sus epístolas, pasó ya a la historia.

*Tacitum silvas inter reptare salubres
curantem quidquid dignum sapienti bonoque est.*

Esto es bueno para la clase de latín.

Al volver del lago de Thun hacia Basilea, lo social ya se me impuso; un pelotón de soldados en Berna, un mitin en Murten, con grupos de gentes de aire preocupado, más soldados en Neuchatel, viejos en las aldeas con escopetas, que vuelven al anochecer del tiro al blanco.

El señor que conduce el auto donde voy me dice que Suiza se siente muy patriota y con gran preocupación de ser atacada por los alemanes.

Hace treinta años se veían también estas fiestas de tiro al blanco, porque el suizo es muy aficionado a la caza y a los simulacros de guerra; pero antes todo eso era más jovial; ahora tiene aire de preparativo para una cosa triste y sombría.

Ese cambio es muy explicable. La guerra mundial les hizo estar a los habitantes de estas tierras con el arma al brazo.

Corren en la actualidad en las conversaciones y en los periódicos las teorías alemanas de que hay que hacer la guerra total o totalitaria, no respetar nada, ni mujeres, ni enfermos, ni niños, con bombas y gases asfixiantes, atacando a las poblaciones pacíficas y no permitiendo a nadie la neutralidad.

Esta evolución de los suizos, esta orientación bélica, es comprensible por ser lógica y nacional.

VII

No todos los cambios de ideas, no todos los avatares sociales o intelectuales son productos del raciocinio, de la experiencia o de la lógica. Hay muchos ilógicos, inesperados, difíciles de explicar.

Quizás en lo más profundo nada es explicable por lo puramente racional.

El reaccionarismo patriótico español tras de la guerra contra Napoleón, el antiespañolismo americano después de su independencia, el patriotismo de revancha en Francia a partir del 70, el hitlerismo tras de la guerra mundial en Alemania y el fascismo ante la anarquía italiana son muy comprensibles.

No lo son ya otras tendencias, otras inclinaciones que se producen como una epidemia o como el éxito, sin causas determinables.

Hay un ir y venir de teorías y de doctrinas políticas y artísticas en la masa social de origen inexplorado. Nacen, crecen y mueren.

Este fenómeno debe de ser como la fiebre en el organismo. Los gérmenes producen la fiebre, y la fiebre, si no ocasiona la muerte, va aminorando con la temperatura la virulencia de los gérmenes hasta que les esteriliza y los agota.

Hay una época en que la juventud entera de un país es revolucionaria,

antirreligiosa y partidaria de un cambio absoluto de vida, de ideas y de costumbres. Al cabo de algún tiempo, la juventud es conservadora, religiosa y enemiga de toda innovación.

En mi tiempo de estudiante en Madrid casi todos los condiscípulos míos eran apolíticos. Su norma era la indiferencia. Había alguno que otro republicano, aunque raro. Treinta años antes, en su mayoría, los estudiantes eran republicanos y republicanos federales. El ser federal se consideraba en esta época como ser extremista, cosa un poco extraña, porque la tendencia federal o regional parece más bien conservadora.

Cuarenta años después de que yo fuera estudiante, los alumnos de la Universidad de Madrid se dividieron en comunistas y fascistas.

En París, a final del siglo pasado, los jóvenes eran en su mayor parte radicales, dreyfusistas y anarquistas. Hoy, en su mayoría, los estudiantes de París son conservadores y católicos.

Estos vaivenes de la opinión son muy difíciles de explicar. Algunos dirán: «Es que la gente de hoy ve lo que no veía la de ayer».

Esto no es una explicación. No se puede asegurar que las gentes de hoy tengan la verdad en la mano y las de ayer no. Mañana dirán lo mismo de las gentes de su época. Los de su tiempo tendrán la verdad y los de hace años, la mentira.

VIII

A pesar del propósito de vida sosegada, no he podido zafarme de tomar parte en una excursión en automóvil saliendo de Basilea para visitar el castillo de Burg. Hemos llegado al caer de la tarde.

Después de cruzar por varios pueblos de un aire menos cuidado y menos repintado que lo que suelen serlo la generalidad de los de Suiza, siguiendo por un camino estrecho, hemos ido a salir a una encrucijada con árboles, lugar sombrío y oscuro, desde el que se divisaba, en lo alto, el castillo de Burg, iluminado aún, debido a su elevada situación, por el resplandor del sol.

Dejando el coche, hemos subido hasta alcanzar una plazoleta con una fuente y desde allí escalado un cerro por una senda bastante escarpada.

Estaba anocheciendo y el lugar tenía un aspecto romántico extraordinario. Un doctor que nos acompaña, al llegar a ese sitio, se detiene para cantar, con una energía verdaderamente germánica, el recitado del tercer acto de *Lohengrin*, cuando el héroe wagneriano se refiere al castillo en que habita el santo Graal, en el bosque del misterioso Montsalvat.

*In fernem Land, unnahbar euren Schritten,
liegt eine Burg, die Montsalvat genannt.*

El doctor cantaba muy bien y las palabras en alemán prestaban una gran energía a la canción.

Anochecido, aquel paisaje, donde los montes lejanos enrojecían bajo los resplandores del crepúsculo, recordaba bastante a los pintados por Böecklin.

Sobre una peña se erguía, altanero, el viejo Burg. Se diría un castillo de cuento, de los que excitan la imaginación de la gente romántica.

Cruzado el arco de la muralla, por una escalera de caracol, de piedra desgastada, se llegaba hasta el antiguo patio de armas.

Después había que subir otras varias escaleras, y cuando esperaba uno hallar la mansión feudal, tropezaba con una gran sala y en ella un restaurante o café y un pequeño escenario, establecido en lo alto, con mesas y armarios de roble y cornamentas de ciervos como trofeos colgados de las paredes.

Desde las ventanas se veía una llanura, sobre la que iba desapareciendo la luz del día, penetrando las sombras de la tarde, y en el fondo había unas colinas que aún doraba el sol.

No dejó de ser oportuna la recitación, hecha por una de nuestras acompañantes, de varios trozos de *Los Nibelungos*, de Hebbel y de algunas poesías de Hölderlin.

Atravesada una puerta pequeña, se penetró en una torre redonda, pintada de rojo, con un zócalo de tonos sombríos. En sus paredes colgaban algunos cuadros con escudos nobiliarios. Una señora conocida mía cantó en el tablado o pequeño escenario de la sala.

Cenamos allí, se volvieron a recitar algunas poesías, se bebió y se brindó; se cantó el vals de *La viuda alegre* y los cuplés de *El conde Danilo*. Luego regresamos nuevamente a la sala grande, que tenía en un testero una plataforma con dos sillas, y delante de cada una de ellas el bombo y los platillos y un acordeón.

Dos hombres comenzaron entonces, al vernos, a tocar un aire como de feria, y la señora que había recitado las poesías empezó a danzar sola, sin que ninguno de los caballeros que nos acompañaban se atreviese a bailar con ella.

Desde las ventanas resplandecían los últimos fulgores del crepúsculo y en las cúspides de los montes brillaba todavía el sol.

Después que cesó la música, el hostelero nos quiso llevar a la parte de la vivienda donde parece que existen unas mazmorras. Pero hay que bajar, para verlas, por unas escaleras estrechas y desgastadas, peligrosas, y entrar luego en un subterráneo, y la verdad, la cosa no me sedujo.

Prefiero que vayan los demás, y yo me quedo con el hostelero, el cual me cuenta que el castillo es del siglo IX, habiendo sido primero del emperador Barbarroja y después pertenecido a los Habsburgo.

Cuando regresan, me alegro de no haber ido, al oír que han visto a la suegra del hostelero, una señora de bastantes años, con aire de espectro, la cual les ha contado

una porción de historias espeluznantes, entre ellas la de un prisionero al que emparedaron para que allí se muriese, lo que se tardó meses en lograr, y cuya voz lamentable se oía por las noches.

El regreso, una vez que descendimos del castillo por los senderos hasta alcanzar el auto, fue silencioso, ya entre las sombras de la noche.

En esta estancia de Suiza casi presencié un suceso muy enojoso.

Un amigo suizo me presentó a una condesa joven, austríaca, muy guapa, elegantísima.

Esta dama, que vivía en el hotel mejor del pueblo, tenía una amistad estrecha con un archiduque, Carlos, que era de familia de Coburgo.

La condesa debía de estar arruinada y el príncipe, que era gran maestro de no sé qué orden aristocrática, solía ir a verla al Hotel de los Tres Reyes y la condesa se mostraba muy amable con todos.

Al parecer, el archiduque no tenía dinero para hacer una vida fastuosa que sin duda era lo que a él le seducía.

Después de tres años de intimidad, el archiduque pensó en abandonar su relativa pobreza casándose con la hija de un banquero que tenía una fortuna enorme.

El archiduque guardaba su secreto; pero la austríaca se enteró. Se presentó en casa de su amante y le dijo que conocía sus proyectos.

El archiduque, al parecer, negó la exactitud de la noticia, luego intentó demostrar que era la mejor solución para ellos. La dama se exasperó y le disparó un tiro de revólver que no le dio al archiduque, y desesperada se puso la boca del revólver sobre el corazón y cayó inmediatamente muerta.

Yo vi su cadáver. Parecía una estatua por su belleza y su serenidad.

He salido otro día para ir a ver la ciudad de Lucerna. Parece este pueblo recién salido de una caja, debido a su limpieza y a lo pintado y ornamentado que está.

Hemos recorrido el puente cubierto de los Molinos, con sus varios cuadros en los que se reproducen representaciones de la Danza Macabra, y a continuación el de la Capilla, que cruza el río Teuss antes de salir al lago, sobre el que se alza una torre.

Este puente forma un zigzag, y se halla adornado con pinturas que ofrecen pasajes de las vidas de san Leonardo y san Mauricio, santos a los que la ciudad tiene por patronos, más otras pinturas que evocan acontecimientos de la historia de Suiza.

En esa torre del puente de la Capilla fue donde murió el pastor reformista Zwinglio, que, no contento con predicar la guerra contra los que no pensaban como él, la hacía personalmente, a pesar de su condición sacerdotal. Herido en un encuentro, vino a morir en la torre próxima a la capilla.

Se dice que Zwinglio era hombre fanático y valiente y que tomó parte en la lucha contra los soldados católicos de la casa de Austria. El reformista cayó herido de una pedrada en la cabeza. Cuando estaba descalabrado en el suelo, se lo acercaron los soldados austríacos y alguno lo conoció y dijo:

—Este debe ser Zwinglio.

Entonces el capitán de los austríacos sacó la espada y lo atravesó y los soldados hicieron pedazos su cadáver.

Después de visitados los puentes, hemos ido a ver el famoso León de Lucerna, tallado en una roca gris, de aspecto verdaderamente majestuoso. El león, cuyo modelo hizo el célebre escultor danés Thorwaldsen, lo esculpió entre 1819 y 1821. Está dedicado a los suizos sacrificados en la Revolución francesa, por defender a la monarquía, y tiene esta inscripción: «*Helvetiorum fide ac virtute*» («A la fidelidad y virtud de los suizos»).

Por la tarde estuvimos en Morat o Murten, donde existe un importante castillo y un lago con algunos palafitos. En ese lugar se dio una batalla entre borgoñeses y suizos, donde perdieron los primeros a su jefe Carlos el Temerario.

Ese nombre de Morat se cita en una novela del vizconde de Arlincourt titulada *El solitario del monte salvaje*, novela que apasionó en su tiempo y que hoy aburre y da risa.

También fuimos a ver el lago de Neuchatel, que tiene aire de bahía marítima. La ciudad es muy alegre, elegante y lujosa, con hermosas calles y magníficas avenidas. El detenerse de noche en las terrazas de los cafés que abren sus puertas en el paseo del lago, el disfrutar de una temperatura suave y tranquila, resulta algo delicioso.

Estuvimos también en Berna, la capital. Esta ciudad parece un poco seria y un tanto sombría. Resulta en ella espectáculo sencillo, preparado para los turistas, la fosa de los osos, hundida en el suelo, al extremo de una calle en pendiente, donde hay, a trechos, varias fuentes muy pintorescas por sus figuras escultóricas, no aparatosas, sino agradables. Junto a la fosa se venden zanahorias secas que echan los del público a los osos y que estos devoran con fruición.

IX

Enfrente de la casa de mi amigo, aquí en Basilea, sobre un alto respaldado por el Jura, hay un edificio aún más extraño por lo que contiene que por su aspecto formal, con serlo bastante. Es un templo antroposófico, al que llaman el Goetheanum, fundado por Rodolfo Steiner, hombre fantástico, a medias impostor, a medias crédulo, de gran voluntad, que inventó la antroposofía, que hizo primero un templo que se quemó y luego otro enorme que existe.

Hemos ido a visitarlo, haciendo el viaje en un auto, teniendo que dar una vuelta que nos ha hecho pasar por varios pueblos.

Hemos llegado primero a Dornach, pequeña aldea, donde parece que se conserva todavía, un poco desvanecido en la lejanía histórica, el recuerdo de una batalla

entablada allí al final del siglo XVI, durante la guerra de Suabia, batalla que ganaron los suizos a los imperiales. En la iglesia de este pueblecito está enterrado un gran matemático francés, Maupertuis, uno de los sabios amigos del gran Federico, que tuvo diferencias y discusiones agrias con Voltaire.

De allí nos hemos trasladado a Arlesheim, que es el lugar donde alza sus muros el *Goetheanum*, la obra de Rodolfo Steiner.

Aquí parece haber tenido la extraña iniciativa cierto éxito, pareciendo a todo el mundo cosa rara esto del misterio y del ocultismo. Sin duda, ha habido alguna gente del centro de Europa que se dejó arrastrar por Steiner, quien, a juzgar por sus retratos, debió de ser un tipo de mago o de hipnotizador.

Entramos en el edificio, y en el vestíbulo nos dan un prospecto sobre la institución antroposófica y un número de la revista que publican, titulada *Das Goetheanum*, dirigida por Alberto Staffen. Se anuncia una conferencia sobre el tema «De santo Tomás de Aquino a Rodolfo Steiner».

No tuvimos valor suficiente para escuchar la conferencia, y después de la visita seguimos nuestra excursión pensando que aquello tenía más traza de una casa de locos en grande que de otra cosa. El género fantástico que allá se vendía, la antroposofía, evidentemente, debía de servir para muy pocas cosas. Únicamente para los empleados debía servir para algo. El templo se sostenía; pero instalado en cualquier otra parte del mundo hubieran tenido pronto que convertirlo en un mercado o en un almacén de carbón.

X

La mayoría de las señoras que frecuentaban la casa de mi amigo eran muy germanófilas. Entre ellas era general la teoría de que Alemania había dado más a Francia que Francia a Alemania. Consideraban que Francia estaba en una época de decadencia, y que el siglo XX sería con el tiempo esencialmente alemán. A mí me parecía que estaban un tanto equivocadas en esos pronósticos que sostenían en sus opiniones.

Se discutía también sobre el bolchevismo y sobre la cuestión judía. Según lo que había dicho un rabino, recordado por una de las damas, el marxismo era la realización del judaísmo, la implantación de la justicia en la tierra.

Mi amigo decía que todas las gentes del centro de Europa hablaban con mucha pasión de la competencia que hacían los judíos, asegurando ser los más tenaces, los más internacionalistas y los más despreocupados. Médicos, abogados e ingenieros, por todas partes tenían la competencia profesional que decían hacerles los judíos.

Creían que estos tenían menos escrúpulos que los demás profesionales, y que por ello resultaban más peligrosos.

Un doctor presente en la discusión decía que el marxismo, como el psicoanálisis, era una manifestación del espíritu judaico doctrinario. Que todo era materialismo en el mundo, todo sexualidad, afirmación más cierta para los judíos que para los demás.

Las discusiones entre los amigos de la casa eran siempre demasiado concienzudas, dando no pocas veces como resultado el que la cabeza de los oyentes se embarullase al seguir con demasiado interés los argumentos y los sofismas. Después de escuchar aquellas disquisiciones, era higiénico y conveniente salir al aire libre, a pasear por los caminos.

Un día, en uno de esos paseos, me tropecé con uno de esos carritos de los que tira un perro ayudado por un hombre. Vi también a unos campesinos que, cargados con largas escaleras, iban de cerezo en cerezo para recoger la fruta en canastas.

Algunos pájaros volaban, presurosos, llevando la comida a sus crías, que esperaban piando con ansia. Era incalculable el número de viajes que los pájaros debían hacer diariamente para dar de comer a su prole.

En un campo de trigo cercano, presencié una escena cómica, la lucha entablada entre un gato, probablemente de una casa próxima, de una larga cola, con una urraca bastante grande, que unas veces parecía atacar al gato, otras burlarse de él. El gato, acosado tan pronto de un lado como del otro, sintiéndose en peligro, bufaba y daba grandes saltos, hasta acabar metiéndose, al darse por vencido, en los trigales. También me divertió un perro, ladrándole a un grillo-topo; debía repugnarle el insecto, que había caído a un charco, y a veces se aproximaba al bicho para morderle, con furia, con un aire de fanfarronería grotesca; pero otras se retiraba asustado, como si hubiese esperado una réplica del insecto de mal aspecto.

También en esta estancia en Basilea conocí a un señor al que mi amigo llamaba «el Español», no porque hubiese nacido en España, pues era natural de Basilea, sino porque había estado en ella algunos años, y también en Filipinas, y sentía una gran admiración por nuestras costumbres y por las corridas de toros. Era curioso, él, suizo, tan aficionado a los toros, y yo, español, tan indiferente a ese espectáculo de mi país. Al suizo le parecían los toros algo serio y admirable.

Este hombre, grande y fuerte, con aire de toro, el pelo rojizo y unas manazas poderosas, comía como un bárbaro y bebía lo mismo. Era un archivo poderoso de anécdotas y de refranes, y siempre estaba al acecho de la ocasión de colocárselos a su auditorio, aunque algunas veces no se viese por parte alguna la oportunidad. A mi amigo le parecía que aquel paisano suyo recordaba bastante a Sancho Panza. Él no lo tomaba a ofensa, sino que le envanecía la comparación, pues tenía al escudero de Don Quijote por un sabio, y decía que había leído muchos libros de grandes escritores, antiguos y modernos, que no le parecía tuviesen una filosofía superior a la de Sancho Panza.

En Suiza se cuentan muchas historias de refugiados rusos que han llegado allí huyendo de la persecución de la policía bolchevique.

Recuerdan estas persecuciones las que se contaban hace tiempo de los mormones en América. Estos agentes rusos no cejan y al que consideran traído a la causa comunista no lo abandonan, le siguen por toda Europa, por Asia y hasta por América.

¡Qué mundo el nuestro! ¡Qué saña! ¡Qué violencia!

Esto me recuerda la frase cándida de Víctor Hugo: «El siglo XIX es grande; el siglo XX será feliz».

Lo estamos viendo. Pocos siglos habrá tan miserables, tan pobres, tan sórdidos como este que estamos viviendo.

Quitando la ciencia, en donde en nuestra época ha tenido grandes hombres, en lo demás todo ha sido pobre, raquítrico e insignificante.

Al final del siglo XVIII se prohibieron en Francia dos libros, uno titulado *El Ingenio* y otro el poema «La Doncella». Al mismo tiempo se retiraron de la circulación en las librerías de Suiza. Un magistrado de Berna, después de hacer una investigación minuciosa en las librerías, escribió al Senado de su país: «Nosotros no hemos encontrado en todo el cantón ni Ingenio, ni Doncella».

Comprendo que debo marcharme de Basilea, a pesar de que es una ciudad que siempre ejerció sobre mí la atracción de algo simpático y civilizado. He gustado sin cansancio el agrado de contemplar el Rin y sus olas verdes desde la terraza que se extiende junto a la catedral.

Para distraerme de esa visión, de agua corriendo, que no busco como remedio a la ictericia que no padezco, de tiempo en tiempo, se dirigen mis ojos al panorama de la orilla opuesta, con su caserío abigarrado, los montes, y la guardia de las altas chimeneas humeantes, indicio del trabajo en las fábricas del barrio industrial de la ciudad.

Por el puente cruzan tranvías verdes, automóviles y gente en bicicleta. Todo ello da una impresión de actividad fecunda.

Otras tardes me distraigo paseando por el Jardín Botánico, donde suelo detenerme a contemplar las marmotas.

Cuando voy a casa de mi amigo en el campo, contemplo la silueta del pueblo, las torres rojas del Münster, rodeadas en su base por arboledas, terrazas y jardines que se

reflejan con imagen imprecisa, en las aguas del río.

Los domingos la soledad reina en las calles desiertas. Yo me paseo por ellas como si fuese amo absoluto de la ciudad; miro las casas góticas y barrocas, con sus tejados apuntados y sus ventanales. Solo de tarde en tarde cruza algún transeúnte o boga por el Rin algún lanchón que la gran corriente arrastra, dominando los violentos esfuerzos que se impone el barquero para dirigirlo.

Tengo que marcharme, porque el artículo mensual que escribo para *La Nación*, de Buenos Aires, es poca cosa para sostenerme, aun viviendo con toda modestia como vivo. Mi amigo Schmitz me propone que colabore en un periódico de Basilea, de tendencia germanófila; me dice que él se encargará de traducir lo que yo escriba al alemán, y de ese modo podré cobrar a medias con él mi colaboración. Darían unos cuarenta francos suizos por artículo; pero tampoco se alcanzaría, con la colaboración asidua, posibilidad de vivir medianamente.

Hay que volver a París, pero, cuando me dispongo a preparar el viaje, llega a mis manos una carta de España, de mi amigo García Morente, el profesor de filosofía, el cual me dice que puedo y debo volver a España, donde por lo menos, él me lo garantiza, podré meterme en Vera y esperar allí a que la guerra termine, en plena tranquilidad.

No es panorama que me disguste. Volver a mi casa del pueblo, leer en la biblioteca, pasear con mi sobrino Julio por la huerta y seguir por el cielo el curso de las nubes. Volveré, pues, a París, pero no para quedarme allí, como en principio había pensado y decidido, sino para seguir hasta mi rincón del País Vasco, de donde salí a disgusto, forzado por las circunstancias.

XIII

Anochecido, voy a dar un paseo para despedirme de Basilea, que habré de dejar en breve. Veo poblarse las calles de ciclistas, empleadas y empleados, que, cabalgando en sus máquinas, dejan el trabajo cotidiano para regresar a sus casas, donde es de suponer que la cena les aguarda en familia. Es una hora en que el cielo acostumbra a tener un color ópalo y las golondrinas suelen despedirse de la luz que desaparece ya, llenando el aire con sus chillidos y trazando en él rápidas evoluciones.

A la puerta de un circo situado delante de la estación, donde el viento agita su cubierta de lona, un orquestón ha comenzado a lanzar al aire valeses y polcas, anunciando al público el comienzo del espectáculo. Otras veces la música es de óperas antiguas y se oye «*La donna è mobile*», de *Rigoletto*, o los solemnes compases de la marcha de *Tannhäuser*.

Al mismo tiempo que la música ha iniciado su algarabía, se han encendido los

focos de arco voltaico y en la noche tibia algunos relámpagos han aclarado momentáneamente el cielo, permitiendo que sobre la claridad se dibuje el ramaje de los árboles.

En torno a un quiosco, donde los músicos de una banda interpretan aires populares, grupos de muchachas, vestidas con trajes claros, se distraen entonando a coro la letra de canciones, haciéndolo con una energía juvenil verdaderamente encantadora. Ellas y algunos hombres de más edad, que para escuchar a la banda se han tumbado sobre la hierba, al comenzar un chaparrón, se han dispersado, mientras yo busco un refugio para no calarme.

XIV

Cuando el grupo de mis amigos se informa de la decisión de marcharme que yo he tomado, a una de las señoras de la tertulia que se reúne en casa de mi amigo se le ocurre que hace algunos años no ha estado en París y que podría aprovechar la ocasión de mi viaje para ir ella acompañada.

Esta señora es una viuda con dos hijas, una casada y otra soltera. Vive con la soltera en el pueblo, y es dueña de una gran casa, a orillas del Rin, en el centro de un bosque de árboles muy próximos unos de otros, lo que da cierto aire sombrío al conjunto. Tendrá entre cuarenta y cincuenta años, y aún le vive la madre, que llegará a más de ochenta.

Esta dama, Margarita, no está en edad de tener miedo a viajar sola; pero piensa que siempre se va mejor en compañía de un hombre, por si acaso. Ella es Margarita del todo. A mí me supone, tal vez, un poco Fausto, algo filósofo y hasta aficionado a la magia y a las ciencias ocultas.

La hija soltera, una muchacha inteligente, agraciada, con unos ojos vivos, al principio, aunque yo creo que no di motivo para ello, sospechó si mi presencia cerca de su madre, a la que había sido presentado en casa de mi amigo, no encubriría propósitos de cazador de dotes. Luego ya creo que se convenció de que yo no era cazador de dotes y que todas mis ilusiones eran ser independiente.

Acepté la compañía de la dama, y pocos días más tarde emprendimos el viaje juntos. A la salida de Suiza, por falta de suficiente documentación, estuvieron a punto de detenerme; pero luego el jefe de policía de la frontera me dejó que siguiera. Yo no tenía aire de tipo intrigante ni peligroso.

Suiza es un país que lo recuerdo bastante bien, porque he estado tres veces y las tres en distintas regiones y en distintas épocas. Primero, como centro, en Ginebra, después en Basilea y luego en la Engadina. Si hubiera estado en la misma temporada en todo el territorio helvético, no recordaría apenas nada; pero como hay en mi memoria intervalos de otras impresiones, las tres etapas se me representan con claridad.

Ese turismo de ir en un mes o dos a cuarenta o cincuenta sitios yo no lo quiero, no deja más que un recuerdo confuso, fastidioso y para mí casi desagradable.

Cuando nos acercábamos a París, costeando el bosque de Fontainebleau, mi amiga suiza expresó cierta curiosidad por hospedarse en la ciudad universitaria, donde yo tenía mi alojamiento; pero yo le expliqué que no era aquel un sitio ameno ni cómodo para ella, que estaría mucho mejor en cualquier hotel más céntrico, y la llevé al hotel Lutecia, en el bulevar Raspail, hotel grande, muy frecuentado, donde no pareció hallar mal ambiente, pues al punto dispuso de gentes con quienes hablar y que la acompañaron en sus visitas, y donde a los pocos días apareció un caballero extranjero, no recuerdo bien si compatriota suyo o austríaco, sumamente ceremonioso, el cual la guio por la capital francesa con gran satisfacción de ambos.

DÉCIMA PARTE

VUELTA A PARÍS

Los edificios de la Exposición se han levantado rápidamente a orillas del Sena, como los hongos en los bosques.

En ellos han aparecido banderas rojas, sustituyendo a las tricolores, y en un lado, donde se veía un gorro frigio, ahora brillan las flechas de los socialistas y la hoz con el martillo.

A alguno que hubo de quejarse, las autoridades le han dicho que los edificios en donde han aparecido esas banderas rojas no eran edificios públicos. No hay en ello gran diferencia. También han puesto banderas negras que no sabemos qué es lo que pueden simbolizar.

Tengo la esperanza de no ver la Exposición, pues estoy dispuesto a no visitarla, porque me parece que se van a reunir allí un número de cosas que ni me interesan, ni comprendo.

Todas esas construcciones de madera y de cartón que se extienden por las orillas del Sena, próximas al Trocadero y a la torre Eiffel, no me producen ninguna curiosidad ni simpatía. Me parece que, por lo menos para mí, sería casi un suplicio tener que entrar en todos esos pabellones un día de julio o de agosto. Es uno bastante inculto, y las máquinas eléctricas, las cacerolas, las latas, las botellas que se abren y se cierran con artefactos raros, me interesan poco.

La Exposición, si se la compara con otras anteriores, es un fracaso. Unos días después de llegar a París la señora suiza me preguntó:

—¿Ha visto usted la Exposición?

—No.

—¿No piensa usted verla?

—No. ¿Para qué?

—Pues yo quisiera verla y no tengo quien me acompañe. Venga usted conmigo.

Fuimos ya al anochecer un día cálido. Me pareció todo alborotado, chillón y desagradable. La dama quiso que entráramos en uno de los restaurantes a cenar.

Estaban las mesas llenas. Había un alboroto extraordinario y los mozos estaban aturridos, sin saber adónde acudir y la gente llamaba a gritos y protestaba:

—Yo prefiero tomar una taza de leche en casa a este barullo —dije.

—¿Qué hacemos? —me preguntó la señora.

—Lo que usted quiera.

—Vámonos fuera, a un restaurante.

Fuimos a la avenida de los Campos Elíseos. Comimos en la terraza de un restaurante de fama. La noche estaba espléndida, la temperatura, deliciosa. La cena fue buena y barata.

—Sí —dijo la señora—. Ha estado esto muy bien, pero es lo de todos los días.

Para mí, evidentemente, no lo era, y además yo, por mi parte, prefiero lo agradable cotidiano a lo desagradable inesperado.

Esta señora pensaba coquetear conmigo, sin pensar que ella era talludita y yo era un viejo.

Yo podría decir a esta señora como Voltaire a Madame du Châtelet:

*Si vous voulez que j'aime encore,
rendez-moi l'age des amours;
au crépuscule de mes jours,
rejoignez, s'il peut être, l'amore.*

II

Mi amigo el suizo me recomendó que fuera a Alemania y me presentara a Hitler. ¡Qué fantasía! ¿Para qué iba yo a presentarme a Hitler? Ni él habría oído citar mi nombre, ni yo tenía simpatía por su política.

El caso de Hitler me lleva a pensar en el de Mussolini. El dictador italiano no me produjo nunca el menor entusiasmo. Me parecía todo lo suyo protocolar y un poco histriónico y hasta cursi. No hizo nada de provecho. Su acción fue apariencia y efectismo.

Es un país superpoblado y con una riqueza relativamente modesta, no creo que sea práctico implantar el imperialismo. Lo más sensato parece que sería dirigir la emigración.

Italia podía haber colonizado casi todo el norte de África sin guerras y sin aparatos bélicos, con habilidad y con astucia.

Yo estuve hace tiempo en Tánger y hablé con algunos moros. Los colonizadores de la zona mediterránea marroquí no podían ser ni los ingleses ni los franceses, ni los españoles.

Los ingleses tienen una idea exagerada de sus fines y de su raza. Yo no digo que en parte no tengan razón. Los ingleses no consideran al africano que pueda convivir con ellos, los franceses tienen la tendencia a considerar cómica y grotesca la manera de vivir de los demás, a hablar de las mujeres en broma y a reírse de los harenes de los moros; los españoles son casi siempre violentos, desdeñosos, malhumorados. Únicamente los italianos son de los europeos que ponen su tiendecilla, su café o su taberna en un pueblo de africanos y no ven más que su negocio, sin herir la susceptibilidad de los naturales. El italiano piensa: «Estaré veinte o treinta años aquí, haré un capital y me volveré a mi pueblo. Eso está bien, es justo y bien pensado».

Hablé años antes en Nápoles con algunos emigrantes que venían de la parte de Argelia.

Por lo que decían estos, los ingleses eran antipáticos para los moros, fríos,

indiferentes y desdeñosos. Los franceses no tenían simpatías. Se mostraban burlones, hablaban a los árabes con soma. Los españoles tendían a la agresividad y estaban dispuestos a reñir y a pegar.

El italiano era el más dispuesto para colonizar las zonas mediterráneas. Era alegre, divertido, trabajador, capaz de resolver las cuestiones con habilidad y con gracia, y sin echárselas de hombre superior.

Esta tendencia humana fue la que intentó suprimir Mussolini queriendo convertir al italiano en un fante, en un antiguo romano o en un alemán de segunda clase.

III

Los bancos de España, al parecer, tenían gran influencia en el periodo de la República, cosa que debió de permitirles preparar su advenimiento, decían algunos de ellos en una librería de viejo.

Yo se lo oí decir a uno que, al parecer, era de los importantes.

—Cuando triunfemos, los dejaremos a los escritores escribir y vivir tranquilamente.

—Si triunfamos nosotros —me decía Buenaventura Durruti en la cárcel de Sevilla—, les dejaremos trabajar a los escritores sin molestarles. Podrán publicar todo lo que quieran, utilizar los archivos y las bibliotecas.

Sin embargo, ni los unos ni los otros han hecho lo que los jefes decían; por el contrario, han empezado unos y otros a prohibir todo y amenazar al que escribe. Al parecer, los escritores les estorban a los unos y a los otros, y tanto los blancos como los rojos quieren hacerlos callar. ¿Qué diferencia hay entre los extremistas de un lado y los del otro? No se ve claramente la diferencia, al menos en sus disposiciones. Los dos tienen puntos de vista parecidos y se diría que no les separan más que palabras.

¿Por qué se odia a una persona que fantasea sobre las cosas? Supongo que este odio tiene motivos naturales, el que está encerrado en una casa mira con antipatía al que pasa por el campo; el perro odia a las moscas y el gato contempla con furor a los pájaros. De este carácter del que está sujeto con lazo y que mira al que se encuentra libre, debe nacer esta hostilidad. De ahí debe proceder la hostilidad del católico por el hombre de espíritu libre, del comunista por el individualista, del que no goza de la libertad por el que la goza y del que tiene branquias por el que tiene pulmones.

Cuando me detuvieron en el camino de Vera, el carlista de Pamplona le decía al requeté, señalándome a mí: «Si hace un gesto, le pegas un tiro». Esto ya está bien. Ahora, que yo de chico, marchando por el claustro de la catedral de Pamplona, me pusiera a tararear una canción y un canónigo, don Tirso Larequi, me zarandeara, en mí estaba muy mal y en el canónigo muy bien. Esto es consecuencia de la mentalidad

semítica.

En un periódico publicado en Buenos Aires, católico, apostólico y romano, han dicho que yo quiero salvar el pellejo, la casa y los libros, y que los perderé. Y para remate de todo, el embajador de la España republicana en París, que vive en medio de la mayor opulencia representando al pueblo que sufre, quiere echarme de la ciudad universitaria de París.

En la política española todo es farsa.

No comprendo bien qué demonio ha hecho uno para que le deseen la muerte. Se comprende la indiferencia; pero el odio y el deseo de que le maten a uno, es bastante extraño. Esto lo dan los cultos semíticos.

Se explica el odio contra el político que hace lo contrario de lo que se quiere, contra un arquitecto que levanta un edificio antipático y absurdo en el sitio por donde se tiene que pasar habitualmente, o por un escultor que hace una estatua disparatada, con un sombrero en la mano o con una espada; pero en contra de un escritor es raro, porque si a uno le disgusta lo que hace, con no leerlo ya está todo resuelto. Ello revela un fondo de malignidad extraordinaria.

IV

Estuve en París un par de semanas y, pasadas estas, después de haber arreglado en las oficinas de policía mis papeles, tomé el tren para España. Llegué directamente hasta San Juan de Luz, y una vez allí un hijo de la marquesa de Monistrol tuvo la atención de abreviar para mí el itinerario que me quedaba.

Como mi documentación estaba en regla, no hallé obstáculo ninguno al llegar al puesto fronterizo, para que me dejaran entrar.

La impresión de lo que veían mis ojos, volviendo de Suiza, fue bastante adusta y sombría, al comparar el paisaje y la vida que yo había dejado en Basilea con la que encontraba en mi tierra, al hallar al país agobiado no bajo la amenaza de la guerra, sino con su realidad, aunque los cañones tronasen lejos, y lo que aún era peor, cañones que se disparaban en una guerra civil.

Posfacio

para

«La guerra civil en la frontera»

y

«Rojos y blancos»

Rumia, recuerdos y hechos

por Fernando Pérez Olló

Como puede comprobarse en el prólogo de *Bagatelas de otoño*, Baroja afirmaba que este título, el séptimo, era el «final de estas Memorias». Pero más tarde preparó una octava parte, *La guerra civil en la frontera*, tranco inédito hasta que vio la luz el año pasado en la editorial familiar Caro Raggio. El original mecanografiado, ciento veinticuatro folios, mereció muchas, minuciosas y a veces extensas correcciones de la pluma de Baroja.

Esta entrega última de las Memorias barojianas enjareta, como las precedentes, noticias, opiniones personales, rumores y testimonios recogidos durante las semanas iniciales de la contienda, vividas en la margen francesa del Bidasoa. Algunas páginas reutilizan otras ya publicadas en La Nación de Buenos Aires, recogidas en *Ayer y hoy* y *Desde París*. También consignan hechos posteriores. El mismo precisa en el primer párrafo del prólogo que los recuerdos van «desde el principio de la guerra civil española del 1936 hasta ahora» (véase página 509). En ocasiones, la taracea de tiempos se advierte con facilidad, y en otras no.

Cuando comenta el asesinato de María Camino Oscoz Urriza —María Carmen, según él— o recoge el rumor del fusilamiento de Marino Húder y Luis Elío, podemos deducir que estamos a finales de agosto del 36. A Oscoz, pamplonesa, maestra de 26 años en Güesa, lugar salacenco y no roncalés, y militante comunista, los falanges la mataron en Urbasa el 10 de agosto. Húder figuró entre las víctimas de Valcaldera, corral de Caparroso, escenario de la matanza perpetrada el 23 de agosto, mientras en Pamplona recorría las calles una imponente procesión. De aquel horror solo se salvó un obrero, al que dieron por muerto, Honorino Arteta Echarte, pamplonés de treinta años, que desde la Ribera navarra ganó a pie la raya con Francia. Baroja debió de conocer a la familia Húder cuando los Baroja-Nessi vivieron en Pamplona (1881-1886).

La noticia de la muerte de Luis Elío, como insinúa, no era cierta. La historia de este abogado y juez, oculta durante décadas, presenta todavía, pese a las investigaciones últimas, lagunas y sombras espesas. A Elío (1888-1968), miembro de una alta familia navarra y hombre muy presente en la vida social, detenido y expropiado en los primeros días de la rebelión, le sacó de la comisaría un conocido carlista, Generoso Huarte Vidondo, que le escondió en su casa hasta que otro conspicuo requeté de retaguardia, Blas Inza Cabasés (1885-1970), administrador de la Casa de Misericordia de Pamplona, le mantuvo escondido en sus dependencias personales de esa institución durante el trienio bélico. El «topo» oía las descargas de los pelotones de fusilamiento en los fosos de la ciudadela, a unos metros de su

escondrijo. Elío cruzó la frontera por Baztán, conoció el campo de Gurs y luego pasó a México, donde murió. Si Baroja desliza que al desaparecido le habían visto en Francia, es dato que debió de recoger ya en 1939.

El texto no cita una sola fuente de sus noticias y rumores, pero podemos señalar al menos dos, sin miedo a error: su familia y Victoriano Juaristi. Lo que Baroja cuenta de Bera y localidades vecinas, lo debió de conocer por su hermana y su sobrino, Julio Caro Baroja. Basta cotejar estas páginas con las de Carmen Baroja (véase Carmen Baroja Nessi, *Recuerdos de una mujer de la Generación del 98*, Tusquets Editores, Barcelona, 1998), para deducir quién le informó del final que tuvieron Cesáreo Seminario Iraizoz, zapatero fusilado en Pamplona a las siete de la mañana del 10 de diciembre de 1936, junto a otro vecino, ugetista y trabajador en Fundiciones del Bidasoa, Faustino Martínez Arteaga. Lo mismo puede decirse respecto a la noticia del P. Fernando, escolapio. Quizás el bulo sobre dos sacerdotes de Lesaca, el párroco Félix Echeverri Iroz (1871-1943) y Francisco Lecaroz Echeverría (1879-1971), le llegase a Baroja de otro informante. El párroco era amigo de los Baroja, y Carmen Nessi Goñi fue quien asistió a la madre de este en sus últimos días. La fotografía del sepelio, un día lluvioso de septiembre de 1935, muestra a los hijos de la difunta que llevan entre ellos a don Félix y al padre Fernando. El nacionalismo de Lecaroz, capellán de las carmelitas de Lesaca, era bien conocido en el pueblo. En la encuesta al clero diocesano de 1928, este cura declaraba entre sus lecturas *Zeruko Argia* y el «periódico *Euzkadi*, de Bilbao». A la misma pregunta, Mónico Azpilcueta Sesosiáin (1901-1995), notorio por su beligerancia carlista, respondía: «*La ormiga* (sic) *de oro*, *El siglo de las misiones* y *El Pensamiento Navarro*», este órgano de la Comunión Tradicionalista.

También debemos registrar como información directa y caliente la de que Ansaldo —Juan Antonio Ansaldo Bejarano— estaba en Bera tres o cuatro días después del Alzamiento. Directa, caliente e incierta. Ansaldo pilotaba la avioneta que el 20 de julio traía a Sanjurjo al bando sublevado. El aparato cayó a poco de despegar, y el accidente hizo que trabajase la imaginación popular, más aún cuando el director de la conspiración, Mola, acabó sus días en otro vuelo. Ansaldo llegó a Pamplona el día 25. Según la prensa, «a restablecerse cerca de su señora y hermanos, que aquí se encuentran, de las lesiones que sufrió hace tres días en un deplorable y muy doloroso accidente que se registró en el aeródromo de Estoril, en Portugal» (*Diario de Navarra*, n.º 10.634, del 24/VII/1936). La casa familiar está a la vista de la ciudad, en Ansoáin, pero el piloto se instaló en el hotel La Perla, en la plaza de Castillo, donde le saludó don Juan de Borbón, recién llegado a la ciudad. El 5 de agosto, «vendado, recién curado y con muletas», salió para Burgos. Allí Mola ordenó: «Que le den un aparato, si lo hay, y váyase a bombardear». Lo hizo dos días después. El que estaba en el frente guipuzcoano era Ignacio Ansaldo, hermano del aviador.

Juaristi, donostiarra, médico y viejo amigo, debió de ser quien comunicó a Pío Baroja el trágico final de la maestra Oscoz. Juaristi se interesó incluso en Burgos por la suerte de la joven y recibió una carta, fechada el 12 de agosto, con membrete de la Junta de Defensa Nacional de España, que le aseguraba estricta justicia en el tribunal militar, «y si la condena fuera de las que tienen que dar cuenta a esta Junta de Defensa, yo le prometo, y mi promesa a fuer de buen amigo de Vd. es firme, se estudiará el caso con el interés debido, y quiera Dios pueda ayudar a Vd. en sus nobles deseos». Firmaba Federico Montaner. No hubo tribunal y el día 12 el cuerpo de la joven llevaba tres días en una cuneta, según Galo Vierge, que coincidió con ella en la comisaría y en la cárcel de Pamplona. Oscoz le contó a Vierge cómo la habían detenido y vejado. Tomás Ariz Oteiza, dirigente comunista, corrió suerte parecida. Le encontraron el día 19 en un montón de fusilados entre los pinos del monte San Cristóbal.

Juaristi tuvo que ser quien informara a Baroja del médico Arraiza, vecino suyo, y de lo que sucedía en la capital navarra. Además Juaristi era suegro de Antonio Sanjuán Cañete, que había dedicado a Baroja un libro más montañoso que castrense. Sanjuán, militar, «Capitán d'Orhy», destinado desde finales de julio en Guipúzcoa, fue jefe del Regimiento de Caballería del Ejército Vasco, en realidad un simple escuadrón dedicado a misiones de enlace, y vertió sus recuerdos, pensamientos y cavilaciones en la obra *Por qué la tragedia de 1936* (Ed. Mediterráneo-Agedime, Madrid, 1974). Quizás en Sanjuán tuvo Baroja otra fuente para conocer lo que sucedía en Guipúzcoa. Es evidente que a Baroja le afectó mucho el incendio de Irún, una barbaridad que no ha suscitado la atención que merecía, tal vez porque allí no había fuerzas extranjeras a las que culpar.

La referencia a Carlos Martínez Campos Serrano, «ahora capitán general de Tenerife», resulta un dato explícito, porque el aristócrata militar fungió ese cargo en Canarias entre 1950 y 1953. Lo mismo que cuando mienta a Ansaldo y no se priva de comentar el desengaño político de este monárquico, sentimiento que anima su libro, cuyo título y año de edición, 1951, Baroja no cita. La alusión a la bomba de hidrógeno también ayuda a datar algunas de estas páginas.

El escritor cuenta aquí con brevedad esquemática su detención, avanzada la tarde del 22 de julio de 1936, por la columna que avanzaba hacia Guipúzcoa. El suceso ha dado no poco que hablar. Y aún dará. El desbroce documental ha sido hasta ahora corto. Sin entrar en el análisis y cotejo de los testimonios, cabe decir que Baroja contó los hechos de forma crecientemente podada. Su primera narración aporta nombres que desaparecen después, cuando la crónica periodística pasa a libro. Pero siempre señaló a Carlos Martínez Campos y Serrano (1887-1975), conde de Llovera, comandante de Artillería y diplomado de Estado Mayor, como el militar que le devolvió la libertad. Gonzalo Menéndez Pidal, en *Papeles perdidos* (Residencia de

Estudiantes, Madrid, 2004), ha recordado el discurso de contestación de Jesús Pabón, cuando el general, ya duque de la Torre y gran amigo suyo, ingresó en la Academia de la Historia. Pabón fue bastante explícito en el recuerdo de lo sucedido entre Almandoz y Santesteban, «seguro de que respeto su silencio», el del nuevo académico. Porque el interesado no desveló en público su papel en aquel lance, ni le gustaba que se divulgase, aunque «nunca se arrepintió de lo que en Santesteban había hecho».

Miguel Pérez Ferrero, en una conferencia pronunciada en la Fundación Universitaria Española el 9 de marzo de 1977, muerto ya el aristócrata militar que unía dos apellidos tan notorios en la historia del siglo XIX, reveló una confidencia de Martínez Campos: aquel 22 de julio del 36, llevaba en el bolsillo la orden de fusilamiento del escritor. «Solo su prestigio de caballero y de militar hicieron al superior que se la había entregado olvidarla. El fusilamiento, que no se cumplió, no fue iniciativa de unos cuantos requetés al cogerle prisionero, al detenerle; venía de más alto. Pío Baroja jamás lo supo», apostilla el biógrafo en *¿Cómo era Pío Baroja?* (Fundación Universitaria Española, Madrid, 1977). Sorprende y mucho que tal testimonio no haya excitado la curiosidad de nadie, porque se presta a no pocas preguntas. La primera, quién era el superior. La confidencia desvelada ha pasado inadvertida a todos los que han tratado el episodio.

Existen otras versiones no publicadas. Así, Alfonso Andrada-Vanderwilde guarda memoria de que su hermano Luis Javier, luego marqués de Cartagena, que iba en la columna, llamó a su cuñado Alfonso García Valdecasas, entonces en Vitoria, el cual avisó a Martínez Campos.

El médico que llevó a Baroja aquella tarde de julio, José Ochoteco, contó más tarde que fue un militar que se identificó como Rafael Tejero, médico militar de Vitoria, quien les anunció la liberación en Santesteban. Rafael Tejero Saurina (1901-1938) estaba aquella noche en el pueblo, pero ni era médico ni de Vitoria. Cántabro de Santoña, hijo de militar, estudió en la academia de Toledo, estuvo en Marruecos, llegó a Pamplona en 1927, casó con María del Carmen Trías Saralegui, tuvo dos hijos, José Enrique (1928) y María Carmen (1935), luego religiosa del Sagrado Corazón, recibió varias condecoraciones —era caballero de la Legión de Honor— y murió en el frente de Teruel cuando era teniente coronel de Infantería. Tenía fama de hombre de izquierdas, trabajó como enlace de Mola, aunque no aparece en las historias de la conspiración, y gozaba del respeto de sus compañeros y subordinados. En la ciudad corrió la especie de que acabó con él un tiro por la espalda. Consta que era lector de Baroja y de Pérez de Ayala, de los que tenía obras, afición llamativa para los chicos amigos de su hijo, que también siguió la carrera de las armas.

La detención de Baroja se conoció enseguida. La publicó el *Diario de Navarra* el día siguiente, jueves 23 de julio, con detalles que sugieren un conocimiento directo de los hechos, en una sección diaria de primera página, «Viva España», firmada por E. E., iniciales de Eladio Esparza Aguinaga, que siguió el avance de la columna.

Esparza, lesakarra, conocía bien a Baroja, y este al periodista, cuya trayectoria guarda alguna semejanza con la de Manuel Aznar, otro bidasotarra. Cuando el novelista ingresó en la Academia Española, Esparza le dedicó una columna displicente, quizá porque considerara al escritor un intruso en el valle.

No es el único mutismo que podemos advertir en estas páginas, pero sí el más notable. Porque es evidente que durante dos meses Baroja anduvo de un lado para otro, al otro lado de la muga, y debió de cruzarla en más de una ocasión. Por ejemplo, quizá cuando ardió Irún.

La edición de *La guerra civil en la frontera* se atiene al texto corregido por Pío Baroja, salvo alguna repetición de párrafos y la ortografía de la acentuación, actualizada. En cuanto a las canciones populares en vascuence, hemos respetado la grafía original, porque Baroja nunca practicó la reconocida por Euskaltzaindia. En eso fue digno hijo de su padre, escritor euskaldún, que jamás aceptó la nueva manera antes de que deviniera norma académica. Ese criterio rige también en la transcripción de los topónimos, a uno u otro lado de la muga. El ejemplo más evidente Vera de Bidasoa, hoy Bera.

Esas canciones, a juicio de Baroja elemento imprescindible para fijar el carácter de una época, van como él las cantaba y escribió, salvo errores gruesos. El *Fortunosua nitzala* lo cita como *Fortunosua nitzaba*, y no duda en el *Artillero, dale fuego*, que parece haberse impuesto al original *Pastelero, dale fuego*, cuya letra resulta más congruente.

«Parece que el escritor tiene algo de rumiante y que vive más de los recuerdos que de los hechos», dejó dicho Pío Baroja en *Ayer y hoy* (Caro Raggio, Madrid, 1977). Al acercamos al final de estas Memorias, en las que encontramos al Baroja observador, caviloso y autónomo en sus opiniones, casi siempre horas de grandes invocaciones ideológicas, pocas veces ajustadas a la moda imperante y en ocasiones enfrentadas a las ideas de quienes puede parecer sus mejores amigos, acaso haya que tomar esas palabras como una definición.



Nacido en San Sebastián y muerto en Madrid, Pío Baroja (1872-1956) es, sin duda, el primer novelista de su generación, la muy famosa del 98. Vasco por siete de sus ocho costados, como él mismo dice, y lombardo por el restante, Baroja, que antes que escritor fue médico y panadero, responde a un arquetipo que la crítica académica ha acentuado hasta el estereotipo: sombrío, pesimista, misógino y misántropo, cleróforo (o clerófago, lo mismo que dogmatófago), anarquizante, individualista, tímido y demagogo, puritano y hedonista, y cuantos adjetivos se le quieran añadir. Pero hay siempre, en su vastísima producción narrativa, «tras una primera apariencia anárquica y nihilista, un fondo de ternura bondadosa, asistida por una aguda inteligencia irónica, capaz de hacer su propia caricatura: “Soy un fauno reumático que ha leído un poco a Kant”», como ha dicho José María Valverde. Ordenó su obra por ciclos narrativos (trilogías, tetralogías o series más amplias), entre los que cabe citar «Tierra vasca» (*La casa de Aizgorri*, *El mayorazgo de Labraz* y *Zalacaín el aventurero*), «La vida fantástica» (*Aventuras, inventos y mixtificaciones de Silvestre Paradox*, *Camino de perfección* y *Paradox, rey*), «La lucha por la vida» (*La busca*, *Mala hierba* y *Aurora roja*), «El pasado» (*La feria de los discretos*, *Los últimos románticos* y *Las tragedias grotescas*), «La raza» (*La dama errante*, *La ciudad de la niebla* y *El árbol de la ciencia*), «Las ciudades» (*César o nada*, *El mundo es así* y *La sensualidad pervertida*), «Memorias de un hombre de acción» (que consta de veintidós volúmenes, escritos entre 1913 y 1935, donde Baroja aborda un vasto retablo histórico en torno al aventurero liberal y remoto antepasado suyo Eugenio de Aviraneta, que evoca principalmente las incidencias de la primera Guerra Carlista),

«El mar» (tetralogía de la que forma parte *Las inquietudes de Shanti Andía*, una de sus obras más conocidas), «Agonías de nuestro tiempo», «La selva oscura» y «Las Saturnales». En la última etapa de su vida escribió también novelas sueltas como *Susana*, *Laura* o *El Hotel del Cisne*. Sus memorias se publicaron en nueve volúmenes, siete de los cuales se publicaron entre 1944 y 1949, mientras que los dos últimos, que no aparecieron en su momento por problemas de censura, se han publicado recientemente. El título genérico de estas memorias es *Desde la última vuelta del camino*.

Pío Baroja fue también asiduo y polémico colaborador de los periódicos y revistas de la época, autor dramático, escritor de cuentos y hasta poeta: su único libro de poemas, *Canciones del suburbio*, fue escrito más cerca de los setenta años de su autor que de los sesenta, recién terminada la guerra civil española y a punto de estallar la Segunda Guerra Mundial.